





del prudente **saber** y el  
máximo posible de  
**sabor**

Facultad de Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de Entre Ríos  
Paraná, Entre Ríos, Argentina  
Año XVIII, N° 9, enero-diciembre 2017  
ISSN 1515-3576

**AUTORIDADES**

Decana

**Mg. Gabriela Bergomás**

Vicedecano

**Lic. Alejandro Ramírez**

Secretario General

**Lic. Mauro Alcaraz**

Secretaria Académica

**Dra. Virginia Kummer**

Secretario de Extensión

**Lic. Juan Manuel Giménez**

Secretario de Investigación y Posgrado

**Dr. Mario Sebastián Román**

Facultad de Ciencias de la Educación

Alameda de la Federación 106

(3100) Paraná, Entre Ríos



Del prudente saber y el máximo posible de sabor  
Año XVIII, N° 9, enero a diciembre de 2017  
ISSN 1515-3576

#### **DIRECCIÓN EDITORIAL**

**Dr. Mario Sebastián Román**

Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

#### **CONSEJO EDITORIAL**

**Dra. Nora Delgado**

Universidad Nacional de Misiones, Argentina

**Prof. Gustavo Lambruschini**

Universidad Nacional de Entre Ríos-Universidad  
Autónoma de Entre Ríos, Argentina

**Dra. Lila Luchessi**

Universidad de Buenos Aires-Universidad  
Nacional de Río Negro, Argentina

**Dra. María Laura Méndez**

Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

**Lic. Adriana Miguel**

Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

**Prof. Liliana Petrucci**

Universidad Nacional de Entre Ríos-Universidad  
Autónoma de Entre Ríos, Argentina

**Dra. Myriam Southwell**

FLACSO-Universidad Nacional de La Plata,  
Argentina

#### **CONSEJO ASESOR**

**Dra. Rosa Nidia Buenfil Burgos**

Departamento de Investigaciones Educativas,  
Centro de Investigación y Estudios Avanzados  
del Instituto Politécnico Nacional y División de  
Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía  
y Letras-Universidad Nacional Autónoma de  
México, México

**Dra. Ana María Camblong**

Universidad Nacional de Misiones, Argentina

**Dra. Sandra Carli**

Universidad de Buenos Aires-Instituto de  
Investigaciones Gino Germani-CONICET,  
Argentina

**Dra. Mónica Cohendoz**

Universidad Nacional del Centro de la Provincia  
de Buenos Aires, Argentina

**Dra. Susana Frutos**

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

**Dra. Barbara Göbel**

Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer  
Kulturbesitz, Alemania

**Dr. Vicente Peña Saavedra**

Universidad de Santiago de Compostela, España

**Mg. María Lucrecia Reta**

Universidad Nacional del Comahue, Argentina

**Dr. Stefan Rinke**

Freie Universität Berlin, Alemania

**Dra. Sandra Valdettarò**

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

**Secretaría de Redacción**

Lic. María de los Ángeles Rodríguez

**Responsable Gestión Editorial**

Lic. Marina Edit Hedrich

**Becaria de Formación de Recursos Humanos**

Téc. Sabrina Colliard

**Diseño**

Área Gráfica, CePCE:

Mg. Regina Kuchen

Prof. Fortunato Galizzi

Lic. María Lucrecia Grubert

DGCV Florencia Hernández Ross

*Del prudente saber y el máximo posible de sabor* es una publicación de periodicidad anual (enero a diciembre de cada año) editada por la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (Paraná, Argentina). Su objetivo es difundir resultados de investigaciones y producción teórica en el campo de las Humanidades y las Ciencias Sociales, publicando textos inéditos. El contenido de la revista está dirigido a investigadoras/es, docentes, estudiantes de grado y posgrado en los campos de conocimiento antes mencionados. Se reciben textos en español que son revisados inicialmente por el equipo editorial, y tras comprobarse que reúnen los requisitos formales y los estándares científico-académicos, son enviados a evaluadoras/es expertas/os en el tema, externos (sistema de arbitraje doble-ciego, a fin de garantizar el anonimato de autoras/es y evaluadoras/es).

Correo de contacto: [delprudentesaber@yahoo.com.ar](mailto:delprudentesaber@yahoo.com.ar)

## Sumario

- 13-39 SERGIO PERALTA | Crueldades del amor, (del) otro humano: tráficos de textos y apuestas éticas
- 41-69 EMILIANO RÍOS | Estado versus autonomía originaria
- 71-95 ANA AYMÁ | La construcción discursiva de la catástrofe: representaciones entorno a la inundación de Santa Fe
- 97-119 JULIANA ENRICO | Cuerpos, lenguajes y poéticas subjetivas. Aportes de la translingüística barthesiana para pensar la experiencia biográfica (y las derivas de la identidad) en clave cultural, educativa e histórica
- 121-145 PENÉLOPE LAURENT | Saer. La construcción de una obra fragmentaria
- 147-165 LAURA GIACCIO | Enrique Gómez Carrillo, lector de relatos de viaje de escritores europeos
- 167-185 FERNANDO FAVA | *Ethos* y concepto: una genealogía de la verdad en Friedrich Nietzsche

Los artículos se encuentran ordenados según fecha de recepción.





## Summary

- 13-39 SERGIO PERALTA | Love Cruelty, (of the) Other Human: Traffics of Texts and Ethical Defiances
- 41-69 EMILIANO RÍOS | State versus original autonomy
- 71-95 ANA AYMÁ | The discursive construction of disaster: the representations of the flood in the city of Santa Fe
- 97-119 JULIANA ENRICO | Bodies, Languages and Subjective Poetics. Contributions of Barthesian Translinguistic to Think the Biographical Experience (and the Excesses of Identity) in Cultural, Educational, and Historical Key
- 121-145 PENÉLOPE LAURENT | Saer: the making of a fragmentary work
- 147-165 LAURA GIACCIO | Enrique Gómez Carrillo, reader of travel stories of European writers
- 167-185 FERNANDO FAVA | *Ethos* and concept: a genealogy of the truth in Friedrich Nietzsche

The articles are listed by chronological order of reception



## Editorial

### *Escrituras sin orillas*

«El fragmento de Heráclito, *No se entra dos veces en el mismo río*, y aún la variante radical de uno de sus discípulos, *Nadie entra nunca en ningún río*, podría admitir, para la circunstancia, una versión más adecuada: cada uno trata de entrar, infructuoso, como en un sueño, en su propio río.»

Juan José Saer, *El río sin orillas*

En este volumen presentamos a los lectores una serie de artículos que tejen en su escritura cercanías y distancias. Esas escrituras desbordan hacia una y otra orilla: autores de uno y otro lado del Paraná, del Atlántico y de otros cauces, propician, en su encuentro en este volumen, nuevos desafíos de lecturas.

Desde la mirada que ofrece la sociología histórica y la antropología, Emiliano Ríos analiza «el proceso de constitución de los Estados Nacionales de Argentina y Chile en vinculación con el llamado "problema indígena"», lo que singulariza su análisis.

En los pliegues de su escritura, Sergio Peralta propone un sutil análisis de «tráficos de textos en función de políticas de interpretación delimitadas en tres escenas: psicoanalítica, educativa y crítica cultural», desde donde tratará el problema «de la voz y su obtención de escucha».

Desde la perspectiva que ofrece el Análisis Político del Discurso, Juliana Enrico nos propone pensar «una particular relación epistémica entre semiología, educación, subjetividad, saber y verdad», para lo cual trama una sólida argumentación sostenida en el espesor de su escritura.

En su texto, Ana Aymá analiza, en medios gráficos, la construcción de «las representaciones acerca de la inundación ocurrida en la ciudad de Santa Fe en el año 2003», apelando a otra vertiente del análisis discursivo: el Análisis Crítico del Discurso, que demuestra su fertilidad para el sistemático análisis realizado.

La obra de Juan José Saer es objeto de sugerente reflexión por parte de Pénélope Laurent, quien, desde una lectura transatlántica, propone interpretarla en clave de tensión entre dos estéticas: «la estética unitaria y aparentemente homogénea de la *Comedia humana* con sus distintas formas de recurrencias, y la estética fragmentaria del *Nouveau Roman*».

*El encanto de Buenos Aires*, de Enrique Gómez Carrillo, es leído por Laura Giaccio en clave de la singularidad de la literatura de viaje. La potencia de esta lectura le permite «estudiar los diálogos que el autor guatemalteco entabló en su crónica con viajeros provenientes de Europa, específicamente de Francia y España».

Finalmente, Fernando Fava nos propone visitar el pensamiento nietzscheano en torno al problema de la verdad desde un enfoque histórico-genealógico. Tal análisis le permite al autor argumentar sólidamente que: «el problema de la verdad no reside en el juicio lógico-proposicional... sino que se enmarca en lo verosímil y la veracidad que determina el "impulso de verdad", el *ethos*».

Una multiplicidad de perspectivas y temáticas vuelve a proponer a nuestros lectores posibles conversaciones, en las que la escritura rebasa toda posible orilla y los invita a entrar, sugerentemente, «en su propio río».

Dr. Mario Sebastián Román  
Paraná, septiembre de 2017

# Crueldades del amor, (del) otro humano: tráficos de textos y apuestas éticas

Sergio Peralta | FHUC–UNL–CEDINTEL–CONICET  
tesisyantesis@gmail.com

## Resumen

Se analizan tráficos de textos en función de políticas de interpretación delimitadas en tres escenas: psicoanalítica, educativa y crítica cultural. Los ejemplos seleccionados muestran diferentes usos de textos literarios y cinematográficos en función del mismo problema ético: la voz y su obtención de escucha. Tal obtención o pretensión se observa indicando algunos vértigos argumentales.

**Palabras clave:** literatura, cine, usos, vértigos argumentales

## Love Cruelty, (of the) Other Human: Traffics of Texts and Ethical Defiances

### **Abstract**

Text trafficking is analyzed according to interpretation policies delimited by three scenes: psychoanalytic, educational and cultural criticism. The examples selected show different uses of literary and cinematographic texts in relation to the same ethical problem: voice and its recognition. Such recognition, or pretension of it, is observed in certain giddy argumentative practices.

**Keywords:** literature, cinema, uses, giddy argumentative practices

## Crueldades del amor, (del) otro humano: tráficos de textos y apuestas éticas

0) Una cita de Thomas Moro Simpson para comenzar:

«En mi cuaderno de notas hallé esta descripción:

Un soldado yace en la trinchera cubierta por el fango mientras las balas de las ametralladoras enemigas crepitan encima de su cabeza, y entretiene su tedio insoportable leyendo un relato de pistoleros norteamericanos. ¿Y qué hace tan excitante el relato? ¡Precisamente el hecho de que la gente se pelea con ametralladoras!» (George Orwell, *Ensayos críticos*, Sur)

«Es que las balas imaginarias descritas con virtuosismo, en situaciones de grave amenaza imaginaria contempladas con nitidez absoluta a través del "velo" del lenguaje, suelen ser más visibles que las balas demasiado veloces que silban alrededor del soldado. Y éste no puede imaginar con tanta nitidez ese mundo posible, pero todavía irreal, en que una bala lo está destrozando para siempre.» (Simpson, 1999: 85)

El poder prefigurador de la lectura, el hecho de que se adelante a la experiencia o la «redondee» durante la misma, es un para qué de la lectura. En *El último lector*, Ricardo Piglia (2005) relaciona este sentido de la lectura con el «cierto dandismo de la experiencia» del «Che» Guevara: «la lectura es un espejo de la experiencia: la define, le da forma» (103). Pero también hay algo borgeano en esta cita de Simpson: la lectura como defensa; en palabras de Piglia: «"Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" plantea los dos movimientos del lector en Borges: la lectura es a la vez la construcción de un universo y un refugio frente a la hostilidad del mundo» (23). Aunque la hostilidad puede ser también un resultado del cómo se lee lo que se lee. En *Pulsión de prueba*, Avital Ronell (2008) lo plantea con irónica claridad: «Cada vez revive el problema, debatido por siglos, de si el estudio de los sutras puede por sí solo producir la iluminación. Puede que dependa de cómo lees.»

1) Se mostrarán tráficos de textos literarios y films para reforzar un argumento, ilustrar o intrigar una idea, atajar su «peligrosidad»

(cortando el tráfico) y delinear una fantasmagoría de época. Son quehaceres que dan cuenta de decisiones sobre el valor de la literatura y del cine (su usabilidad) antes que del valor literario<sup>1</sup> o cinematográfico y nos permiten advertir intenciones o apuestas éticas en la elaboración argumental resultante del tráfico o de su corte<sup>2</sup>. Todos los ejemplos están seleccionados para mostrar el problema de la voz, reverso del problema de conseguir una escucha y por lo tanto íntimamente vinculado con la disputa por el reconocimiento (cfr. Thiebaut, 2002).

En el tráfico toman formas políticas de la interpretación, leídas aquí en relación con la distinción establecida por Jacques Rancière (2010) entre política y policía en función de los regímenes de sensorialidad. En apretada síntesis, mientras la policía asigna y mantiene lugares para lo común y lo privado, estabiliza sentidos férreamente, la política en el régimen estético del arte (opuesto en Rancière al régimen de la adaptación mimética y al de la inmediatez ética) desteje consensos, entendidos éstos como acuerdos entre sentidos (nudos de presentación sensible) y sentidos (regímenes de interpretación).

Las políticas de interpretación<sup>3</sup> exhiben, por otro lado, *vértigos argumentales* en la negociación sobre lo que cuenta como humano en tales lecturas y sus consecuencias. Carlos Pereda (1994 y 2010) acuña esta noción para describir lo que ocurre cuando en el argüir se genera una tendencia a utilizar cada nuevo argumento para: 1. Ampliar y a menudo exagerar ciertas verdades; 2. Disminuir o desdeñar argumentos alternativos, e incluso ahorrarse el trabajo de explorarlos; 3. Inmunizarse frente a cualquier ataque no cooperador (los que ponen en duda los presupuestos de la argumentación). Tales procesos pueden ser —según Pereda— de *perpetuum mobile* o precarios, según necesiten o no de «energía externa» para cuidar la consistencia de los argumentos. Veremos luego que la demanda de lectura es una forma de incitar a reconocer la precariedad en las formas argumentales propias de un campo del saber (para el caso del psicoanálisis, por ejemplo, la casuística), así como también el mismo tráfico de textos literarios y films energiza la política de interpretación.



2) Dos formas de referencia a la crueldad y el amor se trenzaron a causa de un corte. De un corte en la piel para, posiblemente, restar monstruosidad, brindar cuidado (¿o amor?) o normalizar. A un lado Silvia Bleichmar, psicoanalista; y al otro Mauro Cabral, activista y primer firmante de la carta de la Red Transexual Argentina enviada a Bleichmar en el año 2001. No se trata de una pugna sin saldo, porque Bleichmar incluyó la carta de la Red y tomó postura frente a ella en *Paradojas de la sexualidad masculina* (2006 y 2009) para reforzar su posición. Para re-cortar.

Entre los argumentos en pugna se encuentra la posibilidad de dejar decidir al niño, del «consentimiento informado» ante una cirugía por hiperplasia suprarrenal congénita. Bleichmar hace un juego de palabras en relación con el «caso» que reporta y moviliza su noción de humanización como ingreso a la cultura con un punto de referencia inicial: ¿hay que reasignar un sexo o asignarlo? (el malentendido parece ser conceptual) El problema es el costo psíquico de una ambigüedad de origen, según Bleichmar mayor en comparación con una posible «corrección» a tiempo. El peligro corre por parte de la crianza, la intrusión del otro humano, la «guerra psicológica», como anota refiriéndose a la experiencia de John-Joan Colapinto leída en la revista *Rolling Stone* (la argumentación reposa en casuística)<sup>4</sup>. A la imaginación científica por-venir le corresponderá la reparación orgánica de una posible falta de sensibilidad ocasionada por el corte psíquicamente benigno.

Por el contrario, quienes firman la carta le solicitan un «acercamiento éticamente comprometido y mejor informado a aquellos sujetos sobre cuyos cuerpos y vidas se aconseja» (Bleichmar, 2009: 220). Esto interesa aquí porque coloca el problema en el orden del desconocimiento frente a una ética deontológica del relato psicoanalítico respecto del género y la diferencia sexual; una ética del universalismo del semejante que funciona inercialmente. Inercia que Bleichmar, sin embargo, entiende desarmada por la interpelación de la carta, según observa en su Seminario dictado en el 2006 en la Universidad de Buenos Aires: «La construcción del sujeto ético».

Desde la Ley de Identidad de Género (2012), este debate constituye tal vez otra capa geológica, aun cuando la cultura (incluyendo las culturas disciplinares) y la ley no tengan la misma temporalidad. Menos todavía cuando se trata de niños, como lo mostró el reciente «caso Lulú»<sup>5</sup>. No obstante, este debate es atendible porque permite sondear anhelos de «vida buena» que se cuelan en las interpretaciones, y porque, de algún modo que se verá luego, el corte de la piel es homologable con la intención de censurar algunas lecturas. La homología no está relacionada con el sufrimiento implicado (evidentemente mayor en el corte) sino con los argumentos de respaldo. Lo que hilvana ambas cuestiones (un corte y una voluntad de censura) es una interrogación al interior del mercado de los bienes simbólicos: qué conocer, cuándo y para qué. En Bleichmar a esto se responde relacionando el corte con la intención de prevenir una descompensación psíquica (minimizar costos y riesgos psíquicos y orgánicos), los censores de literatura bregan por evitar un «daño emocional» y Cabral asume la apuesta por una erótica de la transexualidad. En otros términos, es un debate sobre los límites de una ética del *care*.

Según los firmantes de la carta, Bleichmar no da cuenta de las consecuencias de las mutilaciones genitales. He ahí la bestia, podría decirse, la violencia que ignora la crueldad. La bestia y no el error (Derrida, 2010: 189; Butler, 2009a: 152). Se trata de la autoinmunidad de la ética del semejante, del cuidado del prójimo-aproximable (recuérdese la necesidad del punto de referencia inicial marcada antes) y cognoscible. En esa petición de principio de un principio correctamente cortado comienza *luego* el juego de la «prematuration» (de lo no metabolizable en cierto momento, pero también del paso de lo imaginario a lo simbólico, de lo animal a lo humano en Lacan). Una crueldad amorosa para prevenir una posible descompensación psíquica futura.

Bleichmar se posiciona contra la explicación de la transexualidad como defensa ante la homosexualidad del inconsciente. Frente a ello, plantea la hipótesis de trabajo (no teórica) de la segunda piel del *trans*, un engolfamiento con el adulto (que es siempre madre) representacional

que promete contención reasegurante, aunque se trate de un equilibrio inestable, dispuesto en la tensión entre autoconservación (de la vida) y autopreservación (de la identidad precaria). Su propuesta parece sensible a la «fantástica demanda relacional» que plantea Judith Butler (2009b: 741) respecto de la identificación transgénero, pero Bleichmar difiere —y en forma cortante— no sólo porque la ambigüedad a futuro puede ser psíquica pero no corporal, sino también porque escribe desde la clínica, reportando la historia personal de un paciente del que sabemos sólo lo que nos cuenta. La carta de la Red Transexual, no obstante, desestabiliza no sólo su análisis del caso sino también su libro completo (*Paradojas...*), donde sostiene que el género antecede a la asunción de la diferencia anatómica, una temporalidad contraintuitiva<sup>6</sup> que, sin embargo, necesita una diferencia anatómica bien cortada desde el comienzo.

Observemos este terreno de inter-legibilidad entre Bleichmar y Butler respecto de lo trans\*. Según Bleichmar (2009: 114): «la cuestión a elaborar, en muchos casos, es el sufrimiento que la sociedad impone y no la homosexualidad o el transexualismo mismos, pese a que ello constituye una tendencia fuerte aún en los medios psicoterapéuticos y en las sociedades analíticas». Por su parte, Butler afirma en el 2009 —y lo reafirma en su más reciente análisis del film *Strella* (Butler y Athanasiou, 2013)—: «el deseo transgénero, si se lo puede nombrar así, está ligado a la posibilidad de dirigirse a y de ser el destinatario de un dirigirse a ellos de otro; la pérdida del lugar, el deseo de un lugar, es lo que emerge en esta escena problemática del mensaje en el cual el “tú” no parece ofrecer reconocimiento» (Butler, 2009b: 746-7) Ambas están preocupadas por configurar una escucha, reverso del problema de la voz, pero el problema se precipita como un problema clásico del pluralismo: ¿cuánta contradicción soporta la pugna entre mundos plurales con sus propios criterios de valor y validez en esa escena de la escucha? Lo que está en discusión es la inercia disciplinar ante el (posible) sufrimiento del otro. Aquí el vértigo argumental<sup>7</sup>.

Cuando Bleichmar redefine la perversión en términos del uso desubjetivante del cuerpo del otro, para quitarla del terreno de la sexualidad

y colocarla en el terreno de la cultura, de los enlaces, de la humanidad que ha perdido sus garantías intersubjetivas, pareciera tenderse su propia celada. Renegar del «consentimiento informado» puede ser perverso en sus propios términos, pero en su argumentación el corte es una crueldad amorosa, parte del «transitivismo trasvasante» que nos convierte en ser humanos por poder llorar identificatoriamente (Bleichmar en Testero, 2010: 181). *Mutatis mutandis*, la censura de libros también puede ser una arbitrariedad pensada en el orden del amor, la prevención de una intoxicación emocional. Si en cierto psicoanálisis una medida de lo humano es borrar la huella (con Bleichmar diríamos: simbolizar la huella) vale preguntarse cómo esa posibilidad de borramiento es legitimada. Que Bleichmar parta de un cuento sufí (Bleichmar, 1981) para escenificar su trabajo nos dice bastante acerca del tráfico de textos.

Bleichmar nos cuenta ese cuento sufí para establecer un modo amoroso de la crueldad, una homología entre el maternaje y la terapéutica que se cruza con una zoología hipotética: los pájaros (del cuento) y la mosca sin alas (regalada por el niño que analiza, que no puede hacer el corte ni con su madre ni con su analista). Un fragmento de su texto *Crueldades del amor*:

«Recuerdo un viejo cuento sufí. Un pajarito volador es adoptado por un ave que no sabe volar. A medida que el pajarito crece crecen sus alas, hasta el año en que una bandada de pájaros de su misma especie pasa por el pueblo donde habita con su madre adoptiva. La madre piensa: "Si yo supiera volar enseñaría a mi hijo a hacerlo y lo vería retozar en el cielo con sus iguales." Por su parte el hijo piensa: "Si mi madre, que es tan sabia, aún no me ha enseñado, es porque aún no debe ser mi tiempo. Debe estar esperando el momento oportuno para hacerlo." ¡Qué distintas hubieran sido las cosas si cada uno hubiera podido expresar su pensamiento!» (Bleichmar, 1981: s/d)

Tenemos varios elementos importantes en este cuento recordado: un doble especismo (animal-hombre / animal-animal), una identidad restringida a términos binarios (volar/no volar), un problema de tiempo (oportunidad) y la voz ocluida. El cuento se anticipa al dictamen de Bleichmar: «Indudablemente, la cirugía [de *asignación* de sexo] debería haberse efectuado, en el momento apropiado [antes de los 5 años], para evitar trastornos de todo orden: tanto

funcionales como psíquicos». (Bleichmar 2009: 216) El niño analizado que se reporta en el artículo de 1981 corta las alas de la mosca como si fueran las de él, atravesado por sus fantasmas, como también lo está la madre pájara que es también la madre del niño y la misma Bleichmar en cuanto madre. Vale recordar que este artículo de 1981 está dedicado a sus hijos.

Posiblemente, para el psicoanálisis Bleichmar sea ese mismo niño que corta maternalmente porque no puede desembarazarse de una estética de la diferencia genital. La crueldad amorosa, en su análisis del cuento, aparece asociada con un deseo de semejanza. El consentimiento informado no puede ser pensable para el cachorro que recibe humanidad en el marco de la asimetría y la parasitación del otro humano que puede dar respuesta por él, esto es: ser responsable por él y soberano de él, como se recordará siguiendo la distinción entre la reacción (del animal) y la respuesta (del humano), tan cara al humanismo lacaniano y levinasiano (Derrida, 2010: 138). Ser responsable como crueldad amorosa.

3) *Dos gestos críticos interrelacionados: Mauro Cabral y Santiago Peidro ante el film XXY* (Lucía Puenzo, 2007).

Dos sentencias ritman los análisis de Mauro Cabral: no cederé mi voz y tal explicación no se sustenta. Nadie como el que sufre sabe mejor cómo se sufre y —como nos enseñó Michel Foucault en *Los intelectuales y el poder*— es inmoral hablar en nombre de otro. Cabral nos coloca de frente al problema de *elegir entre* una racionalidad desencarnada o el saber testamentario, o *correr el riesgo* de que las buenas intenciones (del cisexismo) sean juzgadas en esos tránsitos. No discuto la sagacidad y justeza de las críticas de Cabral, más que justificadas por sus móviles ético-políticos. Gracias al movimiento *trans* —afirma Flavio Rapisardi (2013)— contamos con una Ley de Identidad de Género. Pero algo en su ajusticiamiento de Irene Meler —otra psicoanalista— se vuelve contra sí mismo<sup>8</sup>. Meler sustenta su comprensión de la transexualidad en lo dicho por el personaje Agrado en *Todo sobre mi madre*, el film de Pedro Almodóvar: «me llaman la Agrado, porque toda mi vida sólo he pretendido hacerle la vida agradable a los demás». La explicación/compreensión no puede colocarse ahí, en la intención de agradar, ni en la manida madre fálica, replica Cabral. Con maestría, Cabral da vuelta la

pregunta sobre el beneficio de aplicar el psicoanálisis a la literatura, tal como la planteó Pierre Bayard: ¿se puede aplicar la literatura al psicoanálisis?<sup>9</sup>. A mi juicio, el problema surge cuando la codificación entre la voz y el fenómeno carga la prueba exclusivamente en el sufrimiento que (des)autoriza y que trafica textos sin desclasificar. Por eso prestamos atención a lo que Cabral hace con XXY, como antecedente de la lectura de Peidro.

Cabral (2003) apunta, poco tiempo después de la carta a Bleichmar antedicha, la necesidad de una antropología de la transexualidad, y cercano a este pedido promulga la necesidad y la autoridad de la voz experiencial. El problema del humanismo es que no nos conocen, que no nos leen, como se sostiene en la carta, a tono con la caracterización del Humanismo de Peter Sloterdijk (2000): una red de lectores (de cartas). Seis años después, Cabral hace esta afirmación incontestable: «Para que otro mundo tenga lugar es preciso que la intersexualidad encuentre también espacio en la imaginación deseante de nuestra cultura...» (Cabral, 2009: 104). La demanda de visibilidad/audibilidad como demanda de lectura y escucha, por otra parte, deja al arte la posta por los marcos de visibilidad: el principal mérito del film XXY es que ahora sabemos menos, ahora estamos más perplejos gracias a su política. La cancelación de otros discursos (biomédicos), la afrenta a esa policía consensual, desconsidera lo que pasa en el film en términos de una ética de la ficción que exceda la adecuación o inadecuación mimética. Le deja al campo psi el terreno arado, por así decir. Sin embargo antes, en el mismo texto en que se analiza XXY, Cabral objeta que:

No hay espacio para la intersexualidad en la metáfora. La intersexualidad no es algo sobre lo que se puede ni debe imaginar. No es algo sobre lo que se puede ni debe fantasear. No es, no puede ser, no debería ser algo con lo que alguien, uno, cualquiera, podría masturbarse... No puede haber una poética de la intersexualidad, a quién se le ocurre. No puede haber, menos que menos, una erótica. (Cabral, 2009: 106-7)

La pregunta que queda abierta es: ¿en qué términos podría pensarse esa erótica por fuera del repudio, o lo que Cabral denomina, en una entrevista, «el exterior constitutivo de lo auténtico»? Y otra: ¿este film no sería parte de la «economía diferencial de la colectivización» (Cabral, 2008) que hacen los

textos académicos tramitando con lo trans\* e intersex a fines de comprender, pero sin ceder la voz (académica)?

Pasemos a Santiago Peidro (2013), una pieza importante porque, considerando a Cabral, analiza la materialidad del texto fílmico. Peidro realiza la siguiente aclaración en una nota al pie:

«Resulta preciso exponer que no es la intención de este escrito hacer un análisis psicopatológico de los personajes, ni rastrear si los filmes conocen o desconocen, o si se apegan más o menos, a la intersexualidad leída en términos biomédicos. Tampoco lo es descubrir si son conscientes o no de la realidad social de la intersexualidad. Los filmes no pueden mentir, ni equivocarse, ni confundir. No pueden traicionar una supuesta verdad **ni tienen la obligación ética de informar o instruir a la sociedad sobre la intersexualidad**. Son ficciones que se distancian de los manuales didácticos codificados por la biomedicina. La verosimilitud del relato depende de su coherencia interna, que no está en función de supuestas “verdades” externas al mismo. De este modo, “los elementos del filme no son elementos de la realidad sino de un enunciado, de un constructo narrativo”» (Peidro, 2013: 71, sin resaltado en el original)

Luego de un análisis comparativo entre *XXY* y *El último verano de la boyita* (J. Solomonoff, 2009), Peidro afirma que ambos films dan un paso más allá de la «representación institucional» (no incurren en el esquema narrativo clásico que suele resolver el conflicto dramático distendiendo) pero quedan en la puerta del «placer visual» según la conceptualización que Teresa De Lauretis retoma de Laura Mulvey. El «placer visual» en el cine clásico depende de un «sistema de la mirada (*look*)» que otorga el «poder de la mirada fija (*gaze*)» al hombre, siendo la mujer una imagen: un espectáculo a ser mirado, un objeto a ser deseado, investigado, controlado y poseído (cfr. De Lauretis, 1987: 99). Observa Peidro a propósito de ambos films: «una dificultad por parte de la narración para desprenderse de una hegemonía que proporciona un marco de referencia heterosexual a la medida del deseo» (88). Cabral saluda a *XXY* porque después del film sabemos menos (¿porque ahora des-biologizamos más?), mientras que Peidro dice del mismo film que

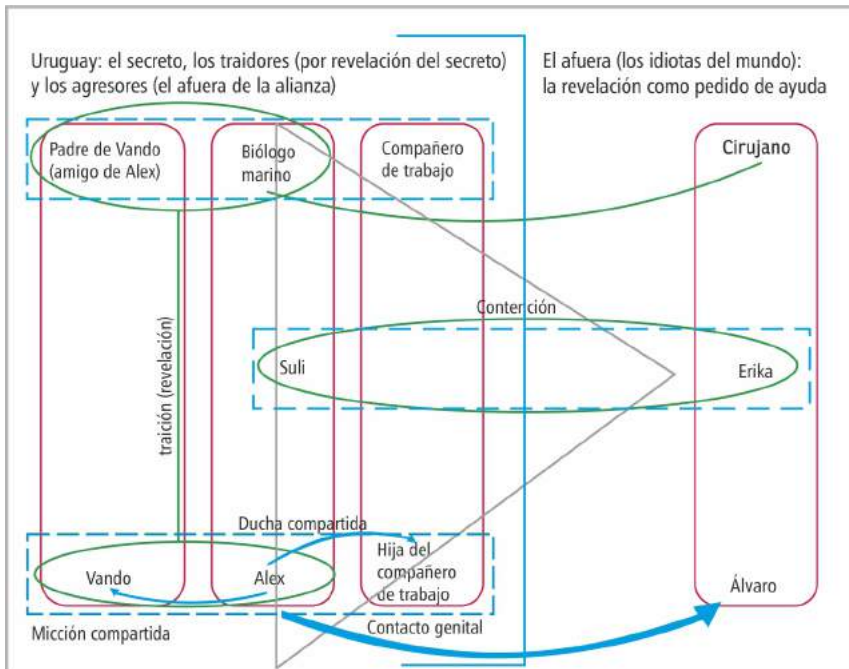
después de él sabemos poco, porque el zócalo que impide la representación de una relación totalmente otra (¿otro tipo particular de deseo?) sigue en pie. El análisis muestra la supervivencia del zócalo heterosexual (por ejemplo: que el partenaire del personaje intersex es cissexual en ambos films) sin reparar en su espesor ético<sup>10</sup>. En esta operación de lectura de Peidro, a la pasión por lo real como régimen de veridicción por adecuación, aunque desistida en la cita previa, se yuxtapone otra pasión por lo real vinculada con las obsesiones del análisis *queer*: es heterosexista. Pero el yo que potenciaba la lectura de Cabral se ha perdido, junto con sus móviles. ¿Sobrevive un vértigo argumental como estrategia crítica?

En el «yo» se aloja la potencia de la enunciación *queer*, afirma Eve Sedgwick (en Mérida Jiménez, 2002: 39). Esto implica, de alguna manera, un «cierto dandismo de la experiencia», como observa Piglia a propósito de Guevara. Ahora bien, en función de la pregunta por la efectividad que enlaza la ironía privada con su resonancia pública, a la sazón del sufrimiento y su caracterización, la «vida buena» queda como residuo de la cancelación: una vida mejor y una justicia representativa se iniciarán al acabarse la patologización y el marco de inteligibilidad heterosexual. La operación de David Halperin en *Amour folle* (2005) hace de contraparte: el miedo a la patologización impidió que nos caractericemos a «nosotros los gays» (Halperin busca comprender nuestro fanatismo con las divas), y esta recurrencia del nosotros en el texto de Halperin funciona casi como una defensa anticipada: hablo siendo parte de ellos, corro el riesgo, pero he aquí mis razones y mis emociones.

Para mostrar mejor mi desacuerdo, ensayo otra lectura de *XXY* en relación con el eje de la voz y la escucha, porque considero que el análisis de Peidro está centrado en la mirada, en la pulsión escópica que está detrás del «placer visual». A mi juicio, el conflicto dramático principal es el secreto (no la penetración de Álvaro por Alex o su genitalidad; o el *ver, ser visto y verse*), y eso establece series de filiación (familia) y de alianza (amistad o complicidad) con relevancia diferencial. Antes que heterosexista, que no desestimo que lo sea, el film propone una ética del *care* «familiarista», y en este sentido participa de otra serie de films que han



tratado «temas difíciles», como se observa respecto del aborto si se comparan los films *Plaza de almas* (Fernando Díaz, 1997) y *Las mantenidas sin sueño* (Vera Fogwill y Martín Desalvo, 2005). Esquematizo mi lectura en el siguiente cuadro:



**Rojo: filiación Azul: alianza Verde: tensión en las alianzas o simple tensión**

Lo que muestra el cuadro es algo que la crítica cultural (cfr. Ludmer, 2010; Sosa, 2012) viene sosteniendo: el pasaje expresivo y resolutivo de la conflictividad por la «forma familia» (filiación y alianza). En el caso de XXY, la manutención o no del secreto (lealtad/traición) arma y desarma filiaciones y alianzas, pero sólo las primeras subsisten como espacio de cuidado (aunque a duras penas): Vando cuenta que Alex es «rarx», traiciona; Suli oculta a Kraken (el biólogo marino) el móvil de la venida de los foráneos, y esto lo deja en falta frente a Alex: «no lo sabía»; Kraken le oculta a Suli que visitó a Scherer (intersexual operado); Kraken cuenta a Suli que vio a Alex y

Álvaro manteniendo una relación genital (el secreto de ellos); el cirujano se contenta («tenía miedo de que fueras puto») porque su hijo gusta de Alex —ya porque no sabe el secreto o porque lo sabe pero seguirá siendo secreto bajo las ropas de Alex—; Suli se disgusta con Erika cuando esta le dice: «no la pueden tener toda la vida escondida»; Erika le pide a su marido, ante Suli, que no diga todo sobre las consecuencias de que Alex haya abandonado la ingesta de corticoides; Suli y Kraken se fueron de Buenos Aires a Uruguay porque la gente opinaba demasiado (no guardaban silencio); al cirujano su esposa le dice «basta» y Kraken, cuando el cirujano intenta apartarlo en una pelea de manos, le grita: «¿Vos decís basta? ¡Vos sos igual que ellos!» (los traidores y acosadores); etc. La voz que al decir traiciona o se extralimita, los oídos que se hartan de escuchar ciertas voces y la pregunta que madre y padre de Alex demoran hasta el final: «¿Y si ella quiere?», interroga Suli; «¿Y si no hay nada que elegir?» (a propósito de la cirugía), contesta Alex a su padre. El final del film pone fin a la serie de las alianzas (complicidad), cuando Alex visiblemente angustiada le pregunta a Álvaro «¿Querés ver?» (su genitalidad no vista), y cuando Alex le dice a su padre: «Que se enteren», habilitando el desbaratamiento del secreto que hacía familia mediante una denuncia policial a la pandilla que la atacó. Este «que se enteren» de Alex es lo que hace el film leído —según propone José Amícola (2009)— como «intervención pública hacia la transgeneridad».

Entonces, que el problema sea el «placer visual» es tan insoluble como difícil de responder qué se sabe sobre lo que hay Afuera para dictaminar lo que queda encerrado dentro de las puertas del placer visual heterosexual. Esta política de interpretación corre el riesgo de que sólo el cine de autor no heterosexual traspase la puerta del «placer visual». Y entonces nos exponemos (lo digo como no heterosexual *cis*) a ilustrar el vértigo argumental que anida en la siguiente afirmación, injusta pero posible, del crítico literario Carlos Gamerro (2011):

«El problema de mucha crítica feminista, como su madre la crítica marxista y su hermana la crítica poscolonial, es que parte de las conclusiones para llegar, al cabo de un largo, pero predecible camino, hasta las premisas. En

el caso de la crítica feminista esquemática, se debe demostrar que la autora construye imágenes positivas o afianzadoras (*empowering*) de la mujer, y realiza una crítica del patriarcado, porque es una mujer; y si se trata de un hombre que construye imágenes estereotipadas, esencializadoras, y aun degradantes o discriminadoras, de lo femenino.

La loable admonición de que cada sujeto se haga cargo de su propio discurso se confunde con la desacreditación previa y axiomática de todo aquel que ose intentar hacerse cargo del discurso del otro: la simpatía imaginativa queda proscrita. (152 y 154 resp.)»

4) El corte que da inicio al psicoanálisis de Bleichmar es homologable con la censura que da inicio al magnífico niño (no atormentado) de la pedagogía (Antelo, 2005). Estamos ante dos perjuicios imaginados (o «meramente constructivos» en palabras de J. S. Mill) que demandan una acción justificada sin considerar la voz de los (supuestos) sufrientes. La carta de la Red Transexual testea a Bleichmar y Romina García Hermelo o los libros del Ministerio de Educación testean a la Ley de Educación Sexual Integral<sup>11</sup>. La literatura intolerable, emocionalmente dañina, puede ser censurada por quienes entienden que «algo» de ella no es metabolizable por los jóvenes<sup>12</sup>, y que esta literatura no debería circular con anuencia del Estado (corte). En el documental *Ante la ley* (Jelicié y Klappenbach, 2012), Emilio de Ípola relata que en 1960, durante el juicio por la publicación de «La narración de la historia» (Carlos Correas, 1959), un representante de la Justicia le preguntó: «¿Se lo leería a su hija?»

En la distinción entre lo humano y lo asqueroso, la repugnancia es tanto un criterio históricamente variable como un contenido cognitivo que indica ese «algo»: referentes (recurrentes) y relatos sobre los mismos (Nussbaum, 2006). Josefina Ludmer (1999) trató esto en *El cuerpo del delito*: los «cuentos de judíos» o «cuentos de mujeres que matan», entre otros, que son recurrentes en el canon literario escolar argentino. A juicio de Nussbaum, hay que sospechar de la reacción de repugnancia porque se trata de «un dispositivo que empleamos para negar nuestra propia capacidad para el mal» (94). Hay, no obstante, repugnancias benignas (no tomar leche cortada)

y otras valorables si se sostiene el vector normativo que Mill propone para delimitar la libertad (evitar hacer daño al prójimo): por ejemplo, repudiar la violación. El problema lo constituye la proyección social de la repugnancia a ciertos grupos por las prácticas sexuales, higiénicas o religiosas, entre otras, que se supone que los caracterizan de cabo a rabo y los hace desconfiables. Esto ha mostrado su efectividad históricamente en diversos «ataques a la igualdad de respeto»; este es el riesgo<sup>13</sup> que nos enseñó a ver el feminismo en nuestro país desde, por lo menos, principios de los años '90, cuando sus consignas claras eran la «igualdad de oportunidades» (paridad participativa) y la «igualdad de trato» (respeto moral).

El diario *La Nación* hace la inteligente operación de calificar como «libros eróticos» a los repartidos por el Ministerio de Educación, cambiando así el marco de análisis: es el *genre* lo educacionalmente preocupante, más allá de lo repugnante (supuesta apología a las drogas y a la pornografía, lesbianismo, etc.) que se muestre en tal o cual libro. El cambio de escala hacia la categoría (*genre*) amplía el espectro de lo posiblemente inapropiado que pueda caer dentro de él (una tarea policial), y lo que vuelve a dejarse incuestionado es el tratamiento ético de esas «rispideces» de la representación: un desnudo, una ironía sobre el culto oficial, una relación amorosa considerada abyecta, etc. La repugnancia, que moviliza el pensamiento mágico para explicar la contaminación por similitud y contagio, expresada por los entrevistados en la nota de *La Nación*, encuentra entonces la razonabilidad de la indignación-ira ante el perjuicio que, en clave liberal, se presenta si se demuestra el daño (aquí imaginado) a un tercero sin voz. Citamos un pasaje:

«El especialista en psicopedagogía Alejandro Castro Santander, quien tuvo acceso a los libros —que muestran cómo drogan a una mujer para violarla, que se la cosifica, uso de terminología inadecuada y la ridiculización de creencias de la Iglesia Católica con líneas como “Cordero de Dios (...) dame tu lana para hacer un suéter” o “San Cayetano no me pagaste los viáticos”— comentó que “lo que se ve es vulgaridad”».

«Además, consideró que “hay libros que son directamente una porquería y lo que se está haciendo es fundamentalmente un daño emocional ya que esto

es un llamado al uso de la violencia, de drogas y pornografía". («Los libros eróticos que el Ministerio de Educación mandó a escuelas de Mendoza», en *La Nación*, 8/8/2013, Buenos Aires)

El «llamado al uso», el riesgo de la lectura «suscitante» (o bovarista), lo sabemos, es un problema que nos conecta con los debates de la Contrarreforma católica, cuando las imágenes se revalorizaron como vectores de ideas para contrarrestar las «malas lecturas» de la Biblia realizadas por los protestantes. Que tales libros objetados sean ediciones de la revista *Fierro* y estén a cargo de Colihue incrementa la ira política, dejando a la potencia metonímica de la repugnancia hacer su propio trabajo. Los contraargumentos de los disputantes<sup>14</sup>, por lo mismo, luego de proponer disquisiciones conceptuales acerca de lo erótico y lo pornográfico (argumento experto), promueven reacentuaciones de la relevancia moral: se trata de jóvenes lectores que ya pueden votar, que suelen ser objeto de violencia policial y que cuentan en su ciudad (Mendoza) con cárceles objetadas por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Por su parte, el Ministerio de Educación de la Nación contesta —en su nota informativa del 7 de agosto de 2013— que la selección de los libros fue realizada por especialistas en literatura infantil y juvenil (Comisión Asesora Federal) y que su lectura no es obligatoria, quedando sujetos a la evaluación de pertinencia del docente o a la mediación del personal de biblioteca de la escuela. Curiosamente, los objetores parecen ser los que leen más detenidamente los libros, mientras que sus disputantes sólo cambian el marco de la discusión: si te escandaliza eso, ¿por qué no esto otro?

El debate apología-promoción del pensamiento crítico elude el *problema de la prueba*<sup>15</sup> en ambos disputantes, posiblemente porque a ambos lados de la disputa cuidar al «magnífico niño» supone hacer lo mejor para él, aunque él y aunque el libro (aquí el vértigo argumental). Lo leíble por un alumno en escolaridad secundaria vuelve a poner en debate una ética del *care* contra la intoxicación; gana el canon. Ante la objeción de un grupo de padres por la utilización de *Hay una chica en mi sopa* en una escuela de San Luis, Graciela Morgade (integrante de la comisión de especialistas ESI) deja en suspenso si la novela es pertinente o no y cierra la nota citada proponiendo volver a

Shakespeare para responder al interés de la juventud de ver y hablar de lo que les pasa en materia de amor y erotismo<sup>16</sup>.

5) A modo de conclusión: el vértigo «real»

Félix Bruzzone, en *Los topos* (2008), hizo la apuesta de relacionar a los cuerpos trans\* con los cuerpos marcados por la dictadura en una misma búsqueda. Entretejió dos épocas dando relevancia a un problema «nuevo» por su adyacencia ficcional con un problema histórico. En *Argentina. Derechos humanos y sexualidad* (2007) se llama a esto «estrategia de exigibilidad indirecta» y se muestra cuán efectivo es para articular luchas sociopolíticas que parecen a primera vista incompatibles. Gabriela Cabezón Cámara, quiero plantear aquí, continúa esa apuesta mediante la problematización de las implicancias de tener una voz en *La virgen cabeza* (2009). Como *ficción de lo político* (Kohan, 2010), *La Virgen Cabeza* está mostrando el problema de tener una voz en la tensión testimonial, interpelando diferentes sedes: quien dice la verdad (ecuménica y salvífica) y quien hace más frondoso el sentido (comunitario y festivo). Un desgarramiento constitutivo de lo comunitario (la distancia irónica) pone en peligro a lo ecuménico.

Cecilia González (2012) lee en *La Virgen Cabeza* la posibilidad utópica de una comunidad<sup>17</sup>. Juan Francisco Marguch (2011), por su parte, lee una apuesta por la anomalía deleuziana y un tratamiento de la espacialidad más allá de las gramáticas normativas del centro y la periferia, de la que Perlongher —por citar un ejemplo tratado por Marguch— no se desprendió. En *La Virgen* está lo raro como posibilidad de lo común: ¿quién no lo es? Habida cuenta de lo dicho hasta el momento, propongo que en *La Virgen* se tematiza además quién está para contarlo y en nombre de quién, en una tensión aporética entre lo ecuménico y lo comunitario. La fertilidad de esta novela es que los mundos del universo textual entran en conjunción por arrebatos, y esos arrebatos tienen la forma de la corrección. Son políticas de interpretación en colisión. En una vista retrospectiva del canon *queer* de la literatura argentina, Cabezón Cámara retoma el gesto de Manuel Puig (formal por la división en capítulos y narrativa por la cesión de la voz y el artificio de la grabación) para mostrar que la falta de centro en la narración está plagada de conflicto.

Cleo, el personaje transgénero que oficia de médium de la virgen en la villa El Poso luego de ser vejada por la policía, cuenta con cinco capítulos propios y una nota final. En todas sus entradas disputa la reconstrucción histórica que hace la periodista de Palermo devenida villera y madre, junto a Cleo, de María Cleopatra. Las tres —en el ahora de la novela— disfrutando de los beneficios de la rareza en Miami mientras Qüity escribe o transcribe y Cleo es grabada. En la primera entrada, Cleo disputa el principio de la narración de la historia (una arrogancia genealógica); en la segunda, rectifica el desarrollo ante la arboreidad de Qüity; en la tercera, disculpa por amor el engaño de Qüity: conseguir «la nota del año» para ganar el premio de la Fundación Novoperiodismo; en la cuarta, marca un olvido y repone la falta relatando la marcha de las travestis frente al municipio para pedir la erradicación de La Bestia; en la quinta, comienza diciendo: «Vos no estuvistes, Qüity. Estuve yo.», para luego contar el arrasamiento policial de la villa en beneficio de la especulación inmobiliaria, y el acontecimiento capital: la muerte de Kevin; en la última, a través de una nota transcripta, Cleo disputa el final de la historia, porque «también es mi libro y sobre todo el libro de la Virgen.»

Mientras Cleo no puede hablar de ella sin hablar de Qüity, esta última nunca integra el conflicto cuando retoma su voz, mientras que, ante el conflicto con la policía, Qüity justifica su función representativa: «Yo empecé a hablar un poco en nombre de todos y al lado de Cleo, se votó así porque yo era de los pocos que tenía cierto dominio sobre el lenguaje y porque vivía en El Poso» (133) Si quien escribe la historia de una utopía *in crescendo* es importante, y si eso se cruza repetidas veces con el amor que concede o demanda es porque una tensión entre lo propio y lo impropio habita la voz (entiéndase académicos/no académicos; villeros/chetos; psicoanalistas/paciente trans\*; etc.) y dura lo que una comunidad de creencia promete. Si, como propone Spivak (2013: 337): «es siempre el deseo por/de (el poder del Otro) lo que produce una imagen del sí mismo», conseguido el reconocimiento (de la ópera cumbia *La Virgen Cabeza*) queda el espinoso problema del reparto.

Si hay una comunidad posible previo arrasamiento de El Poso o en la

reedición ecuménica de Cleo, quien, luego de una gira por Europa, lleva la Cabeza, ahora con oros y diamantes, a Fidel, porque «parece eterno pero no es», lo cierto es que en el plano de la voz la comunidad es imposible, y enhorabuena. Si hay comunidad ocurre al precio de esconder el problema financiero y de la firma; es, entonces, una comunidad del orden o un comunalismo decimonónico. El epílogo de la novela dice clara la apuesta ética: «no se puede escribir la propia biografía con una esposa que se considera coautora, salvo que sea otra escritora». (153) ¿Quién se llevará los dividendos de la firma? La nota final de Qüity en respuesta a Cleo, quien traicionó malgastando el dinero, comienza llamándola Carlos Guillermo Cleopatra y luego le brinda dos opciones: tratamiento psiquiátrico o juicio por chorra. Qüity, quien antes ya mantenía una distancia irónica con la religiosidad popular de El Poso, sale a vengarse aunque Cleo predice una catástrofe y le aconseja pertrecharse en su búnker de Miami.

La injuria movilizada por problemas financieros (este nuevo peligro *ya no común* que reemplaza al de vivir en El Poso) es, tal vez, el reverso de una zona del feminismo que condena a la prostitución para acabar con la violencia contra las mujeres, pero no interroga la institución dinero o trabajo, utilizando a veces una figura de (indignidad de la) mujer homogénea que la misma Spivak critica en el artículo antedicho. La relación viene dada aquí porque los vértigos argumentales dan a veces material para l\*s censor\*s, como se observa en la escena educativa anterior, donde lo repugnante es el tratamiento indigno de la mujer<sup>18</sup>. El paso de «se la prostituye» a «se prostituye» es lo que los politólogos intentan destrabar en la sinécdoque entre trata de personas y «situación de prostitución» (cfr. Pecheny, 2013: 116). La reciente campaña de la Asociación de Meretrices Argentinas «El trabajo sexual es un trabajo», puso en discusión nuevamente la voz y el reconocimiento<sup>19</sup>. Qüity contra Cleo es la fortuna de la comunidad (especular) en *La Virgen Cabeza* y una comunidad especular en el lector, a quien toca —posiblemente— la difícil tarea de la hegemonía (o de la equivalencia, o de la «exigibilidad indirecta») cuando, desaparecido el peligro común, queda abierto el problema de la diferencia descontentada que pide restitución (del dinero perdido) o brama por la ley (psiquiátrica o judicial) que



ajusticie. Esa tarea es la del lector/a ético/a que le da un quehacer a la literatura o, en otros términos, busca comprender el actual debate sobre la ciudadanía sexual de las prostitutas/trabajadoras sexuales<sup>20</sup>. He aquí el vértigo «real».

## Notas

1. No desconozco el debate ocasionado por las *literaturas posautónomas* como conjetura crítica, en la revisión de los planteos de Josefina Ludmer por Miguel Dalmaroni, Sandra Contreras, Alberto Giordano y Martín Kohan. No obstante, al considerar aquí políticas de la interpretación, me acerco más al valor de la literatura en el territorio de la imaginación pública (qué se hace con ella y qué nos cabe esperar de ella) que a la pregunta por la literaturidad (valor literario) que la posautonomía dejaría en suspenso.

2. Utilizo aquí la noción de Paul Ricoeur (2009), quien postula la intención como momento del debate ético antes y después de cristalizar leyes morales éticamente marcadas. Tal marcación demanda en Judith Butler (2009) la negociación de lo humano, vinculando la ética con la retórica (por el modo de interpelación del otro) y la crítica social (por las grillas de inteligibilidad movilizadas al decir «yo»): hay vida ética cuando la autorreflexión se engarza con el reconocimiento social, y en ese punto la responsabilidad es una oportunidad costosa en el marco del desbaratamiento de un otro que antecede a un yo no fundacional ni autosuficiente.

3. En un texto de 1982 recientemente traducido, Gayatri Spivak (2013: 205-228) analiza las políticas de la interpretación mediante figuras que marcan —retomando a Stuart Hall— la evasión y sustitución que realizan sus contemporáneos norteamericanos de la ideología como problema para explicar y comprender(se). Spivak, con ingeniosas apuestas ético-políticas, indica diferentes políticas de interpretación que van desde metáforas empresariales (el hacerse a sí mismo del sujeto soberano) hasta inercias disciplinares. Para Ricoeur (2009), la ideología tiene al menos dos funciones más que la sola falsa conciencia o disimulo: justificación-legitimación e integración.

4. Sobre la casuística y la relación entre cosa y caso puede leerse «La muerte de un extraño», de Mauro Cabral y Ariel Rojman (2004), texto recomendado por el Programa Nacional de Educación Sexual de Uruguay. Cfr. [http://programaedusex.edu.uy/biblioteca/opac\\_css/materiales/cabroj.PDF](http://programaedusex.edu.uy/biblioteca/opac_css/materiales/cabroj.PDF)

5. Cfr. «La vi sufrir como no quiero volver a verla», *Página/12*, 9/10/2013 (disponible en línea) e «Identidad autopercibida: al final Lulú tendrá el DNI con su nombre», *Infojus Noticias*, 25/9/2013 (disponible en línea)

6. El proyecto teórico de Bleichmar consiste en *aggiornar* a Freud para que su metapsicología se desprenda del lastre acumulado por las formas de la moral del siglo XX. Discutir la homosexualidad del inconsciente es parte de tal proyecto. En *Paradojas de la sexualidad masculina*, los tres tiempos (recursivos) en la constitución sexual masculina son: 1) Institución de la identidad de género; 2) Descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos; 3) Definición

de las identidades secundarias que hacen a las instancias ideales. El núcleo de su teoría de la paradoja de la sexualidad masculina consiste en que: «Para ser hombre el niño varón se ve incorporado a la profunda contradicción de incorporar el objeto-símbolo de la potencia, otorgado por otro hombre, y, al mismo tiempo, de rehusarse a sí mismo al deseo homosexual que la introyección identificatoria reactiva.» (2009: 40)

7. Incluso Celia Amorós (2005) muestra reparos para conectar sin miramientos la ética del llamamiento y de la ayuda sartreana con la ética del cuidado feminista. En su caso, porque algunos proyectos libertarios pueden estar guiados por la mala fe. La iniciativa de regular el trabajo sexual es un ejemplo de esto para Amorós. Cfr. <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1046>

8. ¡El texto de Cabral «...Ni qué niño muerto!» ya no se encuentra en su blog personal, pero está encriptado en un sitio web al que se accede mediante las siguientes palabras clave: «Carne de diván + Ni qué niño muerto».

9. ¡Un extracto de «...Ni qué niño muerto!»: "Esta invocación argumental de un personaje cinematográfico también opera, por suerte, contra la violencia del texto. La inclusión del personaje de Agrado en el conjunto de casos y teorías examinados por Meler permite la emergencia de un aspecto a menudo olvidado en el debate público en torno a la teoría y la política del diagnóstico: el carácter trópico de toda diagnosis (incluidos, claro está, la *psicosis* y el *trastorno de identidad de género*). ¿O acaso sería posible introducir al sujeto de cualquier narración, ficcional o no, con absoluta independencia de las poéticas de su introducción? Si "la postura" de Money y Stoller es reafirmada por el caso que constituye el personaje de una película es porque entre ese caso y el *saber* diagnóstico de Money y Stoller hay un indiscutible parecido *poético* de familia. Aquello que Meler produce al unir estos tres nombres propios en mismo entramado enunciativo no es sólo una *realización* de Agrado como transexual sino también, y por fortuna, una *ficcionalización* de Money y de Stoller como personajes –y, lo que es más importante, de sus teorías como narraciones.»

10. En términos de Wayne Booth (2005: 283), la relación está dada entre fuerza ética y energía consumida en la lectura de cualidades morales a partir de signos potencialmente engañosos: densidad de intereses y emociones humanas plurales y rivales retóricamente modelados. Booth apunta seis aspectos de una amistad literaria para evaluar (porque presupone conocimiento valorativo y comparativo) el espesor ético en términos de densidad retórica. En esta línea juzgamos que está el análisis que realiza José Amícola en «XXY como intervención pública hacia la transgeneridad» (2009), en particular cuando se detiene en el punto de vista y en los conflictos visuales y/o discursivos.

11. Cfr. «Sanción y gesto», *Página/12*, 3/6/2013, Buenos Aires (disponible en línea); y «Los libros eróticos que el Ministerio de Educación mandó a escuelas de Mendoza», *La Nación*, 8/8/2013, Buenos Aires (disponible en línea). Otro caso reciente es la expulsión del Profesor Luis Ángel del Castillo, como se lee en la entrada de su blog denominada «Despedido por una novela». Cfr. <http://luisangeldelcastillo.blogspot.com.ar/2014/06/despedido-por-una-novela.html>

12. Los jóvenes son un lugar común en la argumentación conservadora sobre la utilidad regulativa de la repugnancia en una sociedad liberal. Martha Nussbaum (2006) lo muestra analizando el trabajo señero de Lord Devlin y sus avatares en otros autores.

13. Nussbaum (2006: 140) sostiene que: «el progreso moral de la sociedad puede medirse por el grado que *separa* la repugnancia del peligro y la indignación, y en que basa las leyes y las reglas sociales en riesgos y daños sustantivos, antes que en la relación simbólica que tiene un objeto con la ansiedad respecto de la condición animal y la mortalidad.» Si el arte tiene una tarea en desestabilizar esa separación, vale pensarla en términos homeopáticos: la intoxicación como dispositivo inmunitario (Sloterdijk 2013). La discusión pasa entonces por los objetos artísticos que pueden cumplir *mejor* tal tarea, dadas las equis condiciones que se consideren como factores relevantes. Lo Otro como una postulación a sostener y concretar (Link, 2009) implica caracterizar lo Uno, siendo del orden de una política de la lectura la decisión sobre lo *mejor* en clave ética (la negociación de lo humano)-política (desejar consensos) antes que de status representacional (adecuación mimética). En tal sentido, la literaturidad es un acápite especial para la crítica ética interesada en la imaginación pública. Y si esto pone sobre el tapete la cuestión de la «posautonomía» es porque los valores éticos no siempre son directamente proporcionales a los estéticos. En tal sentido, la crítica cultural sería una forma de activismo: impugna y regula tráficos de textos literarios y films considerando las intenciones éticas de los mismos.

14. Estos pueden encontrarse en el blog «El arte en cuestión»: <http://elarteencuestion.blogspot.com.ar/2013/08/censura-libros-para-jovenes-en-mendoza.html>

15. La prueba es un problema por la extrema dificultad para establecer *honestamente* que un efecto determinado ha sido causado por una narración, una clase de narración o una lectura impertinente. Booth muestra este problema respecto del debate sobre la inclusión o no de *El guardián en el centeno* en el canon escolar estadounidense (Booth, 2005: 163-4) El film *Bindlestiffs* (Andrew Edison, 2012) ironiza sobre esto.

16. El canon literario de la Educación Sexual Integral oficial sólo integra un cuento de la ficción argentina reciente: «Los Lemmings», de Fabián Casas (2005). Cfr. el primer volumen de la *Serie Cuadernos ES* para escuela secundaria.

17. La «nueva comunidad», según González (2012), se observa en: ritos sincréticos, tiempo festivo, reorganización del espacio y reubicación de los «restos» del pasado. Esta «nueva comunidad», siguiendo a la misma autora, tiene doble valencia utópica: rememoración melancólica y objeto de una refundación posible.

18. Análisis este punto en un manual escolar producido en el marco de un proyecto de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional del Litoral. Cfr. «Educación sexual y feminismo en la Universidad Nacional del Litoral (2001-2011)», disponible en: <http://www.puds.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2014/06/Peralta-S.-Educación-sexual-y-feminismos-en-la-Universidad-Nacional-del-Litoral-2001-2011.pdf>

19. Cfr. «Los servicios prestados», en Suplemento «Las 12», *Página/12*, 8/6/2015, Buenos Aires.

20. Además del artículo de Pecheny referido, una buena síntesis del debate sobre el «trabajo sexual» puede hallarse en la entrevista a las antropólogas Deborah Daich y Cecilia Varela publicada en la página web del Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos bajo el nombre: «As políticas anti-tráfico e seus efeitos». Disponible en: <http://www.clam.org.br/destaque/conteudo.asp?cod=11802>

## Bibliografía

- AMÍCOLA, J. (2009). XXY como intervención pública hacia la transgeneridad, en: *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, 66: 62-68. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar> [17 de diciembre de 2013].
- AMORÓS, C. (2005). Ética sartreana de la ayuda y ética feminista del cuidado, en: *Investigaciones fenomenológicas*, 4: 57-86.
- ANTELO, E. (2005). La pedagogía de la época (pp. 9-20). En SERRA, S. (coord.). *La pedagogía y los imperativos de la época*. Buenos Aires: Noveduc.
- BLEICHMAR, S. (1981). Crueldades del amor, en: *Revista de la Universidad de México*, 36 (4): s/d.
- (2009). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- (2010). *Violencia social-Violencia escolar*. Buenos Aires: Noveduc.
- BOOTH, W. (2005). *Las compañías que elegimos*. México: FCE.
- BRUZZONE, F. (2008). *Los topos*. Buenos Aires: Mondadori.
- BUTLER, J. (2009a). *Dar cuenta de sí mismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2009b). El transgénero y el espíritu de la revuelta, en: *Revista de Psicoanálisis*, LXVI (3): 731-748.
- BUTLER, J.; ATHANASIOUS, A. (2013). *Dispossessions*. Cambridge: Polity Press.
- CABEZÓN CÁMARA, G. (2009). *La Virgen Cabeza*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- CABRAL, M. (2003). Ciudadanía (trans)sexual. Disponible en: <http://telematica.politicas.unam.mx/biblioteca/archivos/040108022.pdf> [17 de diciembre de 2013].
- (2008). Salvar las distancias—Apuntes sobre «Biopolíticas del género» (pp. 123-139). En: AA.VV. (2009). *Biopolítica*. Buenos Aires: Ají de Pollo.
- (ed.) (2009). *Interdicciones*. Córdoba: Anarrés.
- DE LAURETIS, T. (1987). *Technologies of Gender*. Bloomington: Indiana University Press.
- DERRIDA, J. (2010). *Seminario La bestia y el soberano*, Vol. I. Buenos Aires: Manantial.
- GAMERRO, C. (2011). *Ficciones barrocas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- GONZÁLEZ, C. (2012). La desclasificación de los cuerpos: formas estéticas y políticas de la utopía en Barbie también puede estar triste de Albertina Carri y La Virgen Cabeza de Gabriela Cabezón Cámara, en: *Mora* [online], 18 (1). Disponible en [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1853-001X2012000100005&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2012000100005&lng=es&nrm=iso) [17 de diciembre de 2013].

- HALPERIN, D. (2005). *Amour folle*. (pp. 41-71). En: *Conferences Litter-Strasbourg 2004*. París: EPEL.
- KOHAN, M. (2010). La realidad política. (pp. 29-41). En: GONZÁLEZ, C. et al. (eds) *Les armes et les lettres. La violence politique dans la culture du Rio de la Plata des années 1960 à nos jours*. Bordeaux: Presses Universitaires.
- LINK, D. (2009). *Fantasmas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LUDMER, J. (1999). *El cuerpo del delito*. Buenos Aires: Perfil.
- (2010). *Aquí América latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MARGUCH, J. F. (2011). Espacios anómalos, imaginaciones del presente. Ponencia presentada en el VII Encuentro de Ciencias Sociales y Humanas, UNC. Disponible en: <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/7encuentro/article/view/465/508> [17 de diciembre de 2013].
- MORO SIMPSON, T. (1999). *Dios, el mamboretá y la mosca*. Buenos Aires: Sudamericana.
- NUSSBAUM, M. (2006). *El ocultamiento de lo humano*. Buenos Aires: Katz.
- PECHENY, M. (2013). Oficios y prácticas de quienes investigamos sobre temas sexuales, en: *Apuntes de investigación del CECYP*, (23): 113-118. Disponible en: <http://www.apuntescecy.com.ar/index.php/apuntes/article/view/484> [17 de diciembre de 2013].
- PEIDRO, S. (2013). Dos casos de intersexualidad en el cine argentino, en: *Sexualidad, salud y sociedad*, (14): 66-90. Disponible en: <http://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/SexualidadSaludySociedad/article/view/4116/4929> [17 de diciembre de 2013].
- PEREDA, C. (2010). *Malos argumentos*. Ponencia presentada en el Seminario de Posgrado en Filosofía de la Ciencia, UNAM.
- (1994). *Vértigos argumentales*. Una ética de la disputa. Barcelona: Anthropos.
- PETRACCI, M. (coord.) (2007). *Argentina. Derechos humanos y sexualidad*. Buenos Aires: CEDES.
- PIGLIA, R. (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- RANCIÈRE, J. (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.
- RAPISARDI, F. (2013). Editorial, en: *Tram[p]as de la comunicación y la cultura*, 74: 1.
- RONELL, A. (2008). *Pulsión de prueba*. Buenos Aires: Interzona.
- SEDGWICK, E. (1991) *A(q)ueer y ahora*. (pp. 29-54). En: MÉRIDA JIMÉNEZ, R. [ed.] (2002). *Sexualidades transgresoras*. Barcelona: Icaria.
- SLOTERDIJK, P. (2013). *You Must Change Your Life*. Cambridge: Polity Press.

——— (2000) *Normas para el parque humano*. Madrid: Siruela.

SOSA, C. (2012). 'Queremos papá y mamá'. Duelo y filiación en la Argentina contemporánea, en: *Ciencias Sociales*, (81): 42-47. Disponible en: <http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/SOCIALES-81-interior-revista.pdf> [17 de diciembre de 2013].

SPIVAK, G. (2013). *En otras palabras, en otros mundos*. Buenos Aires: Paidós.

TESTERO, J. [ed.] (2010). *Silvia Bleichmar: superar la inmediatez*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.

THIEBAUT, C. (2002). II Seminario de Filosofía: El problema del mal en la filosofía contemporánea. Fundación Juan March. Disponible en: <http://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=292>[17 de diciembre de 2013].

### **Datos del autor**

Sergio Peralta | Argentina

Licenciado en Historia. Estudiante del Doctorado en Humanidades con mención en Letras (FHUC-UNL). Becario en el Centro de Investigaciones Teórico-Literarias (CEDINTEL) – UNL / CONICET

Correo electrónico: [tesisyantitesis@gmail.com](mailto:tesisyantitesis@gmail.com)

### **Acerca del artículo**

Este artículo amplía la ponencia que bajo el nombre «Cruelties of love, (of) the other human: sexuality in Silvia Bleichmar» fue presentada en la IX Conferencia del IASSCS (International Association for the Study of Sexuality, Culture and Society), realizada en la ciudad de Buenos Aires entre el 28 y 31 de agosto de 2013.

Fecha de recepción: 01/08/15

Fecha de aceptación: 14/09/15





# Estado versus autonomía originaria

Emiliano Valentín Ríos | UADER

envios@msn.com

## Resumen

Desde la sociología histórica en articulación con una mirada antropológica, el presente artículo se propone abordar el proceso de constitución de los Estados Nacionales de Argentina y Chile en vinculación con el llamado «problema indígena» y la particular relación entre la constitución del orden y una etnia específica, la mapuche. En este sentido este trabajo se plantea abordar el pasaje de la sociedad estamental colonial a la sociedad de clases, haciendo hincapié en las tensiones entre los aparatos estatales emergentes a partir del proceso independentista y las poblaciones originarias, principalmente a lo largo del siglo XIX hasta que termina de consolidarse la oligarquía como clase dominante.

Con este fin se realizará un recorrido histórico que partirá desde la sociedad colonial ya que la estructura social que termina de consolidarse durante el siglo XIX hunde sus raíces en dicha sociedad teniendo en cuenta que la ruptura independentista no constituyó una revolución social radical, si no solo una revolución política: una «revolución pasiva dependiente» desde arriba hacia abajo, que conservó las estructuras de las matrices societales coloniales durante largo tiempo. A partir de que los llamados ejércitos libertadores derrotaron al ejército realista, comienza un proceso de constitución del orden que imbricaba varios elementos: la construcción del Estado, de la Nación, la generación de condiciones que permitan una mejor inserción en la economía mundial y el pasaje de la sociedad estamental a la sociedad de clases.

**Palabras clave:** Estado, pueblos originarios, Argentina, Chile, Mapuche

## State versus original autonomy

### **Abstract**

From historical sociology, in coordination with an anthropological vision, this article attempts to address the process of the constitution of Argentina and Chile Nation States, in connection with the so-called «Indian problem» and the special relationship between the constitution of the order and a specific ethnical group, the Mapuche. In this regard, the purpose of this work is to deal with the passage of the stratified colonial society to the class society, emphasizing the tensions between the state apparatuses emerging from independence process and indigenous populations, mainly during the nineteenth century until the consolidation of oligarchy as the ruling class.

To this end, a «historical tour» will start in the colonial society, since the social structure which completes its consolidation during XIX century is rooted in that society, taking into consideration that the pro-independence breakdown did not constitute a radical social revolution, but only a political revolution: «a dependent passive revolution», from the top down, which preserved colonial society structures for a long time. As the so-called liberation army defeated the Spanish Army, the process of constitution of order starts, process which interwove several elements as the construction of the State, the Nation, the generation of conditions allowing better insertion into the world economy and the passage of the stratified society into a class society.

**Keywords:** State, native people, Argentina, Chile, Mapuche

## Estado versus autonomía originaria

### Introducción

En el presente artículo, se analizará desde un abordaje sociológico-histórico lo que, retomando los términos acuñados por Braudel, puede pensarse como un proceso histórico de larga duración. Dicho proceso se encuentra marcado por el surgimiento, la imposición y la consolidación de los Estados Nación (modernos y burgueses) en América Latina y una de sus contracaras: la pérdida de la autonomía política, económica y cultural de los pueblos originarios. Como se apunta a abordar un proceso estructural se evitará hacer mención a todo aquello que la historiografía ideográfica más tradicional ha puesto sistemáticamente en el centro de sus relatos: fechas precisas y narración cronológica, con la consagración de determinados personajes históricos —los grandes próceres— como actores principales. En todo caso se intentará abordar un proceso macroestructural a la luz de ciertos acontecimientos sociales, antropológicos e históricos que pueden marcar rupturas o continuidades dentro del mismo y que no pueden reconstruirse en su complejidad a la mera luz de poner el foco en acontecimientos y personajes particulares.

El gran objeto teórico precisado (el proceso al que hiciéramos referencia) será recortado, con fines prácticos y en vinculación a mis propósitos de investigación en mi tesis doctoral, al abordaje más específico del surgimiento y la consolidación de dos Estados Nacionales: Argentina y Chile en un análisis comparativo. Aunque por poseer la América Latina muchos rasgos comunes no se descartará hacer alusión a acontecimientos o ejemplos históricos de otros países que apunten a construir una visión de conjunto latinoamericana.

Se recurrirá al aporte de perspectiva antropológica teniendo en cuenta que el objeto de estudio de esta disciplina estuvo marcado en sus inicios por el problema respecto al «otro», no occidental, capitalista ni cristiano. Algunos autores desde el campo de la historia se han servido de aportes de esta disciplina ya que han desarrollado sus investigaciones hace algunas décadas haciendo foco en la cuestión étnica o el llamado problema indígena (Calderón, 1984; De Gregori, s.f.; Warman, 1978; Spalding, 1974).

Un análisis sobre la estructura social de Latinoamérica que sólo ponga bajo la lupa la cuestión de clase, es un análisis empobrecido y parcializado que no permite ver otro tipo de relaciones constitutivas de la realidad del continente.

«Las nuestras son, ciertamente, sociedades estructuralmente desiguales. Lo son en los planos de clase, de género, de etnia.... Los aborígenes siguen siendo "indios" (que en la mayor parte de la América que fue española es hoy sinónimo de campesinos pobres), los afroamericanos siguen siendo "negros", tanto como los pobres se hacen cada vez más miserables y los ricos más opulentos.» (Ansaldi y Giordano, 2012: 92).

Siguiendo a estos autores citados se puede decir que, en nuestro continente, el capitalismo fue producto de la invasión, la conquista y la colonización y posteriormente de la inserción en situación de dependencia dentro de la economía mundial. La traslación de las relaciones sociales de producción propias de Europa no fue mecánica en América, donde las relaciones constituidas adquirieron otro componente singular: las relaciones étnicas. De esta manera ambos tipos de relaciones: «se solaparon, sin coincidir necesariamente, y definieron dobles identidades. La condición étnica atravesó (y sigue atravesando) la constitución y la percepción de la estructura y la condición de clase, y viceversa.» (Ansaldi y Giordano, 2012: 393)

Se apuntará especialmente a analizar la relación desarrollada dentro de este largo proceso de constitución del orden entre los Estados mencionados y una etnia particular: la mapuche. Hacer hincapié en esta relación nos permite articular dentro del marco de análisis una escala espacial diferente a las constituidas por el límite territorial impuesto por los Modernos Estados Nación. Dicha escala está constituida por el territorio que históricamente ocupó dicho pueblo: el «*Wall Mapu*», la nación geográfica y cultural mapuche que se extendió ocupando vastos territorios antes de la llegada de la colonización europea. Grosso modo, ubicada en el cono sur de América Latina: por el lado Oeste de la cordillera de los Andes desde el río Aconcagua en el norte hasta las islas de Chiloé en el sur, y desde las pampas hasta el norte de la Patagonia argentina. Esta espacialidad premoderna es la que se pondrá

en relación con aquellas espacialidades modernas en las que el naciente Estado Moderno comenzaba a monopolizar el uso de la violencia legítima (Weber, 1984). Como plantean Ansaldo y Giordano (2012: 85-93) al hablar de Latinoamérica debemos tener en cuenta que existen tiempos sociales y culturales diferentes (precolonial, colonial, mercantil, capitalista industrial y posmoderno) que se suceden, pero también coexisten y se solapan. Dichos autores reponen los argumentos teóricos de Fernando Calderón y Aníbal Quijano, quienes hablan de tiempos mixtos de premodernidad, modernidad y posmodernidad; y de simultaneidad de todos los tiempos históricos en un mismo tiempo en América Latina, respectivamente.

Sin la pretensión de un desarrollo exhaustivo que agote el tema (algo imposible de realizar en estas pocas páginas) se intentará aproximarnos al problema en un estudio comparativo y diacrónico en el que se seleccionaran distintos momentos dentro del proceso de constitución del orden. Primero nos introduciremos en el mundo colonial para luego poder abordar la crisis de éste a partir de las llamadas «revoluciones» independentistas; luego se centrará la atención en el momento del surgimiento y la posterior consolidación de los Estados Nacionales en el cual la ambición de incluir nuevos territorios dieron como resultado campañas militares de exterminio de los pueblos originarios. Finalmente se concluirá con una breve reflexión que podría ser disparadora de futuras investigaciones sobre como en el siglo XX y en la actualidad se ha seguido desarrollando la tensión dialéctica entre Estado y Pueblos Originarios.

### **Introduciéndonos en el problema: el pueblo mapuche y la sociedad colonial**

Los pobladores nativos de la actualmente llamada América (nombre en honor a Américo Vespucci, convertido en Américo Vespucio al naturalizarse español en 1505 sobre el cual dichos pobladores no tuvieron la más mínima incidencia) recibieron distintos términos por parte de los conquistadores: «salvajes», «bárbaros» ... hasta llegar al genérico «indios», término utilizado para designar a una multitud de cientos de pueblos diferentes desde Alaska al sur de la Patagonia. La historia de la conquista y de la colonización es la historia de la extracción y del saqueo, de la acumulación originaria del metal

precioso a partir del sacrificio de los pueblos conquistados que permitió a Europa ingresar a la modernidad.

**Si bien durante los tiempos de la conquista y la sociedad colonial no se puede hablar estrictamente de un modo de producción capitalista en el continente americano (en el sentido moderno que hoy conocemos) ya que, entre otras cosas, el grueso de la fuerza de trabajo no fue mano de obra asalariada si no esclavizada o servil; sin embargo, para que la economía mundial capitalista se desarrollara y expandiera como economía mundial fue necesaria la coexistencia de diferentes modos de producción a través de la economía mundial, modos cuyas fronteras espacio-temporales estaban vinculadas, sobre todo, a la condición de centro o periferia de las distintas espacialidades (Taylor, 1985). El proceso de conquista y saqueo que América vivió dentro de los primeros siglos de la colonización, en el que imperó como modo de producción la esclavitud (sobre todo de las etnias aborígenes y negras, traídas del África), fue también el proceso de acumulación dentro de las metrópolis europeas (la llamada «acumulación originaria») necesario para la conformación de una burguesía mercantil y financiera<sup>1</sup> incipiente que iba a comenzar a invertir el capital (extraído a sangre y fuego de las tierras del nuevo continente) con el fin de revalorizarlo a través del proceso mercantil y productivo.**

La conquista y la colonización del continente provocaron cambios profundos en las sociedades originarias. Dependiendo el grado de complejidad y desarrollo social de las etnias nativas, la colonización se practicó de diferentes formas: en aquellas de carácter nómada, sin desarrollo de la agricultura y con estructuras sociales menos complejas ésta estuvo marcada por la aniquilación y la aculturación: «el práctico exterminio de las poblaciones aborígenes y el asentamiento de colonos que constituyen su propia estructura de clase, su propia pirámide social» (De Gregori, s.f.). En sociedades más complejas como la inca o la azteca «los conquistadores ejercen por lo general su dominio a través de grupos de poder locales intermediarios» (De Gregori, s.f.).

El caso mapuche representa un intermedio entre estos dos casos que tendría que ver con el tipo de colonización que Ansaldo y Giordano caracterizan

como «de núcleos autóctonos seminómades, con cierto grado de organización social y política y, por ende, con una fuerte resistencia a la conquista, en algunos casos hasta fines del siglo XIX» (2012; 95). Para Bengoa, el pueblo mapuche se encontraba en una situación particular respecto a otras etnias, marcada por una economía que si bien no había alcanzado plenamente la revolución agrícola les había permitido estabilizarse en un territorio, a partir de la caza, la recolección, la horticultura y también la ganadería (como sistema de crianza doméstica y de autoconsumo no de intercambio). Esto se debía a la abundancia de recursos que posibilitó el desarrollo de un sistema recolector en gran escala, sin la necesidad del desarrollo de una agricultura intensiva. Esa naturaleza rica en recursos explica, según este autor, que la etnia mapuche haya podido continuar en una sociedad de base económica cazadora y recolectora, sin ser pobre, ni escasa de población. El autor destaca que lo que impactó a los españoles fue la robustez, la talla y la fuerza de los araucanos, lo que daría cuenta de condiciones alimenticias holgadas.

«No era una sociedad marcada por la escasez y que más bien la naturaleza era generosa en recursos para un sistema social que no conocía la acumulación, la apropiación desigual, la división social del trabajo, las relaciones de explotación, la existencia de Estado, aun en sus formas más primarias. Los mapuches tuvieron un régimen de vida que les permitió crecer enormemente en población, estabilizarse en un territorio determinado y llegar a constituir una cultura preagraria de gran fuerza y desarrollo» (Bengoa, 1985: 365)

A la llegada de los españoles, los mapuches ocupaban un vasto territorio, con una población que los historiadores han acordado en estimar cercana al millón de personas dentro del Ngulu Mapu (parte del Wall Mapu ubicada al Oeste de la Cordillera de los Andes). El carácter proto-agrícola les daba una particularidad como etnia: el no constituir asentamientos en comunidades agrícolas sedentarias les permitía poseer la libertad propia de los cazadores y recolectores (que eran guerreros en la práctica, exponiendo sus vidas para conseguir el sustento) en contraste al trabajo sistemático propio de las culturas agrarias. Pero a su vez poseían cierta organización y asentamiento estable (con una población equivalente a una sociedad agraria), lo que les

generaba un apego por el lugar propio, el territorio, sentimiento no existente en los pueblos nómades.

En cuanto a la organización social, lo característico del caso mapuche en el período prehispánico era la escasa verticalidad y centralización de la toma de decisiones: la familia era el núcleo central y la única institución social permanente. Cada familia se mantenía separada de las otras, con autonomía territorial. Dicho núcleo constituía la unidad de producción y reproducción social y no se requerían sistemas de gobierno más allá del seno familiar, sólo sistemas de alianzas y de regulación de conflictos.

Ya en los siglos XVII y XVIII a partir del contacto y el conflicto con los españoles, los mapuches adoptan una economía ganadera. Pero este cambio en lo económico se conjuga con la permanencia de ciertas continuidades en la organización social que venían vinculadas a la anterior economía protoagraria: una estructura social no jerarquizada. Ello implicaba un problema que los colonizadores no habían tenido en Mesoamérica con mayas y aztecas ni en los Andes con los incas, las tres mayores civilizaciones indígenas. En éstas los españoles cortaron las cabezas del poder político y al conquistar el centro de éste se aseguraron los dominios del imperio ejerciendo «su dominación inicial apelando a grupos locales con funciones intermediarias» (Ansaldi y Giordano, 2012: 403). Pero en el caso mapuche, no había centro del poder político donde golpear, ya que el pueblo en su organización social estaba compuesto por miles de familias independientes.

En cuanto a la sociedad colonial, según Ansaldi y Giordano, fue formal y legalmente una sociedad estamental, en la que un estamento estaba constituido por «un grupo social y profesional con una existencia definida y protegida por normas jurídicas y/o religiosas. Era un colectivo cerrado al que se pertenecía por origen social y del que no se podía salir, es decir, se trataba de una pertenencia institucionalizada». (Ansaldi y Giordano, 2012: 400) La condición de pertenencia o no un estamento determinado y reconocido por el derecho y la religión implicaba el acceso a ciertos privilegios, o el padecimiento de ciertas discriminaciones ya que los estamentos se estructuraban de modo jerárquico, actuando como un mecanismo de control social. Generalizada



la esclavitud de africanos, en América Latina se constituyó un orden étnico trinitario: blancos, indígenas y negros, grupos en sus formas puras de los cuales surgieron una amplia variedad de combinaciones en diferentes castas.

Siguiendo a dichos autores, puede decirse que la sociedad estamental en Latinoamérica estaba fracturada y segmentada en distintos grupos. En el vértice de la pirámide social se encontraban los «grandes terratenientes y comerciantes, la alta burocracia, la Iglesia, los altos oficiales de los ejércitos, debajo de los cuales se ubicaban terratenientes y comerciantes medianos y pequeños, burócratas medianos y unas ambiguas clases medias, donde descollaban los profesionales. En la base, las masas populares, más heterogéneas aún: artesanos, campesinos, trabajadores libres, esclavos.» (2012: 199)

El producto más notable de la miscegenación fue el mestizo, que en la estructura social colonial ocupaba ciertas tareas que la población netamente colonizadora no alcanzaba a cubrir. La pirámide social estuvo basada en una desigual distribución de riquezas, trabajo, poder y pertenencia étnica.

Ansaldi y Giordano hablan de tres matices societales, que se correspondieron con las tres grandes unidades económicas de producción dentro del sistema colonial: plantación (trabajo esclavo), hacienda (trabajo semiservil) y estancia (trabajo asalariado). Estas tres matrices fueron constituidas en tiempos diferentes, pero fueron coexistentes temporalmente. En cuanto al espacio que nos interesa como objeto de estudio (el territorio en el que luego se impondrían los Estados de Argentina y Chile como detentores del monopolio de la violencia legítima) respecto a estas matrices: «la hacienda se extendió más ampliamente desde México hasta el noroeste argentino y Chile central —es decir en áreas donde se habían desarrollado las grandes civilizaciones americanas y existía una alta densidad demográfica (clave para la provisión de fuerza de trabajo), mientras la estancia fue predominante en el Río de la Plata, un espacio donde los pobladores originarios habían sido desplazados o bien constituían una peligrosa vecindad para europeos y criollos.» (Ansaldi y Giordano, 2012: 106). La hacienda en Latinoamérica debe entenderse con la presencia indígena, como un mecanismo basado

en dos economías relacionadas la de los terratenientes y los campesinos. Los terratenientes podían tener la propiedad de la tierra, cedérselas a los campesinos a cambio de renta o ser las tierras propiedades comunales.

Lo característico de la estancia rioplatense surgida hacia finales del siglo XVIII era que, a diferencia de las otras matrices, empleaba fuerza de trabajo asalariada libre (aunque no excluía del todo al trabajo esclavo) y en ese sentido desarrollaba relaciones de producción que eran progresivamente capitalistas produciendo para el mercado mundial. A partir de la liberación del comercio, las haciendas se convirtieron en los polos más dinámicos en la región constituyéndose un elemento central de la economía agro-exportadora rioplatense, dependiente del imperialismo sobre todo a partir de la invención de la técnica del enfriado de carnes que permitía conservar la calidad del producto al atravesar el Atlántico.

Pero además de estas tres matrices societales, propias de la dominación político-social, existía una cuarta: la de las comunidades indígenas. Ésta también fue una creación colonial, pero tomó elementos de los pueblos originarios, con características que la hicieron parte tanto de los mecanismos de dominación como de resistencia. En el mundo andino la comunidad indígena constituyó, junto a la hacienda, uno de los pilares de la estructura agraria. «En el período colonial, la comunidad indígena, como se ha dicho, fue funcional al poder de la Corona. A partir de la instauración de las repúblicas, fueron, sobre todo, espacio de resistencia cultural procurando mantener su identidad, que ya no era la originaria, pues había sido permeado por la dominación europea y luego lo fue por su sucesora criolla» (Ansaldo y Giordano, 2012: 124, 125). Lo interesante de este tipo de matriz societal es que, ya finalizando el siglo XX, constituyó la base de los movimientos indígena-campesinos en países como Guatemala, México, Ecuador y Bolivia. Lo que Ansaldo y Giordano resaltan de las comunidades indígenas es «esa concepción y práctica de ejercicio del poder, participativas, directas, en las cuales todos los miembros mayores de edad de la comunidad se involucran en la toma de decisiones. De allí el potencial matricial para una superación de la democracia realmente existente en América Latina, básicamente liberal, capitalista, representativa» (Ansaldo y Giordano, 2012: 126).

## **La crisis colonial y el proceso independentista**

Para adentrarnos en el análisis del poder y de la estructura social es necesario distinguir que en la constitución del Estado-nación argentino su centro de poder gravitó principalmente en el puerto de Buenos Aires, espacio que se encontraba por fuera del Wall Mapu, cuyo límite estaba constituido por la barrera natural del río Salado; en tanto que Santiago que fuera fundada en 1541 se encontraba dentro de lo que fuera históricamente este territorio indígena, el noroeste del Wall Mapu, habitado por los picunches (gente del norte en mapudungun, idioma mapuche) que a la llegada de los españoles ya habían sido dominados por los incas. En este sentido se puede pensar que geopolíticamente la constitución de los Estados atravesaron en su emergencia dos situaciones diferentes: en el Río de la Plata los pueblos nativos de la región de base económica cazadora, recolectora y con una vida nómada habían sufrido procesos de aculturación y exterminio durante la colonia, en Chile los mapuches, grupo étnico que como vimos poseía una organización más compleja que los pueblos nómades aunque sin poseer las características de las grandes civilizaciones precolombinas, ejercieron una fuerte resistencia a la colonización y las disputas territoriales con los españoles y luego con Chile fueron características de todo el proceso.

«En Chile, la oposición entre peninsulares y americanos es la dominante: la larga resistencia de los araucanos ha impedido su integración como grupo en la sociedad colonial; si el aporte indígena a la población chilena es sin duda —en la perspectiva de casi tres siglos de dominio español— el más importante, se ha traducido en la formación de un sector mestizo en que los aportes culturales son abrumadoramente españoles, y que se distingue mal del blanco: es por lo tanto imposible medir la exactitud de los cálculos de comienzos del siglo XIX, que dan un 60 por 100 de mestizos (mientras padrones de 1778 atribuían a ese sector sólo un 10 por 100 del total); es la noción misma de mestizo la que —insuficientemente definida— explica esas oscilaciones. La población negra es escasa (cosa nada sorprendente en una región de riqueza monetaria también comparativamente pequeña); al llegar la revolución los negros y mulatos no pasan en mucho de los diez mil.

Mientras Chile permanece escasamente tocado por las transformaciones de la estructura imperial de la segunda mitad del siglo XVIII, el **Río de la Plata** es, acaso, junto con Venezuela y las Antillas, la comarca hispanoamericana más profundamente afectada por ellas. Por razones ante todo políticas (necesidad de establecer una barrera al avance portugués), la Corona aporta su apoyo decidido a un proceso que ya ha comenzado a insinuarse: la orientación hacia el Atlántico de la economía de Tucumán, de Cuyo, del Alto Perú, de Chile. Es ése un aporte decisivo al crecimiento de Buenos Aires, centro de importación de esclavos para todo el sur del imperio español desde 1714, y desde 1776 cabeza de virreinato» (Halperin Donghi, 2006: 39 y 40).

Como afirman Ansaldi y Giordano, la colonización española se había centrado en el establecimiento de centros urbanos, éstos tenían distintas características dependiendo de sus funciones. En el caso de Santiago de Chile se trata de una ciudad de origen agrícola, del tipo de las que se establecían en lugares donde había una gran densidad de población indígena, es decir fuerza de trabajo disponible. Buenos Aires fue una ciudad que devino en centro de poder político con las reformas borbónicas, constituyéndose su puerto en centro de las actividades comerciales.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, se profundiza el agotamiento y se prepara la crisis de los modelos capitalistas ibéricos. La economía mundo capitalista (Taylor, 1985) entra en una nueva fase de desarrollo a nivel global: los centros de poder mundiales, con el auge del modelo capitalista industrial de libre competencia, se desplazan desde España y Portugal (países hegemónicos desde el siglo XVI que se convierten en semiperiferia) hacia el norte (Inglaterra, Francia, Países Bajos). En este proceso, Inglaterra se convertirá en el país central siendo el núcleo del nacimiento del nuevo modelo.

Hacia finales del siglo XVIII, las reformas borbónicas de carácter liberal habían implicado algunos cambios en las colonias americanas. Según Ansaldi y Giordano, la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 contribuyó a desintegrar el antiguo espacio peruano. Así surge el denominado espacio rioplatense, en el que Buenos Aires «adquirió una notable importancia

como centro de distribución comercial, amén del manejo de unas finanzas tributarias de la minería potosina y muy pronto de la exportación de cueros, crecientemente demandados por la industria británica» (2012: 140)

Siendo la búsqueda de la maximización de la ganancia la lógica económica que persigue la dinámica capitalista, Inglaterra necesitaba que el modelo industrial de libre concurrencia se expandiera a nivel global para mantener su posición de dominio imponiendo a partir de ello una división internacional del trabajo diferenciada, en base a procesos de centro y de periferia repartidos asimétricamente en la geografía global. Dicha división consistía en la producción de mercancías elaboradas a través del sistema fabril europeo, con el uso de altas tecnologías y reducía a las periferias al papel de productor de materias primas, necesarias para la industrialización en los países centrales. América era un mercado necesario para la expansión y, rompiendo con el monopolio colonial, un productor de materias primas muy importante.

El primer intento de Inglaterra por imponer la libertad de mercado constreñida por el monopolio del imperio español en el Río de la Plata, fue a través del uso de la violencia. Las invasiones frustradas de 1806 y 1807 fueron la expresión de este intento de reacomodar las periferias de la economía mundial para responder a los intereses ligados a los procesos de centro, y al Estado Nación que a principios del siglo XIX lideraba la hegemonía mundial, la Inglaterra industrial. Habiéndose frustrado este intento, la estrategia imperialista buscará otro más sutil para cumplir sus fines: promoviendo los movimientos independentistas, que traerán en América no sólo el fin de la subordinación ante la metrópolis, si no también —y aquí reside la importancia de este proceso para los países centrales— la libertad de mercado.

Siguiendo a Carrera Damas (1986: 113) Ansaldo y Giordano afirman que, a rasgos generales dentro del continente latinoamericano, las llamadas revoluciones de independencia no constituyeron revoluciones sociales y que a lo sumo y no en todos los países fueron revoluciones políticas. En cuanto a las colonias bajo el dominio español, los grupos criollos fueron los impulsores del proceso independentista. El motivo de ello era principalmente el miedo

a la revolución social, evitar que las masas populares tomen la iniciativa y se rebelen como había sucedido en Haití. En este sentido la Independencia fue la expresión política que predominó en Latino América, con el objetivo de «la preservación de la estructura de poder interna de la sociedad implantada colonial mediante decisiones políticas que pueden ser consideradas como eminentemente clasistas, tomadas inicialmente por quienes en aquella sociedad ocupaban el punto más alto y predominante de la formación social» (citado en Ansaldi y Giordano, 2012: 274)

En América del Sur (a diferencia del proceso mexicano) se observó una forma de estallido revolucionario urbana, desde la ciudad al campo, desde los cabildos de las ciudades capitales. La excepción a la regla fue la Banda Oriental del Río de la Plata en donde se produjo otra forma de estallido diferente, rural y laica (ya que en México si bien fue rural tuvo un carácter religioso). En el caso de Chile y el Río de la Plata, estos eran parte de los espacios más débiles del imperio español y la insurgencia tuvo un triunfo temprano. A diferencia del espacio andino y México que antes de la conquista habían sido los espacios de las civilizaciones originarias más grandes y complejas, el Río de la Plata y Chile habían sido territorios con poblaciones originarias con una menor estructuración social.

Tanto en el Río de la Plata como en Chile, y a nivel general en América Latina salvo las excepciones de México y Haití, el proceso independentista fue impulsado por minorías criollas contra la Corona y, en algunos casos contra los sectores populares compuestos por indígenas, negros, mestizos y mulatos. En este sentido es necesario todavía desmontar la falacia histórica tradicional que describe al proceso independentista como un enfrentamiento entre latinoamericanos y europeos: las tropas enviadas por España fueron escasas y el ejército realista estaba compuesto en su mayoría por los sectores populares reclutados en base a promesas de libertad o de poner fin a la condición servil de los indígenas. En ambos bandos dichos sectores fueron utilizados como carne de cañón y no llegaron a convertirse en protagonistas del proceso (aunque constituían la mayoría de las filas), por lo que al hablar del proceso independentista el concepto de revolución sólo puede aplicarse

con recaudos, ya que no hubo un cambio radical en la estructura social. En este sentido no se puede hablar de revolución social, sino solamente de revolución política.

En su tercer tomo de «El moderno sistema mundial» Immanuel Wallerstein concluye el análisis sobre «la segunda era de gran expansión de la economía mundo capitalista (1730–1850)» afirmando lo siguiente: «Ninguna de las grandes revoluciones de finales del siglo XVIII —la denominada Revolución industrial, la Revolución francesa, las independencias de los colonos de América— representó desafíos fundamentales al sistema capitalista mundial. Lo que sí representaron fue un avance en su consolidación y afianzamiento. Las fuerzas populares fueron suprimidas, y su potencial constreñido por las transformaciones políticas.» (Wallerstein, 2006: 357) Para el autor, el proceso de descolonización de América, significó una notable reconfiguración de la fisonomía del sistema interestatal, «se produjo bajo la égida de los pobladores europeos, con la exclusión no sólo de las poblaciones amerindias, sino también de los africanos trasladados, a pesar del hecho de que, en muchos de los nuevos estados soberanos, los amerindios y los negros constituían una proporción sustancial (incluso mayoritaria) de la población. Indudablemente, existía una excepción, Haití, que desempeñaría una importante función histórica» (Wallerstein, 2006: 269).

Ansaldi y Giordano distinguen cuatro momentos caracterizados por distintos acontecimientos en el ciclo revolucionario independentista que fuera iniciado por los esclavos en Saint-Domingue en su faceta más radical y concluido en 1824 (Ayacucho) o 1825 (proclamación de la República de Bolivia). Estos cuatro momentos son:

«1) 1791–1808: crisis de la dominación colonial, insurrección de los esclavos en Saint-Domingue, proclamación de la República de Haití, invasiones inglesas al Río de la Plata, invasión francesa a la Península Ibérica; 2) 1809–1815 situación revolucionaria en casi todas las colonias españolas, primeros levantamientos frustrados (en el área andina) y primeros movimientos independentistas parciales y brevemente exitosos,

con continuidad solo en el Río de la Plata, área no capturada por el poder colonial (...); 3) 1815–1820: reflujo revolucionario-independentista, recuperación colonial por parte de España, opción conservadora en el bastión rioplatense (...) y sublevación liberal de los ejércitos español y portugués; 4) 1820–1824/1825: recuperación exitosa de los movimientos independentistas» (Ansaldi y Giordano, 2012: 177, 178).

En este último momento predominaron las corrientes moderadas sobre las radicales y se produjo la independencia de todas las colonias españolas.

Los acontecimientos y procesos europeos, sobre todo la guerra franco-española con la consiguiente ocupación del ejército al mando de Napoleón del territorio español, fueron desencadenantes (que no es lo mismo que determinantes) del proceso independentista. A esto deben sumarse las propias condiciones internas de la situación colonial en una doble dialéctica.

Siguiendo los cuatro momentos planteados es necesario retomar ciertas concepciones teóricas vinculadas a la categoría de revolución. En primer lugar, retomar la concepción moderna del término entendida como un cambio radical, estructural de la sociedad, un nuevo comienzo histórico. Ansaldi y Giordano retoman en este sentido la distinción propuesta por Marx entre revolución política (que derroca al poder antiguo) y revolución social (que pone fin a la sociedad que le precede). Luego destacan las elaboraciones teóricas de los autores Theda Skocpol y Charles Tilly de los que para el caso nos interesa profundizar en la distinción que de éste último exponen para poder distinguir entre las distintas fases del proceso revolucionario. Las dos primeras fases, constituidas por el colapso del antiguo régimen y las revueltas desde abajo, componen la «situación revolucionaria»; la tercera y cuarta fase (la transferencia del poder a la vanguardia y la toma de decisiones drásticas por parte de ésta), constituyen el «resultado revolucionario». Durante la situación revolucionaria, existe una situación de soberanía múltiple en donde dos o más bloques se disputan el poder y el control del aparato estatal.

En el caso de Latinoamérica no se dieron revoluciones sociales durante el proceso independentista, las experiencias más radicales en donde las revueltas fueron protagonizadas desde abajo (como en Haití, México y



la Banda Oriental) no devinieron en resultados revolucionarios al ser redireccionadas por los sectores más conservadores. Es por ello que las revoluciones de Independencia fueron revoluciones políticas, que tomando la teoría gramsciana podrían definirse como revoluciones pasivas dependientes.

Comenzando el siglo XIX, existía una situación de soberanía múltiple en las colonias hispanoamericanas en la que los grupos criollos que aspiraban al dominio apuntaron a la centralización del poder.

«En los casos latinoamericanos (...) el problema se expresó como una disputa por el poder político que no se produjo en términos de clase versus clase, sino de ruptura de una relación de dominio colonial, o sea de colonia versus metrópoli, (...) una guerra civil entre americanos realistas y americanos independentistas. (...) Puede plantearse también como pasaje de Estado colonial a Estado nacional, lo que supone dos cuestiones diferentes y entrelazadas, la creación del nuevo Estado, reemplazante del anterior, y la creación de algo hasta entonces inexistente, la nación» (Ansaldi y Giordano, 2012: 196).

En este contexto de crisis de la sociedad colonial, los grandes terratenientes bregaban por el libre comercio (y sus intereses en este sentido eran coincidentes con los de los centros de poder de la economía mundial, principalmente Inglaterra) con el fin de aspirar al control de la comercialización de los recursos productivos. El otro grupo dentro del vértice de la pirámide social, era conservador y heredero del orden colonial y fue entre estos dos sectores que se produjeron los enfrentamientos.

Los primeros acontecimientos frustrados para la causa independentista comenzaron en Perú en 1809 y continuaron con éxito en el Río de la Plata 1810 donde se constituyó la Primer Junta de Gobierno y el realismo ya no pudo volver a imponerse. En Chile sucedería lo mismo también en el mismo año, pero con la particularidad de que las tropas realistas enviadas desde el Alto Perú (que como vimos era el núcleo duro del realismo) van a reconquistar el territorio para España, completamente ya en el año 1814. En 1817, luego de la batalla de Chacabuco en la que el ejército de los Andes enviado por los rioplatenses vence al ejército realista, comienza la denominada «patria

nueva» chilena.

Entre 1810 y 1815 las tendencias más radicales en Latinoamérica fracasaron y, excepto en el Río de la Plata, el poder monárquico se restauró. En todos los casos, incluyendo el rioplatense, el poder político pasó a manos de los sectores más autoritarios, centralistas y conservadores. A partir de 1816 se sucedieron las declaraciones de Independencia. (1816 en las Provincias Unidas del Río de la Plata y 1818 en Chile)

En cuanto al **Río de la Plata**, la década 1810–1820, dentro del nivel de análisis relativo a lo político y a la construcción del aparato estatal está signado por la preeminencia de intentos centralistas de formas de gobierno (Primera Junta, Junta Grande, Primer Triunvirato, Segundo Triunvirato, Directorio). Durante esta década se sucedieron distintos intentos fracasados, protagonizados por las ciudades principales del territorio, de organizar constitucionalmente un Estado rioplatense. Lo que imperó fue una situación de provisionalidad permanente caracterizado por la coexistencia de las soberanías de las ciudades.

Entre 1815 y 1820 la coyuntura está dada por una situación de soberanía múltiple (fragmentación de la autoridad gubernamental en dos o más núcleos que se atribuyen el ejercicio del poder y de la soberanía mediante un reclamo de exclusividad de su legitimidad), originada por dos tensiones contrastantes, una hacia el centralismo, otra hacia el regionalismo o fraccionalismo. Entre el regionalismo, Ansaldo (1989) distingue tres tendencias: la solución federal (unidad en la diversidad) cuyo ejemplo es Artigas; el regionalismo autonomista de Buenos Aires durante el período de Rosas; y el regionalismo fraccionalista o separatista, que lleva a la independencia de Paraguay, del Alto Perú y, luego de la caída de Artigas, de la Banda Oriental.

Otra circunstancia singular a la que se debe tener en cuenta en esta segunda mitad de la segunda década del siglo XIX es que:

«Hay, en el territorio del Río de la Plata, dos gobiernos de hecho, que a veces casi parecen dos Estados: el directorial, pro monárquico de las Provincias Unidas, con capital en Buenos Aires y con autoridad reconocida por esta

provincia y por las jurisdicciones de Mendoza, San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán y Salta (con Jujuy), y el “Sistema de los Pueblos Libres”, o Liga Federal, cuya jefatura ejerce José Artigas, el protector, con orientación republicana, federal y liberal, extendida por la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y Santa Fe» (Ansaldi, 1989: 50)

Toda esta gran etapa (1820–1861), estuvo marcada por las luchas entre las distintas facciones de los sectores dominantes y entre las distintas regiones. Hacia 1829 mientras que en Buenos Aires los unitarios al mando de Lavalle eran derrotados por Juan Manuel de Rosas que asumía la gobernación de Buenos Aires (1829–1832), el general José María Paz imponía su hegemonía en el Interior para convertirse en 1830 en el jefe supremo militar de la Liga Unitaria o del Interior (conformada por las provincias de San Luis, La Rioja, Catamarca, Mendoza, San Juan, Tucumán, Córdoba, Salta, y Santiago del Estero). Pero la hegemonía unitaria duró sólo unos años en la región, al ser aplastada por las montoneras de los caudillos federales (Quiroga desde La Rioja, López desde Santa Fe y Rosas desde Buenos Aires). En 1840, ya en la Confederación Argentina del Pacto Federal, se produce otra alianza de las provincias del Interior, la coalición del norte, que se opone al gobierno de Rosas (en este momento ya encargado de las relaciones exteriores de la Confederación) y es derrotada en 1841.

Ansaldi da cuenta de las pujas entre las distintas facciones concibiendo la diferencia de intereses entre los sectores dominantes, diferencia que permite explicar por qué unas tienen mayor interés en el proceso de constitución del Estado y el mercado nacional. En tanto que los comerciantes importadores y los productores para el mercado regional —cuyo ejemplo es el caso de los agroindustriales azucareros tucumanos— necesitan de un mercado nacional creciente, los ganaderos y comerciantes exportadores, sobre todo de Buenos Aires, pueden prescindir de éste, pues sus intereses residen en el mercado exterior.

En cuanto a **Chile**:

«A diferencia de los casos reseñados, cuya riqueza agrícola (tropical en Venezuela, ganadera en el Río de la Plata y subtropical en el Bajío mexicano)

sin duda había favorecido el espíritu de escisión, la experiencia de la independencia estuvo más relacionada con conflictos internos de las elites criollas que con las tensiones desatadas entre locales y peninsulares (...). La primera Junta de Gobierno reunida en septiembre de 1810 recogía los ecos de la proclamación de mayo en Buenos Aires, pero el radicalismo revolucionario, partido de la independencia y del principio de soberanía popular, era una clara minoría en Santiago.» (Ansaldi y Giordano, 2012: 253, 254)

Los conflictos entre estos dos sectores y con la ofensiva realista desde Perú pusieron un fin temporal a la experiencia independentista en 1814 hasta la llegada del ejército libertador en 1817. En este sentido la independencia, a diferencia del Río de la Plata, fue impuesta desde afuera, por el ejército de los Andes enviado por Buenos Aires.

La otra diferencia temprana del proceso chileno, fue que la ausencia de caudillismos regionales permitieron una centralización consolidada en poco tiempo. Esto se materializó en la Constitución centralista del año 1833, momento en el que comenzó a florecer el sistema político oligárquico. El inicial conflicto entre patriotas y realistas había sido reemplazado, luego del triunfo independentista, por la puja entre liberales y conservadores (pipiolos y pelucones) y centralistas y federales. Los liberales dirigieron el país hasta 1829, momento de la recuperación de los sectores conservadores (en 1829–1830 se dio una guerra civil entre ambos bandos resuelta a favor de éstos últimos). La mencionada Constitución del año 33 «estableció un Estado unitario caracterizado por su capacidad para afianzar, a partir de la presidencia de Prieto (1831–1841) y con el fundamental papel de su ministro Portales, una fase de estabilidad inusual en el conjunto de Estados independientes» (Ansaldi y Giordano, 2012: 257)

En Chile a diferencia del Río de la Plata, el «problema indígena» estuvo mucho más presente históricamente. Los independentistas quisieron cooptarlos para su causa construyendo un discurso con una retórica que exaltaba las raíces araucanas de la sociedad chilena (el arauco patriota). Como los sectores populares en general, los mapuches participaron de ambos bandos en pugna, aunque principalmente del lado realista. Sin

embargo, la mayor parte de la sociedad mapuche vivía todavía con un alto grado de autonomía dentro del Wallmapu, aunque los sectores mestizados y asimilados a la sociedad colonial fueron quienes tuvieron mayor participación. En palabras de Bengoa:

«La frontera del Bio-Bio era real, en la medida que los colonos “civilizados” no la podían transponer y los mapuches vivían en forma independiente de acuerdo a sus costumbres y leyes. En los hechos, la Independencia de Chile no afectaba a los pueblos aborígenes, aunque los criollos independentistas tuvieran la conciencia de la continuidad del territorio hasta el límite antártico austral. Entre el Bio-Bio y el Toltén había un territorio que era preciso conquistar, y 10s chilenos se demoraron setenta años en hacerlo.

La revolución de la Independencia ocurrió en la parte del territorio ocupado efectivamente por la sociedad criolla naciente, por lo cual los mapuches observaron desde fuera el proceso y participaron en él por razones propias y diferentes.» (Bengoa, 1978: 139)

### **La consolidación de los Estados Nacionales y las ofensivas militares contra los mapuches**

Volviendo a la región rioplatense, luego de la batalla de Pavón (1861), acontecimiento en el cual los sectores ganaderos del litoral se subordinan ante los sectores dominantes porteños, se produce el fin de la unión confederal expresada en la Confederación Argentina y la reunificación de los territorios del ex Virreinato del Río de la Plata en una República (excepto la Banda Oriental, Paraguay y Perú), con la incorporación de Buenos Aires a la Nación Argentina. Entre 1862 y 1880 se consolida el proceso de conformación del Estado Nación, con las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda.

Según Ansaldi, sólo luego de 1862, eliminada la situación de soberanía múltiple dada por la coexistencia de la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, puede considerarse que comienza a efectivizarse la plena constitución de los poderes nacionales. «Cuando la República se reunifica en 1862, se inicia el cuarto y último momento del proceso constitutivo del Estado Nacional, que culmina en 1880, momento en que una solución

neocentralista disfrazada de federalismo deja en pie las grandes tendencias estructurales y las grandes ficciones y simbologías políticas de la sociedad argentina decimonónica» (Ansaldi, 1989: 55)

Para este autor, el coronamiento del proceso que va de 1806–12 a 1880 es bien definido por la categoría gramsciana de revolución pasiva: «es una combinación de elementos de renovación y de restauración, de cambios y permanencias, esto es, de instauración de modificaciones efectivas tanto estructurales como superestructurales, y de freno o bloqueo del potencial transformador, especialmente el que radica en las clases subalternas y sus demandas y, por lo menos en el caso argentino, de reconocimiento del poder y privilegios de las fracciones de clase dominantes en las provincias. La revolución pasiva es un proceso de transformación capitalista que resulta del acuerdo entre clases o grupos dominantes, con exclusión de las clases subalternas, con empleo sistemático de la violencia o coerción y con una decisiva intervención del Estado en la economía. Se trata de una solución desde arriba, elitista y antipopular» (Ansaldi, 1989: 79)

Según Ansaldi, si se puede hablar de una alianza de clases en este contexto para definir el carácter estatal y de la sociedad, esta es propiciada por las clases o gobiernos provinciales o regionales dominantes, sin incluir a los sectores subalternos. El Estado Nación y el mercado interno unificado fueron los motores de una necesidad económica de aquellas fracciones burguesas que veían limitada su expansión por los límites territoriales propios de la situación de soberanía múltiple (1820–1859/61). En este contexto los protagonistas de la alianza hegemónica «serían los comerciantes importadores, en primer lugar, pero también los agroindustriales tucumanos y cuyanos y el sector financiero porteño. Bartolomé Mitre representa muy bien esos intereses». (Ansaldi, 1989: 83)

El largo proceso por el cual se llega a la consolidación del Estado Nacional hacia 1880, tiene como correlato histórico otro proceso totalmente ligado a éste: el exterminio del sujeto político gaucho. Una gran parte de ellos fue exterminada en la guerra (Triple Alianza, campaña del desierto) y la parte restante fue asimilada en tareas agrícolas y urbanas; el gaucho

pasa a constituir una pequeña minoría. La literatura gauchesca fue el arma discursiva, por la cual las diferentes fracciones de las clases dominantes pudieron hacer uso del cuerpo del gaucho. Así mismo este proceso también es coincidente con el exterminio de las otras etnias que componían a las clases subalternas: pueblos originarios y negros.

El correlato del proceso que termina en la consolidación del Estado Nacional es el de la eliminación violenta de toda disidencia. «Las campañas militares contra los indígenas, la subordinación de los gauchos, la derrota de las últimas montoneras (del Chacho Peñaloza, de Felipe Varela, en el oeste y noroeste, de Ricardo López Jordán, en Entre Ríos) son parte esencial de la ofensiva del Estado nacional hacia la eliminación de las disidencias y hacia la instauración del monopolio de la coacción.» (Ansaldo, 1989: 84). También en este contexto hay que ubicar a la guerra contra Paraguay y a la redefinición del espacio estatal, afianzado con la ocupación de la Patagonia y del Chaco.

Los cuatro grandes aparatos que componen al Estado (gubernativo, administrativo, judicial y represivo) se consolidan durante este período histórico, al tiempo que se da un proceso de centralización del poder gubernativo a escala nacional que se reproduce en las provincias, donde las capitales concentran el poder, en detrimento de los municipios que resignan su poder.

En Chile como vimos en el apartado anterior, el proceso maduró mas tempranamente al no haber caudillismos regionales (que fueron característicos en toda Latinoamérica) y al resolverse a más corto plazo debido a esto la tendencia a la centralización y a que existió una economía con un núcleo fuerte en la que los sectores dominantes se proyectaron políticamente y constituyeron el Estado. El factor decisivo fue la homogeneidad regional (centro agroganadero y norte minero, con un interés común: la inserción en el mercado mundial) que permitió un largo período de predominante estabilidad que solo fuera interrumpida hacia finales del siglo XIX (esto no quiere decir que sin embargo no hayan existido marchas y contramarchas en el proceso).

Como se enunció anteriormente, la colonización española se había concentrado en los espacios de las grandes civilizaciones originarias,

constituyendo un núcleo duro fidelista que llevó a cabo la resistencia contra el proceso independentista, con la participación de las poblaciones indígenas (sobre todo en Perú). En cuanto a la espacialidad premoderna que nos ocupa en este trabajo, el Wall Mapu: «en el sur chileno y (...) en el sur argentino el “problema” fue para los republicanos cuando luchaban por constituir sendos Estados, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando, entre 1860 y 1885, arrasaron con los pobladores de la Patagonia, básicamente mapuches (la Conquista del Desierto, 1869-1881) y la Araucanía (la Pacificación de la Araucanía, con la brutal guerra de exterminio de 1868-1869 y la ofensiva final de 1881), mediante operaciones etnocidas que terminaron con la vida de un elevado número de pobladores (algunos cálculos estiman unos 100.000 hombres, mujeres y niños).» (Ansaldi y Giordano, 2012: 276). De estas operaciones el objetivo y el resultado fue la apropiación de las tierras del pueblo mapuche para distribuirlas entre los terratenientes *winka*<sup>2</sup>.

Una vez que los Estados nacionales ya estaban afianzados y consolidados en su territorio era necesario incorporar nuevas tierras para permitir una mayor inserción en la economía mundial, siguiendo la lógica del capitalismo de la maximización de la ganancia apelando a la acción conjunta entre los dos Estados. En la ya existente Argentina «la campaña del Desierto (1878-1879) —un eufemismo para encubrir una acción militar genocida— disolvió definitivamente “la frontera con el indio”, y fue este uno de los últimos conflictos armados por los que atravesó el Estado antes de lograr consolidar el primer orden poscolonial con dominio legítimo y monopólico de los medios de coerción» (Ansaldi y Giordano, 2012: 370). Discursivamente se construyó la idea del desierto, de la tierra de nadie, invisibilizando a los pueblos originarios con el fin de la apropiación de los recursos de la Patagonia. En Chile, la Pacificación de la Araucanía se constituyó en términos discursivos apelando a la construcción del «otro» mapuche, como un enemigo, un salvaje. Pero si bien la estrategia en términos discursivos era diferente, el objetivo perseguido por ambos Estados era el mismo, y las consecuencias para los mapuches (y los pueblos originarios en general)



fueron devastadoras: fin de la autonomía, etnocidio, pérdida de las tierras, deterioro de las condiciones de vida y de trabajo y asimilación forzada al sistema capitalista como campesinos pobres...

A partir del siglo XX, y en la actualidad esta situación de los pueblos originarios (rural y campesina) fue cambiando debido a los procesos de migración forzada que sufrieron a partir de la necesidad de reproducir materialmente su subsistencia. Como las comunidades rurales con territorios cada vez más escasos ya no podían satisfacer las necesidades de la población, dichos pueblos se vieron en la necesidad de emigrar a la periferia de las ciudades en busca de trabajo. Los procesos de invisibilización<sup>3</sup> y estigmatización<sup>4</sup> de los pueblos originarios impulsados por el Estado (los nombres de las campañas de exterminio dan cuenta de ello) han seguido siendo la lógica de construcción de la aboriginalidad (es decir de como el Estado construye al aborigen). Las diferentes políticas estatales, ya sean paternalistas, populistas, desarrollistas o militaristas que fueron aplicadas a dichos pueblos han tenido un principio común: éstos debían renunciar a su condición étnica para ser reconocidos como ciudadanos de pleno derecho, asumiendo el modelo cultural impuesto por el Estado.

### **A modo de conclusión**

Este trabajo intentó dar cuenta del proceso de constitución de los Estados Nación en Argentina y Chile, en vinculación con las relaciones conflictivas que provocó este proceso de construcción del orden capitalista con los pueblos originarios, en particular el mapuche. Esta historia fue en su materialidad mucho más compleja de lo que aquí se trató: en ese sentido estas líneas constituyeron un análisis más bien estructural, que debería complementarse con la alusión a distintos acontecimientos históricos que, en el mejor de los casos, en este artículo solo se ha dado cuenta de ellos a título de mención (principalmente las distintas batallas en las que, más que entre próceres y sus ejércitos como la historiografía tradicional nos describe, los enfrentamientos estuvieron efectuados entre distintas fracciones de las clases dominantes). El objeto de estudio de estas páginas está lejos de ser agotado y merece una

futura profundización.

Respecto a la construcción del orden pudimos ver, tal como lo plantean Ansaldi y Giordano, una lógica común en el continente en la que, a pesar de algunas diferencias, estructuralmente los países pasan del sistema colonial a la dominación oligárquica (y de una sociedad estamental a una sociedad de clases) que termina de configurarse en el desarrollo del siglo XIX. Si bien los procesos no se dieron de forma idéntica (ya que en el Río de la Plata la resolución fue mucho más tardía que en Chile, donde además el proceso independentista fue impulsado «desde afuera») ambos procesos responden a lo que estructuralmente sucedió en el continente. Esto no fue producto de la casualidad si no que respondió a los intereses de la economía mundo global que necesitaba de una zona periférica de abastecimiento de materias primas. Las llamadas revoluciones independentistas no constituyeron en ningún caso una ruptura radical, si no revoluciones pasivas dependientes en las que los sectores dominantes alcanzaron la hegemonía necesaria para impulsar sus intereses como válidos para toda la población, evitando el protagonismo de los sectores subalternos y que las situaciones revolucionarias desemboquen en resultados revolucionarios capaces de alterar el orden social instituido.

En el caso de los pueblos originarios, y específicamente el mapuche, la construcción del orden estatal y su consolidación hacia fines del siglo XIX con el anexamiento de los territorios indígenas (sur chileno, la Patagonia y el Chaco) significó la pérdida de la autonomía de estos pueblos y la imposición de un sistema económico, social y político que los condenó a sobrevivir a partir de la venta de la fuerza de trabajo en las peores condiciones debido a su pertenencia étnica.

## Notas

1. Para Giovanni Arrighi (1999) la novedad que dio origen al capitalismo no fue la existencia de un sistema de mercados ni de una burguesía mercantil, si no la conformación de una burguesía financiera (cuyo primer ejemplo histórico fue la de las ciudades estado de la dividida Italia durante el siglo XVII) que va a entablar una alianza recurrente a lo largo del capitalismo en su larga duración con el aparato estatal.

2. O «huinca», en el idioma mapuche (mapudungun) significa «blanco» en sentido peyorativo, como el conquistador/colonizador.
3. El concepto de invisibilización hace referencia a una serie de mecanismos sociales determinados por los cuales se omite la presencia de un grupo o sector social, generalmente sujeto a relaciones de dominación por parte de otros grupos dominantes.
4. El término estigma es utilizado para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador. De los diferentes tipos existentes, el estigma social se define como la pertenencia a un grupo social menospreciado, sobre el cual se practican diversos tipos de discriminación, reduciendo las posibilidades de vida de las personas afectadas.

## **Bibliografía**

ANSALDI, W. (1989). «Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes: Una introducción al estudio de la formación del Estado nacional Argentino», en Ansaldi, Waldo; y José Luis Moreno (1989): *Estado y Sociedad en el Pensamiento Nacional. Antología Conceptual para el Análisis Comparado*. Buenos Aires: Cántaro.

ANSALDI, W. y GIORDANO, V. (2012). *América Latina. La construcción del orden, Tomo I*. Buenos Aires: Ariel.

——— ANSALDI, W. y GIORDANO, V. (2012b). *América Latina. La construcción del orden, Tomo II*. Buenos Aires: Ariel.

ARRIGHI, G. (1999). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Ediciones Akal, S. A.

BENGOA, J. (1985). *Historia del pueblo mapuche (Siglos XIX y XX)*. Santiago: Ediciones Sur.

CALDERÓN, F. (1984). *Pensando esas culturas*. División de derechos humanos, UNESCO.

CARRERA DAMAS, G. (1986). *Venezuela: proyecto nacional y poder social*. Barcelona: Editorial Crítica.

CHIARAMONTE, J.C. (1997): *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Ariel Historia.

DE GREGORI, C. (s.f.). «Indigenismo, clases sociales y problema nacional», en A.A.VV., *La discusión sobre el problema indígena en el Perú*, Ediciones CELATS, Centro Latinoamericano de Trabajo Social, Lima, pp. 15-51

HALPERIN DONGHI, T. (2006). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

TAYLOR, P. (1985): *Geografía Política. Economía mundo, Estado nación y localidad*. Madrid: Trama Editorial.

WALLERSTEIN, I. (2006): *El Moderno Sistema Mundial. La segunda era de gran expansión de la economía mundo capitalista (1730 – 1850)*. España: Siglo XXI editores.

WEBER, M. (1984): *Economía y Sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

### **Datos del autor**

Emiliano Valentín Ríos | Argentina

Licenciado en Ciencias Sociales. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la UNER. Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra: Semiótica, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales – UADER (Paraná, Entre Ríos).

Correo electrónico: [evrios@msn.com](mailto:evrios@msn.com)

### **Acerca del artículo**

Este artículo fue elaborado a partir de la base del trabajo final del seminario doctoral «Problemas de la Historia sociopolítica y económica de América Latina» dictado por el Dr. Waldo Ansaldi y la Dra. Verónica Giordano / Doctorado Ciencias Sociales–Universidad Nacional de Entre Ríos).



Fecha de recepción: 25/08/2015  
Fecha de aceptación: 08/09/2015

# La construcción discursiva de la catástrofe: representaciones en torno a la inundación de Santa Fe

Ana Aymá | UNQui  
anaayma@gmail.com

## Resumen

A partir del marco teórico y metodológico brindado por el Análisis Crítico del Discurso (Fairclough, 1992; Fairclough, 1995) y la Lingüística Sistémico Funcional (Halliday, 1982; 1994), este trabajo se propone analizar las representaciones acerca de la inundación ocurrida en la ciudad de Santa Fe en el año 2003, a partir de los titulares de las noticias publicadas sobre el hecho en los diarios El Litoral de Santa Fe, y La Nación y Clarín de tirada nacional.

La comparación entre el medio local y los medios nacionales permite observar diferentes estrategias discursivas en la construcción del hecho «inundación». El análisis crítico del discurso permite ver un aspecto del funcionamiento de la negociación del significado, en este caso frente a una dimensión política en disputa en la construcción discursiva del hecho (Simpson, 2005; Walter, Littlewood, Pickering, 1995).

**Palabras clave:** representaciones, negociación de significados, transitividad

## The discursive construction of disaster: the representations of the flood in the city of Santa Fe

### **Abstract**

Based on theoretical and methodological framework provided from Critical Discourse Analysis (Fairclough,1992; Fairclough,1995) and Systemic Functional Linguistics (Halliday, 1982; 1994), this article analyzes the representations of the flood occurred in the city of Santa Fe in 2003, in the headlines of the news published in the local newspaper El Litoral, and in the national press: La Nación and Clarín.

The comparison between local and national press enables us to observe different discursive strategies used for the representation of the flood. The critical discourse analysis allow us to see an aspect in the negotiation of meaning, in this case on a political dimension in dispute in the discursive construction of the facts (Simpson, 2005; Walter, Littlewood, Pickering, 1995).

**Keywords:** representations, negotiation of meaning, transitivity



## La construcción discursiva de la catástrofe: representaciones en torno a la inundación de Santa Fe

«Los calendarios mojados se parecían a los relojes derretidos de Dalí».

Roberto Malatesta, *Por encima de los techos*

### 1. Introducción

Este trabajo presenta avances de investigación sobre la construcción discursiva de la inundación ocurrida en la ciudad de Santa Fe en abril-mayo de 2003. Si bien se enmarca en el campo de los estudios del discurso, me parece importante subrayar que pretende dar cuenta de una mirada comunicacional de los fenómenos sociales y discursivos que aborda, en busca de comprender qué significados se le han otorgado a ese episodio, vivido de forma colectiva y singular a la vez, y referido como algo dislocador del orden social<sup>1</sup>.

Se parte aquí del supuesto de que es precisamente en el seno de las prácticas comunicacionales donde se producen, transforman o reproducen las representaciones sociales. Y esto ocurre dentro de horizontes de decibilidad epocales, es decir, dentro de sistemas de creencias y esquemas de valoración, enmarcados en condiciones ideológicas de producción que provocan determinados efectos de sentido. Ni el discurso es transparente, ni los hechos lo son, ni hay relación de reflejo entre discurso y realidad social. Los discursos son a la vez productos contextualizados históricamente y factores de modificación de ese contexto. En el plano discursivo se constituyen, entonces, los objetos, a partir de que son nombrados, organizados, incorporados a cadenas de sentido. Y es en la interacción discursiva donde los sujetos negocian significados para comprender los sucesos a los que están expuestos y de los que participan.

Precisamente, porque estas representaciones construyen la realidad social que habitamos, es importante estudiarlas, observar su funcionamiento, atender a los procesos semióticos constitutivos de los discursos sociales. Para ello, el trabajo se sitúa en el enfoque interdisciplinario que provee el Análisis

Crítico del Discurso (ACD) en tanto éste se propone como una teoría social que concibe a los discursos como prácticas (Fairclough 1995, 1999, 2003; van Dijk, 2001, Wodak, 2001), y que se ocupa de mostrar la relación entre las estructuras lingüísticas y los usos del lenguaje y los problemas sociales.

Este marco analítico se articulará metodológicamente con la perspectiva de la Lingüística Sistémico Funcional (Halliday, 1992, Ghío, 2008), en el entendimiento de que en los pequeños movimientos del lenguaje, en las opciones sintácticas y gramaticales, puede rastrearse una dimensión ideológica del significado que se plasma en el texto. Con el objetivo de desmontar, o poner de manifiesto ciertas operaciones de asignación de sentido que pueden observarse en los textos, se estudiará aquí un corpus de noticias de la prensa escrita publicadas durante el primer mes de la inundación: entre abril y mayo de 2003.

La inundación de Santa Fe del año 2003 ha sido tema de diferentes investigaciones en ciencias sociales, desde abordajes sociológicos, antropológicos o comunicacionales, enmarcados en estudios de memoria, estudios sobre movimientos sociales y sobre gestión del riesgo, y estudios sobre el rol de los medios de comunicación. Al respecto pueden verse, entre otros trabajos de un abundante y creciente listado: el de Silvia Esther Fontana (2009) «Sobre llovido, mojado. Riesgo, catástrofe y solidaridad. El caso Santa Fe». EDUCC. Córdoba; el de Carolina Bravi (2012) «Memorias sumergidas, memorias emergentes. El caso de las inundaciones en Santa Fe» en revista *Aletheia*, vol. 3, n. 5; el de Marcelo D'Amico (2013) *Inundaciones en la ciudad de Santa Fe (Argentina): Una mirada desde la sociología del cuerpo y de las emociones*. RBSE–Revista Brasileira de Sociologia da Emoção, vol. 12, n. 35; o el de Tamara Beltramino (2013). *Tensiones, contradicciones y disputas en las formas de comprender las inundaciones en Santa Fe entre 1982 y 2003: ¿Crecida del río o inundación de la ciudad?* X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, UBA. El presente trabajo se inserta en esa corriente que interroga la forma en que se ha representado socialmente esa inundación en particular y en su contexto, pero lo hace a partir del interés específico por el funcionamiento del lenguaje, centrado en su capacidad performativa, y en

como los medios gráficos de prensa realizan la inscripción de una experiencia social de crisis y conflicto en un determinado orden del discurso (Foucault, 1987, Fairclough, 2001, Martín Rojo, 1996).

## 2. El caso

El carácter *inundable* de la ciudad de Santa Fe es lo que podríamos denominar una marca de origen. Desde su fundación primera en Cayastá, en 1573, desde donde hubo de ser trasladada a su ubicación actual huyendo de las arremetidas del Río San Javier, Santa Fe ha recibido las aguas de los ríos que la circundan muchas veces. Así está descrito por Libertad Demitrópulos en El Río de las Congojas: «*el río tragahombres, más negro que nunca, río de las congojas, enemigo del amor*».

Ya en 1886 hubo en Santa Fe un primer antecedente de crecida del río Salado, y a lo largo del siglo XX y el XXI, éste y el río Paraná se han desbordado sucesivamente hasta 2007 más de una decena de veces, y muchas más si nos referimos a las delimitadas zonas inundables en la periferia. En 1938 decía el diario local que «el Salado provocó alarma en el oeste» (Cello et al. 2013). Pero, si nos circunscribimos al fenómeno de una gran extensión de agua cubriendo barrios enteros de la ciudad y entrando a las viviendas, podemos comenzar por la inundación de junio de 1905, en la que según relatos de la época, la ciudad quedó convertida en «una isla» (Pais; 2008), seguir por la de 1983 (que causó el derrumbe del emblemático Puente Colgante) y llegar a la de abril-mayo de 2003<sup>2</sup>. Dentro de este *continuum* y aunque la temporalidad y sus límites pueden ser motivo de análisis también, el caso en el que se centra este estudio se conmemora en el calendario local cada 29 de abril. Esto es así porque entre la noche del lunes 28 y la madrugada del martes 29, la ciudad de Santa Fe recibió las aguas del río Salado que irrumpieron en pocas horas en varios barrios. Los medios de comunicación de la región venían dando información acerca de las lluvias y anegaciones ocurridas en los alrededores, en zonas mayormente rurales, y sobre el nivel del Salado desde enero de 2003<sup>3</sup>, pero se descartaba explícitamente, y hasta último momento, que estuviera en riesgo la ciudad capital, por lo cual, las personas

no llegaron a evacuar sus viviendas y apenas pudieron implementar medidas precarias de protección. El 29 a la noche se declaró la «emergencia hídrica» y esta situación duró entre dos y tres semanas, hasta que el nivel del agua bajó y lentamente hubo quienes pudieron volver a sus casas. Luego, se dieron tiempos más largos para terminar de retomar la «normalidad» —que en muchos casos no se retomó nunca— en el funcionamiento de la vida cotidiana, tanto el ámbito de lo privado como en el de lo público. El ingreso del río Salado por el noroeste de Santa Fe, se cubrió la tercera parte de la ciudad de agua, y en algunos barrios llegó a cobrar una altura de más de dos metros. Hubo 134.500 evacuados y 27.400 viviendas afectadas, en una ciudad de poco más de 500.000 habitantes. Hubo personas muertas, 23 en cifras oficiales, 161 según organismos de derechos humanos y organizaciones no gubernamentales<sup>4</sup>. La cantidad de agua no tardó lo mismo en bajar en todas las zonas, en algunos casos pasaron días hasta que se hubo retirado por completo, en otros varias semanas<sup>5</sup>. La inundación fue, y es, sin dudas, un proceso de temporalidad y espacialidad complejas, que dejó gran cantidad de consecuencias: además de los muertos, innumerables pérdidas materiales y secuelas en la salud física y psíquica de niños y adultos, por nombrar las más ostensibles. Y también dejó gran cantidad de historias, textos e imágenes.

En el caso de la prensa gráfica, en particular en el diario local *El Litoral*, y en los diarios nacionales *Clarín* y *La Nación*, puede leerse una determinada construcción discursiva del hecho, a partir de diferentes recursos lingüísticos presentes en sus titulares. De esto nos ocuparemos en las líneas que siguen.

### **3. Marco teórico metodológico**

Partiendo del enfoque del Análisis Crítico del Discurso se considera que los significados que se crean en el campo de los discursos sociales son parte de la producción de la realidad social (Fairclough, 1995, 1999, 2003), y es en tanto tales que este trabajo se propone analizarlos. El propósito es observar en textos periodísticos pertenecientes al tipo textual de la noticia, la forma específica de realizar o construir significados sobre la inundación. Para ello, se utilizará, dentro de este marco, la metodología que postula la Lingüística

Sistémico Funcional (LSF) de análisis del sistema de transitividad que —en el nivel de la cláusula— permite identificar representaciones sobre el mundo de la experiencia (Halliday, 1982, 1984; Ghío, Elsa y Fernández, María Delia, 2008; Achugar, 1999).

Para el periodismo local santafesino la cobertura del suceso, en lo inmediato, implicó una serie de decisiones. Para el periodismo nacional también, como veremos más adelante. Desde una perspectiva lingüística sistémico funcional diremos que parte de esas decisiones tienen que ver con las opciones que nos permite el lenguaje, en tanto sistema de recursos, para la construcción de textos. Es decir, el texto representa un potencial de significado realizado —instanciado— a partir de la selección de una serie total de opciones presentes en el sistema. Esos significados se realizan mediante tres grandes metafunciones (Halliday, 1982, 1994). La función ideacional, relativa al significado de la experiencia; la interpersonal, que refiere a las relaciones hablante-oyente, y la textual, que corresponde a la organización del texto. En este sentido, para comprender el funcionamiento de un texto se debe contemplar la interdependencia de forma y significado y cualquier pieza comunicacional puede ser considerado un entretrejo de significados ideacionales, interpersonales y textuales (Fairclough, 2004).

Así, los significados se crean, motivados cultural y socialmente. Esto implica superar tanto la idea de que existan determinaciones mecánicas, como la idea de que haya una palabra neutra, por el contrario, hay valoraciones en esas alternativas (Ghío, Elsa y Fernández, María Delia, 2008). En el discurso en general —y en el discurso periodístico en particular— se exponen sistemas de creencias a través del uso de las formas lingüísticas. El análisis lingüístico nos permite, entonces, interpretar significado en contexto social e identificar procesos ideológicos que se manifiestan en el discurso (Trew, 1983).

Decimos con Hodge y Kress, que los llamados *hechos de discurso*, por ejemplo, posicionamiento de los hablantes y tópicos, o circulación de los significados y textos, son inseparables de lo que han sido llamados *hechos del lenguaje*, en este caso sintaxis, semántica y gramática, y ambos son indispensables para el trazado de los procesos y formas ideológicas (Hodge y Kress, 2000).

Para interrogar el corpus de noticias que queremos analizar, recurriremos a la primera de las metafunciones mencionada: la ideacional, en los titulares de los tres diarios seleccionados. La dimensión ideacional es aquella que muestra la perspectiva sobre «la realidad», que el texto pretende. Esto se realiza mediante el sistema gramatical de transitividad, que se basa en la configuración de actor + proceso. El actor es el que produce el desarrollo del proceso en el tiempo. El resultado o producto del proceso queda confinado al actor o se extiende a otro participante (la meta) (Ghío, Elsa y Fernández, María Delia, 2008). Es decir, observaremos los procesos que están inscriptos en las cláusulas y los tipos de participantes allí involucrados. Desde esta perspectiva, se define a los participantes como entidades que tienen típicamente una forma nominal, implicadas en procesos que consisten en fenómenos o acciones a los que va ligada una especificación de tiempo, sean éstos acontecimientos, relaciones o estados, y que se expresan preferentemente en forma verbal (Trew, 1983). Estos procesos se clasifican en seis diferentes tipos: materiales, que requieren un actor participante; mentales, un experimentante; verbales, un hablante; existenciales, un existente; de comportamiento, un actuante y relacionales, que requieren participantes que pueden ser poseedores o portadores de valor.

#### **4. El texto noticia**

Consideramos que el discurso periodístico, particularmente ese tipo textual que llamamos *noticia*, se caracteriza por tener una estructura jerárquica, o superestructura (van Dijk, 1992) cuya coherencia global —semántica y pragmática— está dada por la *macroestructura* global del texto, que construye el tema que vertebra la noticia. Esa macroestructura consistente en un conjunto de *macroproposiciones* que concentran un resumen de la información del texto, definiendo así lo más importante: el tema (o los temas si pueden determinarse varios como en el caso de los textos más complejos), puede rastrearse en los elementos paratextuales: títulos, volantas, subtítulos, bajadas y copetes y, dentro del texto propiamente dicho, encabezados. Habitualmente, en el esquema

canónico de la noticia que funciona en los medios, los temas se expresan en titulares y encabezado.

El tema de la *noticia*, en este sentido, está resumido en una o varias proposiciones macro que ejercen una función crucial para el entendimiento, orientando su lectura y marcando una posición enunciativa (van Dijk, 1992).

## 5. Retóricas de la catástrofe: titulares locales y titulares nacionales

### 5.1. La acción de la naturaleza

Partimos aquí del análisis de titulares de las noticias aparecidas en el diario vespertino El Litoral de Santa Fe<sup>6</sup> durante los primeros doce días de ocurrido el hecho, en el período que va desde el 28 de abril hasta el 9 de mayo de 2003<sup>7</sup>. En el apartado siguiente, nos adentramos en algunas comparaciones con los titulares de las noticias de los diarios de tirada nacional: La Nación y Clarín que permiten poner de relevancia los rasgos contextualizados de estas retóricas de la catástrofe.

Nos preguntamos, entonces: ¿Cuáles son las representaciones sobre la inundación que construyen los diarios? ¿A partir de qué actores y qué acciones se presenta el tema inundación en la noticia?

Comenzando por el caso del medio local El Litoral, podremos observar en la Tabla 1, que, en su mayoría, ofrece titulares breves, de una sola cláusula. Veremos más adelante que esto es notorio si lo comparamos con los titulares Clarín y La Nación, donde la construcción oracional es más compleja, enlazando de alguna manera, mediante relaciones paratácticas o hipotácticas, causas y consecuencias, recurso que El Litoral opta por no usar.

Tabla 1

Fecha	Titular Diario El Litoral
28/04	El Salado invade todo lo que encuentra a su paso (Proceso: Material / Actor: El Salado)
29/04	Arrollador avance del agua (Proceso Existencial / Existente: Arrollador avance del agua)
30/04	Lo peor ya está pasando. (Proceso: Existencial/Existente: Lo peor)

Fecha	Titular Diario El Litoral
1/05	El agua empieza a retirarse(Proceso: Material/Actor: El agua)
2/05	Problemas en el reparto de ayuda. Procuran superarlos (Proceso Existencial/Problemas + Proceso material/Actor: Sin sujeto. Meta: problemas)
3/05	Crearán el Ministerio de la Reconstrucción (Proceso Material/ Actor: Sin sujeto)
4/05	La inusual crecida no fue sorpresa para los expertos (Proceso: Atributivo/ Portador: La inusual crecida. Atributo: Sorpresa. Medio: Los expertos)
5/05	Recomiendan medidas para evitar riesgos sanitarios (Proceso: Verbal/Emisor: Sin sujeto)
6/05	Ya suman casi quinientos los centros de evacuados + Ratifican que son 22 las víctimas fatales (Proceso: Existencial/Existente: Los centros de evacuados + Verbal/Emisor: Sin sujeto. Participante/Locución: que son 22 las víctimas fatales)
7/05	Bajaría sensiblemente el número de desencontrados (Proceso: Material/Meta: El número de desencontrados)
8/05	Empiezan a extraer el agua de las zonas anegadas (Proceso material/Actor: Sin sujeto. Participante/meta: el agua)
9/05	Lentamente se retira el agua (Proceso: material/Actor: el agua)

Si nos centramos en el tipo de procesos utilizados en El Litoral, lo primero que arroja el análisis es una mayor presencia (siete en total) de procesos materiales. Es decir, procesos que refieren a la transformación del mundo físico. De esos procesos materiales, en dos casos, el actor (funcionando como agente) es «el agua», y en uno «El Salado». Lo que este agente hace es, en orden cronológico: invadir, avanzar, empezar a retirarse y retirarse lentamente. Entre los otros cuatro procesos materiales hay tres sin actor, relativos a acciones de creación de un Ministerio de la Reconstrucción, a los problemas en el reparto y a la extracción el agua en zonas anegadas. Y finalmente uno en el que no hay actor tampoco, y la meta es «el número de desencontrados», cuyo proceso es «bajar».



Tenemos, además, un proceso existencial, en el que, nuevamente, el existente es «el avance del agua»<sup>8</sup>, y otros dos también existenciales que tienen como existentes «Lo peor» y «Problemas», pero mitigados por el proceso: «está pasando» o por la cláusula siguiente: «Buscan superarlos». Esta última, nuevamente sin agente. El único proceso verbal que aparece tampoco tiene agente, no hay emisor del mensaje, que tiene como locución: «...*que son 22 las víctimas fatales*», que a su vez es el único existente que implica personas. Finalmente, el proceso atributivo tiene como portador a «la inusual crecida», cuyo atributo es: «no ser sorpresa». Nuevamente, el participante principal es un elemento de la naturaleza.

Entonces, recapitulando, lo que observamos en torno al sistema de transitividad en los titulares de El Litoral, es que en los que casos en los que se lo nombra, el participante es «el agua» o «el Salado», asociado a acciones materiales, es decir, funcionando como actor/agente, o existente. En los otros casos no aparece un sujeto/actor ni en términos de agencia ni en términos de afectados. Entonces, o el participante principal es la naturaleza, a cargo del rol de actor, o hay procesos nominalizados sin agencia o con la agencia mitigada, como es el caso de «arrollador avance del agua»: el hecho se ocurre a sí mismo, y principalmente, no hay personas.

¿Esto qué implica en términos de significado? Creemos que podemos ver en esta serie de opciones, en primer lugar, la omisión de algún tipo de agencia volitiva, y por lo tanto responsable.

Observemos un poco más: solo en tres ocasiones se habla de personas con diferentes funciones, pero ninguna en situación agentiva: «los expertos», como meta en un proceso atributivo. En ese titular vale tener en cuenta que, en la misma operación en la que se atribuye a la «crecida» la condición de no ser sorpresa para los expertos, se la califica como «inusual» y se la continúa colocando en el foco de la construcción oracional. La siguiente referencia a seres humanos es la que aparece en el sintagma «el número de desencontrados», como meta (o medio, si lo vemos desde un modelo ergativo) en un proceso material en el que lo que ocurre es que el número «bajaría». Cabe mencionar en este punto que, nuevamente, hablar de «el número» y no

de «los desencontrados», sitúa, el foco del titular en la abstracción numérica y no en las personas. Finalmente, se utiliza la referencia a seres humanos al nombrar a las «víctimas fatales», en este caso como locución de un proceso verbal expresado en una segunda cláusula, que carece de locutor.

En síntesis, no hay emisores en los procesos verbales, ni agentes en los materiales. Los procesos están planteados en términos de comportamientos del mundo natural. No hay tampoco, prácticamente, enlace de cláusulas, es decir, no se expresa establecimiento de relaciones causales, y no se mencionan las consecuencias en términos sociales o personales. Comprobamos, entonces, una nula presencia de alguna dimensión social o política en la construcción periodística informativa del hecho en las noticias de este período.

Como decíamos, la construcción del significado implica realizar opciones. Aquí, en la atribución de la agencia a la naturaleza, actuando un proceso que empezó, avanzó, y comenzó a pasar, podríamos leer una operación de mitigación de responsabilidades de algún otro tipo. Lo más importante a subrayar es que, a primera vista, pareciera que la diferencia entre una *acción* con un actor causal, y un *evento*, sin un actor causal, es una diferencia en la realidad, en la naturaleza de las cosas. Pero, cuando el hablante representa en el lenguaje algo que sucede, tiene que elegir si lo representa como una acción o como un evento (Fairclough, 1995). Consideramos, a la luz del análisis, que lo que hace El Litoral es, o construir un «evento» —que tampoco tiene pacientes—, o una acción en la que «el agua» es el actor que se comporta como agente de la acción, a la que no hay personas asociadas en ninguno de los roles posibles.

No se está mencionando, ni en calidad de evacuados, de inundados o con otras categorías, a ningún actor (aún como existentes dentro de procesos existenciales). El único agente de la cláusula, es el agua. Es decir, hallamos, en los titulares que lo que hay son procesos accionados por agentes de la naturaleza. La inundación ocurrida en la ciudad de Santa Fe, es, desde estas discursividades, un tema del comportamiento del río. Si pensamos que esto es una opción entre otras, y no la única forma posible de informar el suceso, podemos preguntarnos a qué orden discursivo responde esta opción.

## 5.2. Las muertes en cifras

El análisis que acabamos de mostrar, creemos que permite observar el funcionamiento discursivo en su no neutralidad precisamente allí donde se muestra como adquiriendo su grado de neutralidad más «evidente: el informativo, en el que el significado nunca ofrece su carácter opcional. Una comparación con la cobertura que realizaron otros diarios del mismo suceso en la misma fecha nos puede ser útil para avanzar un poco más al respecto.

Vayamos ahora, entonces, a la Tabla 2, para detenernos en los titulares de La Nación y Clarín. Veamos cómo fueron construyendo el acontecimiento como tema durante esos primeros días de inundación.

**Tabla 2**

Abreviaturas: L.N es La Nación y Cl es Clarín

Fecha	Diario	Titular
28/04	L.N.	No hay noticia
28/04	Cl.	No hay noticia
29/04	L.N.	Hay evacuaciones masivas en Santa Fe por las inundaciones (Proceso: Existencial/Existente: Evacuaciones)
29/04	Cl.	Por las inundaciones hay 4 mil evacuados en Santa Fe + Un muerto y más de 30.000 evacuados por las inundaciones de Santa Fe.(Proceso: Existencial/ Existente: 4 mil evuacuados + Existencial/ Un muerto y 30.000 evacuados)
30/04	L.N.	Hay más de 20.000 evacuados en Santa Fe (Proceso: Existencial/Existente: 200.000 evacuados)
30/04	Cl.	Desesperación y caos en Santa Fe: no pueden parar el avance del agua + Santa Fe soporta una de las mayores catástrofes de su historia: ya hay 7 muertos. (Proceso: Existencial/Desesperación y caos +Material/Sin Actor + Relacional/Participante: Santa Fe+ Existencial/Existente: 7 muertos)
1/05	L.N.	Santa Fe bajo el agua: doce muertos (Proceso: Atributivo/ Portador: Santa Fe. Atributo: Bajo el agua)
1/05	Cl.	Buscan evitar los saqueos en medio de la catástrofe en Santa Fe. (Proceso: De comportamiento/Sin Actuante)

Fecha	Diario	Titular
2/05	L.N.	Ya hay doce muertos y más de 150.000 damnificados. (Proceso: Existencial/Existente: Doce muertos. Existente:150.000 damnificados)
2/05	CL.	Santa Fe: bajó el nivel del agua pero el número de muertos se elevó a 17. (Proceso: Material/ Actor: el nivel de agua + Material/ Actor: El número de muertos)
3/05	L.N.	El temor por los saqueos se apoderó de los santafesinos. (Proceso: Material/ Actor: El temor. Meta: los santafesinos)
3/05	CL.	Los muertos en Santa Fe ya son 18 y la gente vuelve a su casa en el medio del caos. (Proceso: Existencial/Existente: los muertos + Material/ Agente: la gente)
4/05	L.N.	Hay 20 muertos y 200 desaparecidos + Copete: Reutemann reconoció que el número de víctimas sólo se conocerá cuando las aguas terminen de bajar. (Proceso: Existencial/Existentes: 20 muertos y 200 desaparecidos + Verbal/Emisor: Reutemann)
4/05	CL.	Inundaciones: la magnitud de los daños podría haberse evitado + Lole rechazó las críticas por presunta falta de previsión ante las inundaciones (Proceso: Material/Actor: Sin sujeto. Meta: la magnitud de los daños + Verbal/Emisor: Lole)
5/05	L.N.	Crecen en Santa Fe los focos de infección por el agua contaminada. (Proceso: Material/Actor: Los focos de infección)
5/05	CL.	Solo en cosechas y rutas se perdieron US\$ 300 millones. (Proceso: Material/Agente: Sin sujeto, Cosechas y rutas)
6/05	L.N.	Reutemann relevó al director de Obras Hidráulicas. (Proceso: Material/Actor: Reutemann)
6/05	CL.	Santa Fe: el Salado sigue bajando, pero aún hay 75 mil evacuados(Proceso: Material/ Actor: El Salado + Existencial/Existente: 75.000 evacuados)
7/05	L.N.	Aún hay 1775 desaparecidos. (Proceso: Existencial/Existente: 1775 desaparecidos)

Fecha	Diario	Titular
7/05	Cl.	Más de 65.000 personas perdieron sus viviendas en Santa Fe. (Proceso: Material/Actor: más de 65.000 personas. Meta: Sus viviendas)
8/05	L.N.	El doloroso regreso a casa tras perderlo todo. (Proceso: Atributivo/Portador: Regreso a casa. Atributo: Doloroso)
8/05	Cl.	Denunciaron al gobierno de Santa Fe por las inundaciones. (Proceso: Verbal/Emisor: Sin sujeto. Meta: El Gobierno de Santa Fe.)
9/05	L.N.	Los inundados debieron dejar sus viviendas + Volanta: Crece el riesgo sanitario en Santa Fe. (Proceso: Material/Agente: Los inundados + Material/ Actor: El riesgo)
9/05	Cl.	Dicen que en diez días sacarán el agua de los barrios más afectados. (Proceso: Verbal/Emisor: Sin sujeto)

Una primera observación que salta a la vista en la lectura inicial en los diarios de cobertura nacional editados en la ciudad de Buenos Aires es que el número de muertos resulta un elemento de sus títulos, como existente en procesos existenciales en seis casos. Comparativamente, pone de relevancia la omisión de los muertos, o la muerte, en el diario El Litoral de Santa Fe.

Vemos también que los agentes de las acciones o los actores de los procesos, ya no son el agua/el Salado. Aparece en cambio una agencia de actores en procesos materiales, como «los inundados», «los evacuados» o «la gente», ambos modos de nombrar personas, inexistentes en el diario local. Hay también menciones al gobernador de la provincia, como «Lole» y «Reutemann» en dos ocasiones. Y, aunque en la mayoría de los casos (nueve) funciona como circunstancial de lugar, en dos titulares «Santa Fe» funciona como actor que «soporta» y que se referencia con una predicación cuyo verbo está elidido: «Santa Fe bajo el agua».

Se mencionan las personas en el lugar de lo que «hay», día a día, y lo que «hay» son víctimas, situadas en una mayoría de procesos existenciales. Y hay numerosas cláusulas que establecen relaciones lógicas entre acciones y entre datos: entre la dimensión de la catástrofe y los muertos, entre los

evacuados y las inundaciones, y entre la inundación, el dolor y la pérdida. Podemos ver, entonces, que los diarios de tirada nacional describen la situación en términos de sus consecuencias.

Según van Dijk (1992) es esperable que las macroestructuras generales de artículos periodísticos varíen entre periódicos del mismo país acerca de un mismo suceso. Walter, Littlewood, y Pickering (1995) sostienen que el principio de apelar a la proximidad cultural para producir identificación en los lectores está tan afianzado que resulta muy eficaz en la práctica periodística, lo cual da lugar a extensos y detallados relatos personalizados y emocionales en torno a un episodio relativo a la muerte de gente cercana, aunque, paralelamente, cuanto más alejadas las víctimas, más horribles e impresionantes pueden ser las imágenes.

Volviendo a Fairclough (2001) el enfoque del ACD debe partir de interacciones concretas, para intentar comprender los órdenes discursivos en función de las estructuras sociales en las que se insertan. En este sentido, una primera hipótesis de lectura que acercamos es que, en el caso de Clarín y La Nación, la muerte es tratada como un dato numérico que se utiliza con el correr de los días como un elemento que indica la progresión del tema y el seguimiento de la noticia: los muertos se van sumando día a día, desde el día 30 en Clarín y desde el 1 de mayo en La Nación, con lo cual el hecho sigue teniendo valor noticiable. Esto puede explicarse a través de los recursos de la retórica del discurso periodístico, que cuenta entre sus estrategias la fabricación del efecto de veracidad mediante el uso de cifras y su exactitud implícita. Se trata de señales de precisión —más allá de su corrección o no—.

De esta manera, vemos cómo tanto en Clarín como en La Nación, una de las funciones discursivas de nombrar la muerte es la de dimensionar «la catástrofe»: «Un muerto», «ya hay 7 muertos», «el número de muertos se elevó a 17», «los muertos en Santa Fe ya son 18». Vemos un presupuesto del sentido común operando en la construcción de este significado, la representación del valor de la vida y de su pérdida actúa como dato de la gravedad de un fenómeno o de su dimensión: si algo ha costado vidas, eso debe mencionarse en primer lugar. Es el dato prioritario como dato de magnitud, que permite medir la importancia de lo ocurrido. Cuando

La Nación dice *Santa Fe bajo el agua: 12 muertos*, en la operación de los dos puntos («:») radica la estrategia discursiva por la cual el número de muertos sostiene tanto el valor como la verdad de la afirmación. En esa línea, en los titulares de ambos diarios nacionales, vemos que luego está el dato de los evacuados, y luego el del número de pérdidas materiales, pero, especialmente, el seguimiento del número de muertes da cuenta de que las dimensiones del hecho crecen.

El Litoral, en cambio, prescinde de este recurso. El 1 de mayo menciona —por única vez— en el cuerpo de la noticia:

*«Este inusual fenómeno ya provocó la muerte de, al menos, 12 personas —al cierre de esta edición— mientras que se desconoce el número total de desaparecidos. Una importante masa de agua comenzó a escurrir hacia el este, luego de la apertura de brechas sobre la Mar Argentino».*

Es la primera mención a «la muerte» en el diario.

El 6 de mayo, coloca por primera vez en titulares a las «víctimas fatales», sin utilizar la palabra muertos, y hablando de 22 víctimas contabilizadas. Por otra parte, la oración se construye como discurso referido, provocando el efecto de distanciamiento del enunciador con el contenido del titular:

*«Ratifican que son 22 las víctimas fatales».*

Más adelante, el 22 de octubre de 2003, el Ministro de Gobierno Carlos Carranza declaró a la prensa que el informe oficial que el gobierno de Santa Fe remitió a la cámara de Diputados con la lista de fallecidos por la inundación daba el número de 23 muertos. Así, quedó fijado el dato en la lista oficial de personas *encontradas fallecidas por efecto directo de la emergencia hídrica*, decía la nota de El Litoral del 22 de octubre, su titular: *El agua dejó 23 muertos y 26 «presuntos» desaparecidos*. La noticia local titula con la palabra *muertos*, aunque la función es completamente diferente a la de los medios nacionales, apareciendo como verdad oficial que pone fin una discusión —y un tema— y no como medida del hecho en su progresión. Como vemos en la cláusula: el agente responsable, causal, es «el agua» y el verbo «dejó» en pretérito indefinido remite a un pasado concluido.

Cabe agregar que desde el punto de vista de la organización general del paratexto de la noticia y su ubicación en las páginas o secciones fijas del diario, en el caso de El Litoral no hay utilización de otros recursos, no hay volanta ni bajada, y la noticia está en Tapa y en Área Metropolitana. Clarín publica en las páginas de Sociedad y siempre con volantas: «Sin control», «Inundación histórica», «Catástrofe en Santa Fe», esta última repetidas varias veces, es en los números que estas afirmaciones lingüísticas encuentran un apoyo de sentido. La Nación comenzó con la volanta «La tragedia de los inundados en Santa Fe» pero finalmente optó por «Inundaciones», y la noticia está ubicada siempre en Información General<sup>9</sup>.

Sabemos que los acontecimientos periodísticos conllevan un punto de vista, y según esta perspectiva el punto de vista se muestra en la organización macroestructural, cuyas reglas se articulan con representaciones sociales que reponen información en las proposiciones jerarquizadas. Proposiciones cuya función cognitiva, decíamos, es la de orientar la comprensión de un texto, de dar una hipótesis de lectura. La cantidad de conocimientos necesarios que se ponen en funcionamiento para interpretar un texto es muy grande y está compartida socialmente. En general, en los textos existe un vacío, una cantidad de información no dicha que es recuperada mediante mecanismos de implicación y presuposición. En este sentido, podemos pensar, inicialmente, que El Litoral prescinde de esta retórica numérica, en tanto se trata de evitar directamente la mención de la muerte como tal, y opta por omitir esa información. Pero ¿por qué ocurre esto?

No puede negarse que es importante la proximidad del hecho para el diario, tratándose de una empresa inclusive afectada en sí misma —en sus condiciones materiales de producción y circulación— por la inundación. También podría pensarse que El Litoral apuesta a una función social de «contención» intentando no «alarmar» a la población; y que no necesita, por otra parte, dar cuenta de la magnitud del hecho que es «evidente» para sus lectores. Desde estos enfoques es cierto que puede no ser sorprendente que, en líneas generales, la función adoptada por El Litoral puede definirse como de *mitigación* en la selección léxica, acentuando las connotaciones



positivas. Sin embargo, es productivo avanzar más allá de la hipótesis de la intencionalidad y la funcionalidad, en pos de preguntarnos acerca de las representaciones que adquiere la muerte en la inundación y su función, en términos de marcos sociales de decibilidad que involucran a periodistas y lectores en una trama de gramáticas de producción y reconocimiento que no dependen exclusivamente de decisiones momentáneas y racionales, sino de la relación con un orden discursivo.

Es central tener en cuenta que la macroestructura se construye mediante reglas u operaciones realizadas sobre el conjunto de la información —del texto y del contexto— que consisten en: omitir, seleccionar, generalizar, construir e integrar. Estas reglas explican cómo, en esta comparación de titulares pareciera ser que estamos frente noticias que no tratan el mismo hecho: ¿Cómo es posible que el mismo día (30 de abril) que Clarín habla de «desesperación y caos en Santa Fe» (ver Tabla 2) El Litoral dice que «lo peor ya está pasando» (ver Tabla 1)? Se han establecido operaciones de selección y de omisión que redundan en una diferente definición el tema de la noticia en esos primeros días de cobertura.

Sin dudas, es una compleja trama de factores la que interviene en la tematización o ausencia de tematización de la muerte dentro de la cobertura de un episodio como el de la inundación de Santa Fe en 2003. Siguiendo a Wodak (2003) sabemos que lo dicho, lo expresado en el discurso mismo, implica una serie de presuposiciones que forman parte de la trama intertextual —a veces señaladas gramaticalmente otras veces vinculadas al conocimiento contextual o a los *topoi* estructurantes del sentido común y de los sistemas de creencias compartidos—, que son necesarias para dotar de sentido y coherencia al discurso. Precisamente la noticia, como tipo textual, suele caracterizarse por dejar mucho sin decir y por manejarse con una sintaxis y lexicalización generalmente estandarizadas.

En definitiva, volviendo al comienzo y a la identificación de la macroestructura que orienta la lectura del texto, podemos decir que mientras La Nación y Clarín establecen una macroestructura general relativa a la condición de catástrofe, que está dada en los números de la muerte, en El Litoral se presenta una macroestructura relativa al comportamiento del

agua donde la información sobre la muerte o los muertos —y sobre los seres humanos en general— está omitida, o desplazada hasta quedar circunscripta a la reproducción del discurso respectivo que las autoridades políticas del momento hicieron público: la comunicación oficial de un dato. Mientras que en un caso se tematiza lo social, en el otro se tematiza lo natural.

En los diarios nacionales, los muertos son lo que va pasando, son la consecuencia irreversible, y esto es lo noticiable. En cambio, en el diario local, poner la centralidad en el comportamiento del agua junto a la operación de omisión de la muerte en titulares, significa poner el foco en lo que va a pasar, y anunciar que la inundación en sí misma es algo reversible, en tanto el agua vuelva a su cauce. Es decir, puede observarse que en los tres diarios el significado construido es coherente con una representación de la inundación como catástrofe. Pero en el diario *El Litoral* se inscribe en el orden discursivo del desastre natural: fuerza de la naturaleza que no puede preverse ni pararse, solo medirse como comportamiento del río. Esto se ve reforzado mediante el silenciamiento de elementos sociales de contexto que no aparecen en la formulación del tema en la noticia.

## **6. Conclusiones: la ausencia de lo político**

Luego de estos análisis de las noticias, consideramos que vale la pena destacar algunas cuestiones. Siguiendo a Wagner Pacifici (2000) podemos decir que la inundación arroja a las personas a un estado que se sabe que va a finalizar, pero no se sabe ni cuándo ni cómo. Esa incertidumbre necesita ser un contenido, necesita narrativas que la ordenen y le den un sentido. La construcción de significado de *El Litoral*, en el momento inicial de cobertura del tema, le da un muy sentido concreto, el de seguimiento del comportamiento de la naturaleza. La de los medios nacionales construye la catástrofe desde el seguimiento de sus consecuencias en el plano social. Ahora bien, en ningún caso la tematización inicial considera aspectos de responsabilidad política en los sucesos.

Si pensamos que los medios de comunicación tienen alguna participación en la producción de representaciones colectivas y compartidas acerca de los acontecimientos de la vida social, y a su vez consideramos que el campo de la

discursividad está surcado de tensiones y negociaciones, podemos ver cómo las representaciones nodales de lo que El Litoral describe, entran en discusión con el discurso de las organizaciones sociales que reclaman justicia. No se analizan aquí estos discursos que pueden encontrarse en los documentos emitidos para cada acto público de conmemoración los días 29 de abril y en testimonios presentes en varios libros sobre esa inundación en particular (Castro, 2011; Cello, Haidar y Del Frade, 2013; Fuster, 2012; Pais, 2008), pero es otra mirada sobre lo ocurrido, que habla de «trama de ocultamiento y desconcierto en los medios de comunicación que debían informar» y recuerda que «a la mañana del 29, por la Radio de la Universidad el Intendente pronunció aquel «no se van a inundar» y enumeró el rosario de barrios que en pocas horas se ahogaron en más de cuatro metros de agua» (Fuster, 2012). Esa mirada otorgará a los muertos un nuevo significado, nombrándolos como las consecuencias evitables de un hecho previsible, mostrando su condición de límite y, por lo tanto, de tensión para ese «retorno a la normalidad» que la construcción centrada en la naturaleza promueve. Desde esta posición —que habrá de desarrollarse en otros trabajos, pero que a priori denominamos narrativa política— no se trata de «volver a la normalidad», sino de que haya un proceso de investigación y juicio sobre lo que fue un fenómeno complejo y cuyas consecuencias tienen responsabilidades humanas. Es cierto que esta reflexión fue posible luego, a la distancia. Pero es también cierto que tuvo que construirse en tensión y discusión con ese posicionamiento que desde la prensa gráfica se instala articulando representaciones en el sentido común acerca del comportamiento de la naturaleza y sus consecuencias.

Consideramos aquí, como hemos dicho, que toda descripción, o narración de los hechos, supone posicionamientos desde los cuales ver esos hechos. Modelos, sistemas de conceptos, que dan sentido a lo que se dice. Y estos sistemas pueden verse en las opciones lingüísticas que se plasman en los textos. Desde esta perspectiva, el análisis nos permite mostrar cómo la descripción de la inundación realizada por el diario El Litoral y los diarios Clarín y La Nación, durante esa primera semana, se estructuró en torno a un determinado concepto central: el de la catástrofe natural. Entendida como

provocada por la naturaleza, la catástrofe goza en el sentido común de una representación del hecho que se explica a sí mismo, y se dispensa de ulteriores análisis. Dicho de otro modo, está entre las representaciones de lo que es posible aún dentro de lo anómalo. Construido este marco de aceptación, la narrativa que construye un hecho político se coloca en el lugar de la lucha y el reclamo, dando una batalla también discursiva y comunicacional, en la que ese concepto estructurante se pone en discusión.

## Notas

1. La investigación de la cual forma parte trabaja con análisis de diversos materiales semióticos: diarios locales y nacionales, entrevistas a personas inundadas y documentos de organizaciones sociales.
2. Aunque no vamos a tomarla aquí, vale mencionar que luego de la inundación de 2003 hubo una inundación en 2007, en la que los temporales que azotaron la zona a fines de marzo y los primeros días de abril causaron anegaciones en la ciudad. Hubo 12 personas muertas por causa de esta situación.
3. El 10 de marzo El Litoral titulaba «Graves problemas trae la crecida del Salado», y en la nota hablaba de las primeras alarmas. El 11 de marzo tituló: «El Salado crece en altura día a día».
4. El dato figura en: Cello, Miguel, Haidar, Julieta y Del Frade, Carlos; «Lo que el Salado sigue gritando diez años después», 2013, primera edición. Edición independiente no comercial, disponible en línea [www.elgritodelsalado.com.ar](http://www.elgritodelsalado.com.ar)
5. Baste como dato que, a un mes de la creciente, todavía había 9.000 evacuados en los centros de evacuación.
6. El diario El Litoral era a la fecha de la inundación el único diario de la ciudad de Santa Fe. Se trata de una empresa familiar con más de 80 años de antigüedad, de edición vespertina, cuya salida cada tarde se inscribe en el ritmo de la vida local, que en gran medida está signada por el horario de la administración pública.
7. Consideramos que este período es significativo en tanto que es el 6 de mayo cuando se nombran por primera vez a las víctimas fatales en los titulares, marcando una divisoria en la cobertura que comienza desde allí a tematizar mejoras en los diferentes aspectos del hecho.
8. Que puede considerarse como una nominalización: «el avance del agua» por «el agua avanza», y si lo tomamos como un proceso material, su actor/agente es «el agua», pero si lo tomamos como proceso existencial nominalizado pone el foco en la circunstancia: «arrollador».

9. Cabe mencionar un dato del contexto que da cuenta del impacto de las condiciones de producción de las noticias, y es que el periodista que firma las notas de La Nación como corresponsal, es José Bordón, un periodista del staff de la redacción de diario El Litoral.

## Bibliografía

ACHUGAR, M. (1999). *Construcción de la memoria: análisis de la confesión de un represor. Discurso y Sociedad*. Barcelona: Gedisa.

CASTRO, Jorge (2011). *Verdades locas contra impunes mentiras. Inundaciones 2003-2007 en Santa Fe*. Santa Fe: edición del autor.

CELLO, Miguel, Haidar, Julieta y Del Frade, Carlos (2013). *Lo que el Salado sigue gritando diez años después*. Edición independiente no comercial, disponible en línea [www.elgritodelsalado.com.ar](http://www.elgritodelsalado.com.ar)

FAIRCLOUGH, Norman (1992). *Discourse and social change*. London-New York: Routledge.

————— (1995). *Media discourse*. London: Hodder Education.

————— (1999). *Critical discourse analysis. The critical study of language*. London: Longman.

————— (2003). *Analysing discourse. Textual analysis for social research*. London-New York: Routledge.

FOUCAULT, Michel (1987) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

FUSTER, Sergio Luis (2012). *Cuando llegan las aguas. Los inundados de Santa Fe*. Rosario: Editorial Ciudad Gótica.

GHIO, Elsa y María Delia Fernández (2008). *Lingüística sistémico-funcional. Aplicaciones a la lengua española*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral/Ed. Waldhuter.

HALLIDAY, M.A.K. (1982). *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*. México: Fondo de Cultura Económica.

————— (1994) *An Introduction to Functional Grammar*. Londres: Edward Arnold.

HODGE R. y Kress G. (2000). *Lenguaje como ideología*. Buenos Aires: Talleres gráficos de Filosofía y Letras. UBA.

MARTÍN ROJO, Luisa (1996). El orden social de los discursos, en *"Discurso"*, 21-22, México (pp 1-37).

- PAIS, Fernando (2008). *Agua de nadie*. Santa Fe: Ediciones de la Universidad Nacional del Litoral.
- RAITER, Alejandro (2001). *Representaciones sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- SIMPSON, Edward. (2005). *The "Gujarat" earthquake and the political economy of nostalgia*. London: Sage.
- TREW, Tony (1983). Lo que dicen los periódicos: variación lingüística y diferencia ideológica, en Fowler, R. et al. 1983. *Lenguaje y control*. México: FCE.
- VAN DIJK, Teun (1992). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós.
- (2001). La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad, en: Wodak&Meyer (comps.) 2003, *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.
- WAGNER-PACIFICI, Robin (2000). *Theorizing the Standoff: Contingency in Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WALTER, Tony, Littlewood, Jane y Pickering, Michael (1995). Death in the News: The Public Invigilation of Private Emotion. En *Sociology Vol. 29*, Sage Publications.
- WODAK, Ruth (2003). El enfoque histórico del discurso, en: Wodak&Meyer (comps.) 2003, *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.

### **Datos de la autora**

Dra. Ana Aymá | Argentina

Licenciada en Comunicación Social (UNER). Doctoranda en Ciencias Sociales (UNGS/IDES). Docente investigadora en Universidad Nacional de Quilmes. Correo electrónico: anaayma@gmail.com

### **Acerca del artículo**

El artículo constituye una versión ampliada y mejorada de temas desarrollados en ponencias presentadas en el Congreso de Alsfall Montevideo de 2012 y en las XVII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, en septiembre de 2013, en la UNGS.

Fecha de recepción: 11/08/2015

Fecha de aceptación: 10/03/2016





# Cuerpos, lenguajes y poéticas subjetivas

Aportes de la translingüística barthesiana para pensar la experiencia biográfica (y las derivas de la identidad) en clave cultural, educativa e histórica

Juliana Enrico | CONICET-CEA-UNC  
julianaenrico@gmail.com

## Resumen

En el presente trabajo expondremos algunas nociones centrales de la semiología barthesiana relacionadas con la constitución (e imposibilidad) de la subjetividad, a partir de una lectura de la inscripción de intensidades simbólicas (biográficas y educativas) sobre el propio cuerpo. Es decir que intentaremos pensar una particular relación epistémica entre semiología, educación, subjetividad, saber y verdad. Realizamos esta articulación clave desde la perspectiva del Análisis Político del Discurso<sup>1</sup> (que retoma la tradición de la lingüística saussureana a partir de los aportes del post-estructuralismo y de la deconstrucción, fundamentalmente), situándonos en sus lineamientos teóricos y metodológicos transdisciplinarios y en la crítica barthesiana al sistema de sentido de la racionalidad occidental.

Creemos importante analizar los principales aportes conceptuales de Barthes (en el contexto del pensamiento semiológico francés post-estructural) sobre el abordaje de diferentes sistemas significantes indagados desde las luces y sombras del paradigma lingüístico, para intentar una cierta interrogación de diversas dimensiones psíquicas y sociales que configuran históricamente los discursos, la identidad y las lógicas simbólicas de la vida cultural y subjetiva (en lo que se ha denominado la «translingüística barthesiana» y su crítica semiológica al «sistema de clausura» logocéntrico).

A tales fines, abordaremos en especial su momento teórico post-estructuralista, para vincular sus nociones «fantasmadas» centrales en la configuración del sentido

**Cuerpos, lenguajes y poéticas subjetivas. Aportes de la translingüística barthesiana para pensar la experiencia biográfica (y las derivas de la identidad) en clave cultural, educativa e histórica**  
Bodies, Languages and Subjective Poetics. Contributions of Barthesian TranSLinguistic to Think the Biographical Experience (and the Excesses of Identity) in Cultural, Educational, and Historical Key

Páginas 97 a 119 en: *Del prudente saber y el máximo posible de sabor* | N° 9, 2017 | ISSN: 1515-3576

—tales como cuerpo, experiencia, texto plural, valor, significancia, diferencia, imaginario, *punctum*, semiografías, biografemas, rasgos, entre otras— con nociones centrales de la perspectiva teórica del Análisis Político de Discurso —tales como significante vacío y punto nodal, en Laclau y Mouffe; *point de capiton*, en Lacan y Žižek; *différance* y huella en Derrida—.

Desde esta mirada transdisciplinaria que toma sus elementos analíticos fundamentalmente de la semiología postestructuralista, del psicoanálisis lacaniano y de la teoría política postmarxista —mediante un posicionamiento filosófico post fundacional— intentaremos pensar la constitución de la subjetividad en tanto experiencia educativa (o inscripción biográfica de saberes y des-conocimientos vitales), analizando cómo la propia historia del sujeto puede ser repensada y resignificada en relación con estos conceptos teóricos que no son solo interpretaciones del mundo, sino, como lo sostiene Barthes, «una historia implicada en el propio mundo vivido».

**Palabras clave:** translingüística barthesiana, subjetividad, imaginario, biografemas

## Bodies, Languages and Subjective Poetics

### Contributions of Barthesian Translinguistic to Think the Biographical Experience (and the Excesses of Identity) in Cultural, Educational, and Historical Key

#### **Abstract**

In this paper, we will discuss some central notions of barthesian translinguistic related to the constitution (and impossibility) of subjectivity, from a reading of the inscription of symbolic intensities (both, biographical and educational) on the body. We will try to consider a special epistemic relationship between semiology, education, subjectivity, knowledge and truth. This key connection is made from the perspective of Political Discourse Analysis, which incorporates the tradition of saussurean linguistics, and is mainly based on contributions from post-structuralism and deconstruction. We will focus on its theoretical and methodological trans-disciplinary guidelines and barthesian criticism to sense system of Western rationality.

We believe it is important to analyze Barthes' main conceptual contributions, in the context of post-structural semiotic French thought, to approach the different signifying systems investigated from the lights and shadows of the linguistic paradigm. With this background in mind, we attempt to question various psychic and social dimensions that historically made up discourses, identity, and symbolic logic of cultural and subjective life, in what has been called the «barthesian translinguistics» and its semiological critique of «closed system» logocentrism.

To this end, we will particularly address the post-structural theoretical moment, to link their central «ghosts» notions in the shaping of the social sense —such as experience, plural text, value, significance, difference, imaginary, *punctum*, semiography, biographèmes, and traits—, among others, with central notions of the theoretical perspective of Political Discourse Analysis —such as *empty signifier* and *nodal point* in Laclau and Mouffe; *point de capiton* in Lacan and Žižek; *différance* and *trace* in Derrida—.

This is a transdisciplinary view that derives its principle analytical elements from poststructuralist semiology, lacanian psychoanalysis and post-marxist political theory, through a post-foundational philosophic positioning, we try to consider the constitution of subjectivity as an educational experience (or biographical inscription about knowledge and the lack of vital knowledge), analyzing how the history of the subject can be rethought and new meaning can be given in relation to these theoretical concepts that are not only interpretations of the world, but, as argued by Barthes, «a story involved in the world itself lived».

**Keywords:** barthesian translinguistic, subjectivity, imaginary, biographèmes



## Cuerpos, lenguajes y poéticas subjetivas. Aportes de la translingüística barthesiana para pensar la experiencia biográfica (y las derivas de la identidad) en clave cultural, educativa e histórica

«El ser que espero no es real».

Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*

### **La sutileza semiológica: una lectura (escritura) del mundo como texto infinito**

Roland Barthes (semiólogo francés de la segunda mitad de siglo XX) es un analista de la producción social de la realidad en tanto intensidad relacional que implica un cierto *logos* (o racionalidad) y un cierto exceso (o irracionalidad), cuya relación no supone la lógica de un dualismo inteligible sino en todo caso un desplazamiento o una no coincidencia permanentes que toman la forma perturbadora del suplemento derrideano<sup>2</sup>, o de lo imposible. Desde este cruce teoriza el sentido —siguiendo en su analítica discursiva la teoría lacaniana del signo y la lógica del significante— como la articulación de (1) una instancia simbólica, (2) una instancia imaginaria o fantasmal, y (3) un excedente de significaciones que circulan en el espacio infinito de la significancia (Barthes, 1986, 2009a; Kristeva, 1981).

Al indagar sus diferentes momentos teóricos en el contexto del pensamiento francés de la segunda mitad del siglo XX, y sobre todo en relación con el pasaje del estructuralismo al post-estructuralismo en las ciencias sociales, nos interesa puntuar en particular sus principales aportes al campo de los estudios «translingüísticos», analizando sus diversas *semiografías*<sup>3</sup> vinculadas con los objetos y mitos de la cultura: la literatura, la fotografía, la pintura, el teatro, el cine, el espacio social, la ciudad, los cuerpos, en tanto *textualidades*; estudio que Barthes despliega no en el sentido de «un método» sino de lo que define como «una cultura» (o *paideia*) que deviene como *diferencia* en el tiempo y en el espacio.

Desde tal perspectiva, realiza una fundamental operación teórico-

metodológica al ubicar en el centro de la escena analítica el valor epistemológico de lo diferencial, lo fantasmado, el detalle, lo discontinuo, lo afectivo, lo «punzante», por sobre todo efecto de naturalización, esencialismo, homogeneidad, instrumentalidad, literalidad, necesidad y neutralidad de las significaciones científicamente y socialmente consagradas como universales (*i.e.* la lógica de la episteme occidental; el espacio estriado o sedimentado; la historia monumental; la «Doxa»; la ideología «burguesa»)<sup>4</sup>.

El camino teórico barthesiano (en su lectura del sentido como puntuación, marca, estigma o escritura) se acercaría, en las formulaciones deleuzianas, a la noción de un viaje bajo la figura espacial de una línea abierta a la multiplicidad, la diseminación y el nomadismo, contra todo punto sedimentado como verdad, principio, fin o unidad. Barthes nombra a este camino (o dis-cursus) como una *aventura* semiológica, en el sentido de «lo que *adviene* del significante» al configurar todo recorrido interpretativo y vital; escenificando el desplazamiento del sujeto como la forma de su verdad, más que su expresión (*cf.* Barthes, 1993: 10-11).

En sus Seminarios del Collège de France<sup>5</sup>, sugiere a sus estudiantes (en este enclave de la intelectualidad parisina contemporánea) el trabajo de análisis de «rasgos» y «naciones fantasmadas» para poner en escena la imaginación o «el sueño en voz alta» de una investigación permanente en torno del sentido<sup>6</sup>. Es decir: de «un arte de vivir» o *esthesis* que lo obsesiona en relación con las transformaciones de su tiempo histórico (en el ambiente del mayo francés) y en relación con el momento post-estructural de sus propias teorizaciones, atravesado por intertextos que lo llevan a cambiar de objeto.

En este camino pasa del estudio de los sistemas de signos y paradigmas literarios «clásicos» (sobre todo de los grandes autores de la cultura francesa) al estudio de los lenguajes de las vanguardias artísticas y estéticas, retornando finalmente a una lectura apasionada (trans-textual y deconstructiva)<sup>7</sup> de los clásicos, en la que pone en crisis las formas simbólicas canónicas mediante una interrogación profunda de la dimensión fantasmal de todo discurso. Sin dudas está en juego, en su modo de pensar y en su modo de vivir su propia experiencia cultural e intelectual, la transformación política misma de los

signos y valores del mundo en el contexto de emergencia de una nueva subjetividad epocal (post-moderna o contemporánea).

Al dar apertura a su lección inaugural sobre la enseñanza fantasmática, insiste en iniciar las investigaciones de cada año a partir de una figura espectral, y en este caso se sitúa en la relación entre la ciencia y los fantasmas (o entre ciencia e imaginario) de acuerdo con la concepción del siglo XVIII («pre-científica», según los criterios de sentido del canon moderno) analizada por Bachelard en *La formación del espíritu científico*. Pero en un primer gesto de reconocimiento y diferenciación, Barthes cuestiona la separación moral bachelardiana que pretende la supresión del orden fantasmático, imaginario o metafórico, al interior del discurso de esta nueva científicidad. Más que por «decantación» del fantasma —dice— la ciencia funciona por la «sobreimpresión» del fantasma (de la lengua, de la memoria, de la historia) que es el origen mismo de toda cultura y de todo sentido.

Es decir que, contrariamente a analizar lo fantasmal como anverso o negación de un contrario racional o lógico, el fantasma significa una pura positividad (en tanto produce efectos específicos de significación), al poner en escena la intensidad del deseo (o sea: la realización misma que engendra una diferencia, en el sentido nietzscheano de *fuerza o irrupción de lo intempestivo*, introduciendo una alteración en el curso del tiempo, y afirmando por tanto al «ser» como el relato de una permanente transformación).

Barthes piensa de este modo lo imaginario (objeto de una construcción fantasmagórica que no debe, por tanto, confundirse con una abstracción o sombra irrealizable) como la utopía que arraiga siempre en un cierto cotidiano que constituye la propia experiencia (2003: 47). Se acerca fundamentalmente, en tal sentido, a las nociones lacanianas.

Esta construcción mítica es figurada como «la imaginación del detalle» que nos permite el «Vivir-juntos», dice Barthes en su Seminario. El vivir-juntos es el mito en estado puro de la comunidad armoniosa, ya que muestra esas permanentes, mágicas e irreconciliables ambigüedades del sujeto (que necesita ser reconocido y reconocerse en un espacio social, es decir: que necesita del otro para vivir, al tiempo que desea permanecer en su soledad,

imperturbable). Tal situación implica una relación de armonía sin dudas utópica, «novelesca», ante la cual imaginamos siempre una convivencia comunitaria al estilo de la clásica (supuesta e ideal) escena familiar normal<sup>8</sup>. Pero esta utopía de armonización (*i.e.* la construcción mítica u horizonte de plenitud en Laclau y Mouffe, 1987) aunque ontológicamente es imposible siendo que el conflicto y la diferencia son constitutivos de la identidad, es lo que, dado su soporte suplementario, fantasmal o imaginario, hace posible todo espacio concreto de convivencia (óntico, simbólico, tópico, cultural).

En esta «des-armonía» necesaria que significa el vivir-juntos, aparece evidentemente el problema de la fantasía de la «contemporaneidad» (y no sólo el de la habitabilidad común del espacio); o bien el problema de cómo vivir en un mismo tiempo con otros, que lleva siempre a la aparición de la paradoja del cruce entre lo contemporáneo y lo intempestivo o in-actual (entre lo conviviente y lo «intratable»), e implica la elaboración de una «ética del espaciamento» como forma vital central.

En tal sentido, un fantasma es «un retorno de deseos, imágenes, que merodean, se buscan en nosotros, a veces toda una vida, y a menudo sólo cristalizan gracias a una palabra»<sup>9</sup> (Barthes, 2003: 48). El deseo, por tanto, trama e inscribe la narración de un aprendizaje del cuerpo y de la escritura.

Barthes piensa en tal escenario las relaciones subjetivas a partir de una necesaria distancia ética que permite la convivencia (siendo que todo enfrentamiento con otro es perturbador, y por tanto la sutileza o la delicadeza del distanciamiento, o el espacio en que el sentido tiene lugar en el tiempo, es lo que nos posibilita el vivir-juntos)<sup>10</sup>.

Tal enfrentamiento es un «fantasma de vida», dice, una *idiorritmia* (en tanto movimiento propio o particular, que necesariamente debe tener una trama irregular o inestable para significarse o percibirse como una forma distintiva en su propio fluir; es decir: como forma transformable cuyo «fluimiento» es intersticial, y me separa de los otros al tiempo que me une a mi comunidad; me diferencia al tiempo que me iguala con los otros). Esta ética de las distancias constituye mis propios biografemas, mis relaciones e inscripciones: «la vida como texto».



## **El sentido: «espaciamento» y diferenciación. Ética y estética de la experiencia**

Veamos un ejemplo de esta ética del espaciamento y de las distancias (que por otro lado constituye toda una conceptualización sobre el sentido en tanto temporalidad). Al analizar en *Barthes por Barthes* (1997) la casa de su infancia en Bayona, al sur de Francia, Barthes menciona una ideografía o semiografía<sup>11</sup> de tres espacios en los que se dividía el jardín familiar de la casa de provincia de sus abuelos: el ingreso limpio y neutro del frente, límite de cara a la calle o a la exterioridad de la ciudad; una zona central más doméstica, privada y personal; y un fondo más bien oscuro, casi impenetrable, salvaje e invisible. Estas divisiones espaciales simbolizaban consecutivamente: 1) una cierta moral burguesa (valor social o de clase, territorio de contacto y a la vez de separación con la mirada del mundo externo, que representaba la sociabilidad de los adultos: «espacio proustiano»); 2) el propio ambiente familiar (o la extensión de la estética del espacio privado, doméstico, hacia su exterior social inmediato) con sus flores, sus tejidos por la tarde, y una predominancia femenina; 3) y la intimidad, el alma o el sexo (espacialidad de lo íntimo, del descubrimiento, donde circula todo tipo de fantasías sin límites, de pasión, de crueldad, de oscuridad, de amor, de libertad... de futuro). Sarro (1981) lee en esta clasificación barthesiana de los espacios del jardín una *topología literaria*: social, doméstica, salvaje y carnal.

El sólo análisis de este escenario nos permitiría descifrar toda una ideología de la vida cotidiana (y de la división social del deseo) en sus diferentes dimensiones afectivas. En tal horizonte propone Barthes el estilo intenso de su lectura<sup>12</sup> como método de desciframiento, en el cruce de figuras sociales y pasionales (cfr. Barthes, 2002: 178).

Este tipo de relaciones que organizan la intersubjetividad son «formas sutiles del género de vida» que producen «una soledad interrumpida» bajo cierto régimen de regularidad, creando un «abismo en suspenso» que significa la paradoja, la contradicción o la aporía de una puesta en común o de un «pathos» de las distancias (cfr. Barthes, 2003: 49), de acuerdo con la concepción nietzscheana, que afirma a la vez lo semejante de una comunidad

humana y lo distinto de cada sujeto en su soledad. La necesaria vinculación con una exterioridad (que marca mi incompletud al tiempo que hace posible mi identidad) es una instancia que me aleja de toda posibilidad de unidad e identidad final y de toda permanencia, estabilidad o plenitud, al tiempo que me permite la existencia y el sentido (originados en el espacio del lenguaje, es decir, en el contexto de determinada simbología necesariamente social).

En esta clave, toda «arquitectura de poder» de las formas de convivencia y habitabilidad (o *schema*, como forma fija o estructural) es «declaradamente hostil a la *idiorritmia*», al cancelar con su *timing* ritmado, repetitivo e inamovible la libertad o el propio movimiento de todo aquello que no es o no significa el todo (y que implica el principio de su diferencia, es decir: de una necesaria no-coincidencia o transformación del sujeto y de la sociedad en la que convive).

Así, es necesario analizar las regularidades que «imponen» la historia y la comunidad o el sistema social, pero fundamentalmente todo rasgo discursivo propio, irregular y diferencial (de las distancias y de los espacios), no sucumbiendo al mito de la superficie de las cosas y de las relaciones subjetivas y sociales aparentes (como «envolturas lisas» que ocultan la división, la diferencialidad y la inminencia de todo lo nuevo y distinto).

Mediante tales conceptualizaciones, Barthes postula un posicionamiento filosófico que se opone a las formas canónicas (subjetivas e institucionales) del pensamiento científico occidental (predominantemente universalizantes, empíricas, positivas, racionales, conscientes, cognoscibles)<sup>13</sup> y a sus derivaciones identitarias estructurales (accesibles a la representación) al pensar esta ontología fantasmal y pasional de los objetos culturales y de los objetos de conocimiento que siempre son pensados por un sujeto en un cierto contexto, como «paisajes» que implican una escena, un lugar, y la especificidad de una diferencia que aparece en el contacto con su exterior o con la alteridad y ajenidad, en sus separaciones o en sus márgenes; siendo esta relación abierta, no previsible, inacabada e infinita. Afirma, de este modo, que el lenguaje como forma (lejos de centrarse en la instrumentalidad, la comunicación, la legibilidad y la reiteración) debe sostener su carácter revolucionario, subversivo, transformador y diferencial, abriendo su espacialidad simbólica.

Desde la perspectiva de estas nociones fantasmadas (o imaginarias) pensaremos la concepción del sujeto en Barthes, a partir de sus revisiones del modelo del signo en Saussure. Tal elaboración le permite postular toda identidad como relacional, diferencial y opositiva, postulando a su vez el origen negativo del sentido (que no surge a partir de positivities preexistentes sino a partir de elementos que por sí mismos y en soledad no significan nada y no son siquiera pensables).<sup>14</sup>

Al incorporar a sus teorizaciones los aportes de los estudios lingüísticos saussureanos y post-saussureanos (Saussure, Hjelmslev, Jakobson, Greimas) y del psicoanálisis lacaniano (Lacan, Kristeva), Barthes extiende analíticamente tal relacionalidad —forma significante fundada en la negatividad y en la diferencia— a todo sistema de significación. Piensa el sentido, por tanto, desde el horizonte del paradigma lingüístico, sin agotar la extrañeza de las lógicas de otros sistemas semánticos y simbólicos (intraducibles e inefables —por principio— entre sí, e irreductibles a las relaciones de conceptualización de la lengua).

Dadas estas aproximaciones al estudio de la significación, Barthes sostiene que el sentido está vivo, es decir, abierto a transformaciones y adaptaciones metafóricas, pero no en la forma de la profundidad sino en la forma de un estallido (*cfr.* Barthes, 2003: 183). Por lo cual todo lo que llega a significar algo socialmente puede ser vivido en diferentes instancias subjetivas; por ejemplo, como «Realidad» (*i.e.* red semántica normalizada: en el caso del espacio educativo, la propia memoria pedagógica inscripta simbólica, social e históricamente, en la relación transferencial del maestro con sus alumnos); «Des-realidad» (*i.e.* experiencias de mística y psicosis<sup>15</sup>: un delirio mesiánico sobre la transformación cultural total de una comunidad o grupo mediante un sacrificio colectivo, en función de una salvación terrenal o espiritual); «Irrealidad» (*i.e.* fantasía, neurosis: el mito de un saber pleno y sin fisuras, «fálico» —el sujeto supuesto saber en Lacan— que hace posible toda relación pedagógica al entregarse a una Imagen que eclipsa y soporta la realidad idealmente). Circula así el sujeto en sus matices entre la normalidad, la locura y el horizonte de la felicidad, en su experiencia del mundo.

Esta forma de vivir la inscripción de la existencia (con sus intensidades, sus énfasis y desplazamientos) es, por supuesto, una construcción semiótica específica. Y como tal intentaremos pensar, a la luz de los aportes barthesianos, determinadas formas de elaboración de la subjetividad en tanto escritura (pedagogía o huella) de la propia historia.

### **El espacio de la significancia y las articulaciones de la subjetividad**

Como lo afirma Barthes (1990), «la identidad de los signos constituye un hecho de lengua», es decir, debe atravesar el espesor del lenguaje e inscribirse simbólicamente o culturalmente de cierto modo (como nombre, objeto, imagen, corpus, estética, estilo de vida). Por tanto, dice, «el lenguaje es en cierta medida lo que *divide* lo real» (*i.e.* lo político), y el sentido es esencialmente división, producto de un recorte de la identidad por diferenciación con todo signo exterior.

Distinguiendo «lo político» de «la política», define a lo político como un orden fundamental de la historia, del pensamiento, de la realidad. Es la dimensión misma de todas las cosas. La política, por el contrario, consiste en el momento en que lo político es convertido en un discurso de la repetición. En tal sentido, Barthes se obsesiona por un modo de presencia de lo político en todo discurso (como constitutivo de toda identidad) que se aleje de las reiteraciones y agresiones del lenguaje, implicando incluso el conflicto y la incomodidad de una «dificultad de hábitat» ante la no-adequación a la violencia de los consensos (*cfr.* Barthes, 1981: 226-228). Desde esta perspectiva, la teorización barthesiana sobre la significancia y la dimensión de lo político en la configuración de la subjetividad, se acerca a la concepción laclauiana del campo general de la discursividad, y a la ontología de lo político en las prácticas constitutivas de la identidad.

Siendo entonces que el carácter performativo de la nominación (la especificación de un nombre, una forma, un sentido, un concepto, articulados a determinado campo discursivo) es una precondition para toda relación política de hegemonía y para toda configuración de sentido, el lugar vacío constitutivo del *locus* del sujeto (Laclau y Zac, 2002) es igualmente una

precondición para la existencia de toda práctica discursiva e identitaria<sup>16</sup>.

Laclau (1987) postula que estudiar las condiciones de existencia de una cierta identidad social es equivalente a estudiar las *relaciones* y formas políticas (de inclusión y de exclusión) que la hacen posible. Es decir que no debemos partir del análisis de positividad, sino de la relacionalidad misma entre instancias diferenciales que en su contacto adquieren recién sentido o valor (no siendo significativamente preexistentes a la relación discursiva).

En toda configuración social encontramos un campo de identidades relacionales provisionales y temporales, en el que diversos elementos «culturales», «económicos», «políticos», «educativos», «artísticos», «ideológicos» se vinculan de forma más o menos estable según la capacidad identificatoria y articuladora de estos espacios discursivos en diversos momentos históricos de mayor o menor perdurabilidad y permeabilidad. Cuanto más estables son las identidades asociadas a cierta esfera de valor, mayor es la capacidad hegemónica del discurso que articula tales identificaciones. Pero siempre permanece una fuga posible del sujeto hacia transformaciones y vínculos impensados.

### **Los principales aportes de la «translingüística» barthesiana: rupturas de la identidad en la crítica semiológica a la racionalidad occidental**

Recordemos finalmente, para insistir en sus principales aportes, que Barthes inaugura una serie de problematizaciones epocales (científicas y socio-históricas, transdisciplinarias y transdiscursivas) en las que sus estudios sobre la connotación resultan fundantes al realizar una crítica teórica y social a las lógicas de sentido universalizantes y a los discursos hegemónicos (sedimentados o «naturalizados» culturalmente) impuestos desde lo que denomina «el sistema de clausura» de Occidente sobre el mundo.

Esta nueva analítica de la significación propone deconstruir toda cristalización imaginaria, «hiriendo» la superficie de los textos e identidades mediante el análisis de sus relaciones, formas o procedimientos significantes en las tramas del intertexto social y en el roce entre lenguajes (cfr. Barthes,

2002: 136), incluyendo la puesta en crisis del suplemento de «verdad» que toda obra y toda imagen intentan capturar y representar.

Desde tal exploración, analiza fundamentalmente sistemas de textos literarios (Sade, Loyola, Fourier, Balzac, Proust, centrándose en los «clásicos» de la cultura francesa mientras profundiza sus lecturas teóricas del psicoanálisis, la lingüística, Marx, Sartre, Blanchot, Bataille, Merleau-Ponty, Derrida; se convierte entonces en un crítico de las vanguardias mediante un retorno a las rupturas del lenguaje de los clásicos) y sistemas de objetos-signos culturales como la imagen visual, la voz y la escritura en su espesor o textura (como *locus* del cuerpo o como *fading* subjetivo), los nombres, el teatro de Brecht y el de Artaud (viviendo la aventura intelectual y artística del *Berliner Ensemble* brechtiano), las configuraciones socio-históricas del campo y de la ciudad, la fotografía, el cine, la pintura, la poesía, la publicidad, los mitos de la cultura, el sistema de la moda, los rituales y ritmos corporales, lo fantasmal o fantasmado, los lugares o tiempos vitales, los territorios y las distancias, la extranjería, el *timing* de la *idiorritmia*, la cultura oriental, los alimentos, la sexualidad, las escuchas eróticas, los silencios del lenguaje, las escenas amorosas, el principio de delicadeza sadiano, los sistemas académicos, la enseñanza fantasmática, los sistemas significantes plurales, el estilo subjetivo (*ductum*) de la escritura, la herida significativa (*punctum*) de las imágenes, los textos de placer (legibles: del orden de la identidad y de la afirmación) y los textos de goce (abismales: del orden de la diferenciación y de la negatividad; textos que perturban y transforman o desquician la identidad), el significante como «piel» en sus diferentes texturas, expresiones y articulaciones en el espacio de la significancia... Todo en relación con la práctica semiótica y social de «sostener un discurso», es decir: la propia subjetividad en tanto enunciación espaciotemporal, historia de afecciones y de pasiones.

En todo este recorrido aparecen dos aportes epistemológicos fundamentales de Barthes en relación con el campo de los estudios semiológicos. Por un lado, la afirmación de su «translingüística» en términos metadiscursivos o analíticos en articulación con todas las ciencias y los saberes que pasan necesariamente por el filtro del lenguaje (su continuación

—a modo de inversión— del saussurismo, y su radicalización del giro lingüístico). Por otro lado —en esta misma afirmación— el gesto de su crítica ideológica a los mitos de la cultura, los que naturalizan sus sistemas de sentido cerrándose sobre sí mismos en el despliegue de las denotaciones y connotaciones establecidas desde el primer momento del nombre como identidades naturales, universalizantes y necesarias (escena fundamental que es recortada por el valor que emana de los discursos centrales del régimen de sentido —la clausura— que sedimenta en la historia su verdad y su ley).

Desde esta perspectiva, Barthes formula una crítica a la metafísica del origen y de la presencia (*i.e.* la lógica de pensamiento que ha imperado en Occidente) en relación tanto con la escritura como «inmanencia» como con el sentido en tanto «formalización» (evidente, cognoscible, develable) dada o supuesta en la superficie de todo texto y en el acceso directo a su mítica profundidad.

Afirmando su ética semiológica, nos deja la herencia de su propia historiografía en la forma misma de la verdad de su escritura. Contra todo relato «esperado», cuando menciona entre sus *anamnesis* o recuerdos de infancia (1997) las prácticas escolares más significativas en su historia pedagógica, las mismas se vinculan con momentos no centrados en el orden del contenido o del currículum sino en cierta transferencia afectiva y en cierta enseñanza sensible (espaciada, abierta, llena de tiempo) de la reflexión sobre el mundo que recibió de algunos de sus maestros y maestras como forma de educación y como forma de vida, incluso ya no en el espacio «provinciano» sino en el espacio «cosmopolita», de elite, del Lycée de París.

Estas inscripciones sensibles articulan su experiencia vital, vinculando constitutivamente la dimensión educativa con las dimensiones afectiva y estética como espacios centrales de configuración de su subjetividad. Ya en su adultez, reiterará este tipo de relacionalidad (este necesario «desplazamiento» entre la institución, el sexo, el fantasma y la utopía) en la forma misma de enseñanza de sus Seminarios.

Sobre este espacio, sostiene: «De lo que se trata en el seminario es de las

relaciones entre el saber y el cuerpo. Así cuando se dice que hay que poner los conocimientos en común, se trata de erigir también un frente común contra la muerte» (Barthes, 1986: 399)<sup>17</sup>.

En los biografemas barthesianos vemos inscribirse proustianamente «la tenuidad del recuerdo», su valor subjetivo de anamnesia (o espaciamento) que implica una pausa y un cierto olvido para encontrar la intensidad tenue de un gesto en el que podemos situar una densa posibilidad semiológica y una enseñanza cultural profundas. Esta lectura de las intensidades afectivas transforma la linealidad del tiempo, la evidencia de los cuerpos, de la historia, del destino.

De mi pasado, es mi infancia lo que más me fascina: sólo ella, al mirarla, no me hace lamentar el tiempo abolido. Pues no es lo irreversible lo que en ella descubro, sino lo irreductible: todo lo que está todavía en mí, por accesos; en el niño, leo a cuerpo descubierto el reverso negro de mí mismo, el tedio, la vulnerabilidad, la aptitud para las desesperaciones (afortunadamente plurales), la conmoción interna, cercenada desgraciadamente de toda expresión. (Barthes, 1997: 35)

Barthes piensa que las cosas intelectuales se parecen mucho a las cosas del amor. E imagina y teoriza en un mismo «espacio», por tanto, lo intelectual y lo amoroso, allí donde se define una «ética» subjetiva. De este modo tematiza e historiza (en la forma de la escritura biográfica) una profunda problematización del control erótico del cuerpo, «piel y lenguaje», en sus vibraciones ante su exterioridad. Lo poético es, justamente, este «desbordamiento» o suplemento del sentido: una sutileza sensible del sentido, de las relaciones, del lenguaje, del sujeto.

Como lo analiza Laclau (2009), el afecto es una relación constitutiva de los lazos sociales que, lejos de instituir la posibilidad de conceptualización analítica del objeto social como una formación discursiva homogénea e inteligible, nos permite indagar las relaciones y articulaciones mismas entre sus componentes heterogéneos, irreductibles e incluso indecibles, en la exploración de las lógicas de la equivalencia y de la diferencia (Laclau, 2009; Laclau y Mouffe, 2006).



En las teorizaciones de Freud el lazo social es de naturaleza libidinal, y en tal sentido Laclau otorga una centralidad teórica a esta exploración de la dimensión afectiva de las relaciones sociales y políticas, las que no pueden ser finalmente nombradas nunca como algo pleno o final (en tanto constituyen un exceso irreductible a la razón o al pensamiento).

Desde este horizonte introduce la noción de antagonismo como el límite mismo de lo social, o aquello que marca su radical imposibilidad: la falta en la estructura o el rodeo del significante como símbolo de una ausencia ante un real insimbolizable.

Este «exceso peligroso», este *outside* (Laclau, 2009; Buenfil, 1994, 2000) que cuestiona toda concepción de una sociedad y de un sujeto racionales y en última instancia cognoscibles, que irrumpe desde la contingencia para dislocar el orden simbólico, se afirma al mismo tiempo como instancia constitutiva de todo espacio subjetivo y comunitario; y toda relación social, por tanto, muestra esta inconmensurable apertura que imposibilita su cierre y su plenitud (es decir, cuya identidad constituye una permanente transformación —incidental— frente a la ley, lo instituido, lo esperado socialmente).

En relación con las teorizaciones de Derrida (fundamentalmente con sus nociones de texto, huella y *différance*; 1989, 1995, 1999) algo del orden de lo radicalmente incognoscible debe permanecer inabordable, porque la «verdad» o el secreto, el enigma, lo que la cosa viene a dar (el don) no es del orden fenoménico (una presencia) ni simbólico (un sentido) sino del orden de un ser que al *advenir* (como condición de su estado inminente) nunca «es» en el sentido de un existente definible y total, sino como deriva. En este gesto se afirma una diferencialidad radical del texto, cosa, objeto o sujeto en tanto superficie de inscripción que no termina nunca de inscribirse o de simbolizarse. Es decir que una «verdad» plena o final lo anularía, significando su exterminio (inicio o destino) o el sacrificio de su existencia histórico-significante.

Estas metáforas sacrificiales (o imposibilidad constitutiva) nos permiten pensar la densidad y la materialidad del sentido que recorta, cristaliza y ordena las semejanzas y las diferencias, el propio aprendizaje de la vida en su

inteligibilidad y en su des-conocimiento, lo posible y lo imposible, lo pensable y lo impensado, asignándoles a las cosas un lugar que las vuelve nombrables —es decir, existentes semióticamente ante el mundo— pero cuyo nombre o imagen es apenas un indicio, una huella... el gesto insistente y apasionado de una identidad que intenta afirmarse frente a su propio abismo, y que en esa afirmación inscribe la discursividad de su propia historia, como un conjuro contra su fragilidad.

## Notas

1. Elaboramos y expusimos un avance de este escrito en el marco del Seminario Anual permanente del Programa de Análisis Político del Discurso e Investigación (DIE Cinvestav; FFyL-UNAM), México, espacio dirigido por la Dra. Rosa Nidia Buenfil Burgos.

2. Agradezco profundamente la generosa y valiosísima lectura de este texto, y las sensibles observaciones sobre este punto, del Dr. Alberto Giordano (CONICET-UNR, Argentina). Giordano menciona a la luz de los aportes barthesianos que, lejos de quedar en el borde de una lógica de la complementariedad, el «exceso» no podría designar ninguna «irracionalidad», porque no se opone a lo racional, sino que justamente «lo excede» desde su interior mismo. En todo caso, reflexiona, manifestaría «lo otro de lo racional», lo que éste desconoce de sí mismo para poder clausurarse.

3. Más que un «método» semiológico, Barthes plantea diferentes escrituras sobre diversas materias y sistemas significantes. Su aporte teórico, por tanto, no puede definirse estrictamente como un método, sino como el espacio de ciertas claves culturales de lectura y de sentido (en el marco de un posicionamiento filosófico y político que denuncia las formas interpretativas universalizantes e instrumentales consagradas por el pensamiento científico occidental y por la ideología burguesa). De acuerdo con su perspectiva translingüística, es necesario reconocer al sentido en tanto valor que revela el temblor o la «vibración semántica» de todo objeto cultural (Barthes, 2009a) postulando toda configuración objetiva o subjetiva como necesariamente abierta, plural y «diferencial» (respecto de su contexto y respecto de sí misma), en tanto instancia atravesada de imaginarios, pasiones y utopías, es decir, de una multiplicidad de posibles semantizaciones, desplazamientos, efectos y afectos.

Al especificar y redefinir históricamente los conceptos analíticos fundamentales de la lingüística (como modo de abordaje de todo problema lingüístico y cultural) Barthes afirma en *Elementos de Semiología*, citando una definición de Granger: «Un concepto no es, seguramente, una cosa, pero tampoco es solamente la conciencia de un concepto. Un concepto es un instrumento y una historia, es decir, un haz de posibilidades y de obstáculos implicado en un mundo vivido». (Barthes, 1990: 20). Así produce las escrituras (o semiografías) de sus diversos momentos teóricos: el de *Mitologías*, su «deslumbramiento» por el lenguaje y por los discursos; el de *Elementos...*, su

segundo período «estructural», «gramatical», «científico»; y su tercer momento que podríamos llamar «post-estructural» o «textual», donde se sumerge en la práctica significativa del texto (y de toda práctica social) como siempre infinitamente diferente. Ver este análisis en Barthes, 1990.

4. El semiólogo tiene la responsabilidad, sostiene Barthes, de demostrar las formas en que se naturalizan lo histórico, los signos, la ideología, denunciando la universal semantización de los usos mediante los cuales las sociedades invisten y legitiman sus sentidos. Es preciso desquiciar al signo mismo y realizar una crítica permanente del orden simbólico (cfr. Sarlo, 1981).

5. Barthes ingresa en 1960 a la *École Pratique des Hautes Études* como Director de Estudios, mediante el apoyo de Braudel, y en 1962 dicta su primer Seminario sobre «Sociología de los signos, símbolos y representaciones». En 1976, ya con 62 años, ingresa al *Collège de France* como catedrático de Semiología Literaria, mediante la invitación de Foucault.

6. Seguimos este análisis en Barthes, 2003b (prefacio a la edición en español de A. Pauls).

7. Giordano aporta al respecto la siguiente precisión: algo que Barthes dice en *Incidentes* mientras lee las *Memorias de ultratumba*, en referencia a cómo lo aburren los textos vanguardistas que tiene que leer por compromisos editoriales o personales, instalando la siguiente duda (afirmación): ¿no será que los modernos –refiriéndose a los textos de vanguardia– se han equivocado? Recordemos que los últimos textos de Barthes tratan sobre Proust y Stendhal, que el último seminario está dedicado a Proust (y *S/Z* a un texto de Balzac, y los *Nuevos ensayos críticos*, a Flaubert y Loti, entre otros). Lo que hay, indudablemente, es una perspectiva no tradicional de leer a los clásicos, que tiene puntos de contacto con algunos principios de las estéticas de vanguardia.

8. Una historia sin fisuras, sin faltas, sin excesos, plena: conjuro contra todo horror exterior. Esta es una relación necesaria y a la vez imposible, porque donde hay plenitud ya no hay palabras, ni sentido, al desaparecer toda diferenciación. Por eso Barthes afirma la importancia de sostener el fantasma de la armonía como construcción utópica que hace posible la convivencia, para compensar los abismos entre el vacío subjetivo y el exceso de sentido (inaprehensible) que significa toda exterioridad –relación que permea todo lazo identitario–.

9. Esta palabra que organiza y concentra el sentido en un contexto discursivo determinado (palabra que tiene la función de un «significante mayor», también nombrada como «signo vacío» o «grado cero» en Barthes, 1981, 2002), condensa la articulación de las significaciones de la propia existencia. Tal cristalización (i.e. el orden simbólico) induce por tanto a la exploración del fantasma (i.e. lo imaginario) y de las irrupciones de lo real que le dan forma al sujeto. Aquí sin dudas las conceptualizaciones barthesianas se acercan a las nociones de significativo vacío y punto nodal en Laclau y Mouffe (1987); y también al *point de capiton*, la metáfora paterna o el Nombre-del-Padre y el significativo fálico en Lacan (1983, 2008).

10. El arte de vivir se asocia para Barthes (fascinado por la diferencialidad de la cultura oriental, y fundamentalmente por Japón y el exotismo de su sistema simbólico, que aborda en particular en *El imperio de los signos*) con «una estética... asiática de la distancia, de la discreción, de un cierto vacío y al mismo tiempo de una sensualidad fina: el principio de delicadeza enunciado por Sade...» (Barthes, 1981: 238).

11. Es decir: una escritura o inscripción de determinados valores (que implican una elección y

una acentuación), y que por tanto organizan, centralizan y fijan parcialmente el sentido sobre el propio cuerpo y sobre la propia historia.

12. Mirar las cosas radicalmente es un suplemento de intensidad que Barthes considera fundamental en la mirada del analista y del artista, y que constituye una ética semiológica. Con motivo de una premiación a Antonioni realizada en Bolonia en 1980, Barthes publica un ensayo denominado «Querido Antonioni...» en *Cahiers du Cinéma*. En este texto sostiene la importancia política de afirmar la centralidad de determinados valores subjetivos y sociales, tales como la exploración y la percepción sensible de lo nuevo que nos presenta la propia historia; el cuidado con el que se retrata o representa la propia época (una «vigilancia amorosa» de quien procura «percibir el mundo nuevo en unos puntos precisos»); la sabiduría, la sutileza y la fragilidad. Es decir: no confundir nunca el sentido con la verdad, sospechar del realismo, abrir el sentido a la incertidumbre, reinstalar la crisis del sentido en el corazón de la identidad de los acontecimientos; realizar una crítica —a la vez dolorosa y exigente— de esa marca del sentido que llamamos destino; insistir en el fenómeno extraño y sutil de la vibración de todo objeto representado, en detrimento de todo dogma; observar los vacíos para captar lo figurable más que lo figurado; practicar el arte de los intersticios y del espaciamiento; sutillar el sentido como actividad política, evitando su instrumentalidad; asumir la propia fragilidad en la forma de una duda existencial que avanza en la medida en que avanzan la vida y la obra; afianzar la firmeza, la insistencia y la intensidad de la mirada. Este es un verdadero «manifiesto» barthesiano no sólo sobre la producción artística e intelectual sino sobre toda producción simbólico-cultural e histórica que necesariamente, en mayor o en menor medida, ejerce sus efectos de sentido sobre el mundo. Ver tales afirmaciones en Barthes, 2002: 177-182.

13. «La única respuesta posible no es ni el enfrentamiento ni la destrucción, sino solamente fragmentar el viejo texto de la cultura, de la ciencia, de la literatura, y diseminar sus rasgos según fórmulas difíciles de reconocer» (sostiene derrideanamente en el Prefacio a Sade, Fourier, Loyola; Barthes en Sarlo, 1981: 19). Del mismo modo, en *S/Z* afirma que es necesario violentar en cierta forma la empiricidad de los textos (Barthes, 2009a), consolidando su «poética rupturista» frente a todo imperialismo lingüístico y cultural. La erotización o la perversión de la estética son también estrategias de diferenciación, ambas subversivas respecto de la «austeridad» de la *Doxa*, argumenta... en este plus (o suplemento poético) radica la diferencia del texto de la vida, de la vida como texto (cfr. Barthes, 1997; Sarlo, 1981).

14. De acuerdo con las teorizaciones saussureanas (1976), al relacionarse estos elementos comienza a producirse el momento articulador que genera la significación, mediante la doble articulación al interior y al exterior del signo: entre los componentes sígnicos (ie. significante y significado); y mediante las relaciones exteriores de cada signo con otros elementos del sistema lingüístico —principio necesario de la identidad y del sentido fundado en una arbitrariedad radical; es decir, en relaciones no immanentes, que no son de orden lógico ni natural—.

15. Este tipo de des-realidad implica que no es posible ninguna sustitución imaginaria que llegue a compensar las dificultades de un lenguaje que se vuelve total, extraño e incomprensible: es un momento de forclusión del imaginario —instancia de locura— donde ya no opera ninguna sustitución simbólica.

16. Siendo que a partir de postularse un vacío ontológico —pero no histórico— necesario para

la constitución política de toda subjetividad, ningún contenido asociado a una forma significativa puede ocupar un lugar privilegiado en la estructura del sujeto, y esto justamente es lo que hace posible la constitución de su identidad en tanto transformación permanente (al no centrarse en un fundamento o principio único, universal o esencial). Ver estas discusiones en Laclau y Zac (2002).

17. También afirma que el ámbito de su Seminario, en tanto práctica estética, rompe (a la manera en que las vanguardias desgarran el verosímil de la literatura establecida, canónica o clásica) un cierto verosímil académico (Barthes, 1986) ... rompe aquello que se espera (institucionalmente, pedagógicamente, subjetivamente). Por eso tiene una relación utópica, de enamoramiento, con este objeto fantasmado tan insistentemente a lo largo de su vida intelectual.

## **Bibliografía**

BARTHES, R. (1983). *El grano de la voz. Entrevistas 1962-1980*. México: Siglo XXI Editores.

————— (1986). *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona: Ed. Paidós.

————— (1987). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Ed. Paidós.

————— (1990). *La aventura semiológica*. Barcelona: Ed. Paidós.

————— (1997). *Barthes por Barthes*. Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

————— (2002). *La torre Eiffel. Textos sobre la imagen*. Argentina: Ed. Paidós Comunicación.

————— (2003a). *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos*. Argentina: Siglo XXI Editores.

————— (2003b). *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Argentina: S. XXI Editores.

————— (2009a). *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

————— (2009b). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

BENVENISTE, E. (1980). *Problemas de lingüística general (Tomos I y II)*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

BUENFIL BURGOS, R. N. (Coord., 2000). *En los márgenes de la educación. Cuadernos de Construcción Conceptual en Educación N° 1*. México: SADE - Plaza y Valdés Editores.

————— (Coord., 2002). *Configuraciones discursivas en el campo educativo. Cuadernos de Construcción Conceptual en Educación N° 4*. México: SADE - Plaza y Valdés Editores.

DELEUZE, G.; GUATTARI, F. (1994): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Ed. Pre-textos.

DERRIDA, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Ed. Anthropos.

————— (1999). *Las muertes de Roland Barthes*. México: Ed. Taurus.

————— (1995). *Dar (el) tiempo*. Barcelona: Ed. Paidós.

GIORDANO, A. (1995). *Roland Barthes. Literatura y poder*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

KRISTEVA, J. (1981). *Semiótica I y II*. Madrid: Ed. Fundamentos.

LACAN, J. (1983). «Introducción al Gran Otro», En *El Seminario de Jacques Lacan Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. 1954-1955*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

————— (2008). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

LACLAU, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ed. Ariel.

————— (2009). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

LACLAU, E.; MOUFFE, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI Editores.

LACLAU, E.; ZAC, L. (2002). «Qué tan vacío puede estar el vacío» en Buenfil Burgos, R. N. (Coord.) *Configuraciones discursivas en el campo educativo. Cuadernos de Construcción Conceptual en Educación N° 4*. México: SADE - Plaza y Valdés Editores.

SARLO, B. (1981). *El mundo de Roland Barthes*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

### **Datos de la autora**

Juliana Enrico | Argentina

Doctora en Ciencias de la Educación (FFyH-UNC) y Licenciada en Comunicación Social (FCEdu-UNER). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación Argentina, con sede en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (CEA-UNC).

Correo electrónico: [julianaenrico@gmail.com](mailto:julianaenrico@gmail.com)

### **Acerca del artículo**

Una versión preliminar de este texto (en la forma de ponencia) fue publicada en las Memorias digitales del VI Encuentro del Programa de Análisis Político del Discurso e Investigación, México. Ed. PAPDI - DIE CINVESTAV / FFyL UNAM, México (2011). El texto fue ampliado y revisado para una conferencia realizada en el Auditorio «Rodolfo Walsh» de la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNER (2013), organizada por la Secretaría de Investigación y Posgrado de esa facultad.

Fecha de recepción: 04/09/2015

Fecha de aceptación: 20/10/2015





# Saer. La construcción de una obra fragmentaria

Pénélope Laurent | Université de Paris Sorbonne–Paris IV (CRIMIC)  
penelope.laurent@paris-sorbonne.fr

## Resumen

La obra del escritor argentino Juan José Saer (1937–2005) se construye en una tensión entre dos estéticas consideradas a menudo antagónicas: la estética, unitaria y aparentemente homogénea de la *Comedia humana* con sus distintas formas de recurrencias, y la estética fragmentaria del Nouveau Roman. Si la crítica saeriana parece asociar generalmente la obra de Saer con la primera, es sin duda porque un dispositivo de lectura, basado en la memoria del lector, le otorga una impresión de totalidad, vinculada con los mecanismos de recurrencia de los personajes en un mismo lugar, la Zona, inspirado de un referente real. No obstante, es preciso no ceder a la tentación de borrar la multiplicidad y la fragmentación de las modalidades narrativas (instancia narrativa, personajes, tiempo, espacio, estilo), y respetar así la diversidad y la riqueza del conjunto de los textos. De un acercamiento a las nociones de «fragmento» y «todo» en la obra saeriana, de la teoría de la lectura y de la reflexión del ensayo de Georges Didi-Huberman *Survivance des lucioles*, podrá emerger la coherencia ideológica y estética de la realización del proyecto poético que constituye la Zona, contemplada como un espacio de resistencia a la tentación totalitaria.

**Palabras clave:** Juan José Saer, fragmentación, teoría de la lectura

Saer. La construcción de una obra fragmentaria

Saer: the making of a fragmentary work

Páginas 121 a 145 en: *Del prudente saber y el máximo posible de sabor* | N° 9, 2017 | ISSN: 1515-3576

## Saer: the making of a fragmentary work

### **Abstract**

Argentinian writer Juan Jose Saer's work (1937-2005) seems to rest on a tension between two aesthetic modalities, often regarded as antagonistic. On the one hand, a quest for homogeneity and unity derived from the paradigm of Balzac's *Comédie humaine* and, on the other hand, the fragmentary aesthetics of the *Nouveau Roman*. The reason why Saer scholars have often linked the author's works to the former category is mainly because its macrostructural strategies, based on memory, grant it some sense of wholeness, on account of the recurrence of characters in the same setting – *La Zona*, based on an actual specific location. However, it would be a mistake to overlook the narrative modalities of multiplicity and fragmentation (voices, time, space, character, style), the variety of which accounts for Saer's works' richness and diversity. This article aims at providing a reflection on the notions of 'fragment' and 'wholeness', based partly on recent theories of reading but also in connection with the possibility of resistance as expounded in Georges Didi-Huberman's *Survivance des lucioles*. By doing so, I intend to demonstrate the ideological and aesthetic consistency of Saer's poetic project, making *La Zona* a site of resistance against the temptation of totalitarianism.

**Keywords:** Juan José Saer, fragmentation, theory of reading

## Saer. La construcción de una obra fragmentaria

### Introducción

Cualesquiera que sean los libros de Saer que ha leído, cualquiera que sea su grado de familiaridad imaginaria que mantiene con los amigos de la Zona, el lector que lee un texto de Saer experimenta un doble movimiento de lectura, el de la continuidad (con los textos leídos anteriormente) y el de la discontinuidad (objeto del presente análisis). El conjunto de la obra se compone de 12 novelas, 3 libros de ensayos, 1 ensayo, un poemario que fue ampliándose con varias secciones y 7 libros de relatos (con *Esquina de febrero*, los textos de *Juan José Saer por Juan José Saer* y sin contar los manuscritos publicados de forma póstuma). Cada lector, con su experiencia personal de lecturas, en el momento de la lectura, pero también con sus coordenadas individuales y sociales más allá de la lectura, en una palabra con su idiotopo particular (Ezquerro, 2002), va construyéndose una representación propia de la Zona y de la obra. Si el lector ha leído solamente *La pesquisa* cuando lee *Las nubes* o «Recepción en Baker Street» (cuento de *Lugar*) que siguen diegéticamente *La pesquisa*, va a representarse la obra de una forma muy unitaria, coherente y congruente sin duda. En cambio, si lee *La pesquisa* tras haber leído *El entonado* por ejemplo es poco probable que vea un vínculo evidente entre las dos novelas, a no ser por cierto estilo, el fraseo poético y lento que se demora en las descripciones. Entre estos dos extremos, el lector del conjunto de los textos puede percibir un juego coherente entre unidad y fragmentación de la obra.

Cada texto de Saer puede ser considerado como un fragmento, uno y múltiple, circular y descentrado de un conjunto. Este conjunto varía en función de las lecturas del lector, de su acercamiento al universo saeriano. Los mecanismos de recurrencia y de analogías, siempre distintos de un texto a otro, tienden a unificar la obra o, mejor dicho, la representación que uno puede tener de la obra, del universo saeriano, mediante el dispositivo de lectura que apela a la memoria del lector constantemente por los efectos de repetición, en una dialéctica entre «retención» y «protención» (Iser, 1976).

Los personajes, la zona, los objetos, las situaciones estructuran una memoria en el lector que se activa y reactiva con cada lectura, proporcionándole una impresión de familiaridad con este universo. En este sentido, la totalidad no existe como tal sino bajo forma de una totalización activa y dinámica que se regula con cada situación particular de lectura. Sería sin duda erróneo y anacrónico concebir la obra de Saer como una obra total mientras que tanto sus características narrativas como sus temáticas recurrentes hacen de ella una obra abierta, cuya coherencia no debe ser confundida con una pretendida cohesión. Si analizamos de forma fina las focalizaciones, la cuestión del tiempo, la construcción de los personajes, veremos que no se trata de una comedia humana homogénea, sino que acepta lo heterogéneo.

De hecho, el propio Saer comparó su obra con un móvil en el que cada pieza —vale decir cada texto, cada fragmento— se integra al móvil, configurándolo de una manera siempre renovada. Yo agregaría que la lectura de cada lector viene a configurar la obra y la Zona de una forma siempre renovada y dinámica gracias a la fragmentación, que se trata acá de evidenciar y que relacionaré con cierta actitud ideológica de resistencia de Saer (al poder de la omnisciencia en literatura y al poder totalitario en política). Esta idea de un móvil se asemeja a la noción de sistema (un elemento del conjunto cambia al conjunto) pero de un sistema con una plasticidad que no lo cierra sobre sí mismo. Pero antes de intentar demostrar este aspecto poco estudiado por la crítica saeriana que se centra más a menudo en la unidad del conjunto (Larrañaga-Machalski, 1994; Bermúdez Martínez, 2001; Premat, 2002; Corbatta, 2005, entre otros), se tratará de evidenciar algunas bases teóricas.

### **En teoría**

La obra saeriana tiene muchas afinidades con la teoría de la lectura que se está gestionando desde hace décadas bajo la influencia del estructuralismo primero (y la noción de texto, tan valiosa y pertinente en el pensamiento de Barthes), de la semiótica (con la noción de «obra abierta» de Umberto Eco), de las teorías de la estética de la recepción desarrolladas en la Escuela de

Constanza (el acto de lectura de Wolfgang Iser, la teoría de la recepción de Hans Robert Jauss). Esta teoría de la lectura, en su multiplicidad, reintroduce en parte la dimensión de una subjetividad que opera, que *obra*, en el momento de la lectura. Esta cooperación interpretativa del lector, presente en *Lector in fábula*, se agudiza en el pensamiento teórico de Milagros Ezquerro (2002) y en el de Pierre Bayard (2009). La mediación propia de la comunicación literaria, que no hace coincidir al emisor y al receptor ni en el tiempo ni en el espacio, tiene consecuencias en el acto de lectura. Milagros Ezquerro concibe el texto como un «sistema auto-organizador abierto» y al lector como partícipe activo del proceso de elaboración de los sentidos del texto. La cooperación interpretativa del lector es posibilitada por la presencia de un fondo de indeterminación en el que se imprimen los signos (como en la teoría del acto de lectura de Iser) y por el papel activo del lector. En la teoría de la lectura de Milagros Ezquerro, el sujeto productor, el autor, codifica el texto que funciona como un sistema complejo, articulado en varios niveles, desde la unidad minimal del signo, hasta combinaciones más complejas, productoras de significaciones múltiples, a veces inesperadas y sorprendentes hasta para el propio autor que se convierte en el primer lector de su obra. Mientras no entra en circulación y no encuentra otro receptor, el texto no es un texto todavía, sólo lo es pasando por la alteridad del lector. Cada sujeto receptor asume, según características propias y condiciones del contexto de lectura (su idiotopo), esta función inscrita en el texto. Para ello necesita descodificar e interpretar el texto, actualizando parte de las virtualidades del texto, de forma única. De cierta manera, Milagros Ezquerro nos dice: «nadie lee nunca el mismo texto» como Saer sugiere «Nadie nada nunca en el mismo texto-río» como Heráclito en sus *Fragmentos*.

De la misma manera, parece que los textos saerianos se imprimen en un fondo de indeterminación, el aire por el que las piezas del móvil giran de forma siempre distinta. La lectura siguiente asumirá entonces su carácter parcial, subjetivo incluso, y no pretenderá desentrañar la verdad de la obra saeriana o del escritor Saer. Móvil, archipiélago o constelación, la obra saeriana parece conciliar dos opuestos: la estética unitaria del sistema balzaciano, lleno,

homogéneo, de recurrencia de personajes en un mismo espacio inspirado en un referente real (la Zona) y la estética fragmentaria del Nouveau Roman, con la supremacía de la indeterminación y la fragmentación de las modalidades narrativas (instancia narrativa, tiempo, espacio, personajes, estilo, etc.). Lo que ha sido destacado principalmente de la crítica sobre Saer es el aspecto unitario del proyecto, aspecto pertinente e innegable, pero nos interesa más analizar la dimensión fragmentaria y múltiple de su obra, menos estudiada y más respetuosa de la diversidad y riqueza de los textos. Propongo una reflexión sobre las nociones de «fragmento» y «todo», y sus articulaciones en la obra de Saer. Trataré de ponerla en perspectiva con el ensayo *Survivance des lucioles* (2009) de Georges Didi-Huberman para intentar hacer dialogar, en la distancia, y sin contacto directo, la obra de Saer y el pensamiento del historiador de arte y filósofo francés. Se trata entonces de evidenciar los puntos de contacto que tiene esta mirada con la obra saeriana y su poética.

Georges Didi-Huberman, admirador de Pier Paolo Pasolini, descubre las ocurrencias de luciérnagas en la obra y en los escritos del poeta-cineasta italiano. A partir de 1975, Pasolini declara que ya no ve luciérnagas en la campiña italiana y saca la conclusión, precipitada, que ya no existen las luciérnagas, que han desaparecido para siempre. Pero ¿qué son y qué representan las luciérnagas para Pasolini? Las luciérnagas constituyen la metáfora de la humanidad, la capacidad de resistencia al mundo del fascismo, al mundo sobreexpuesto de los focos de la televisión, al mundo de la indiferencia generalizada y del conformismo, etc., en fin, la resistencia a cualquier forma de totalitarismo —en el sentido de «sistema total»—. Las luciérnagas bailan en la oscuridad sin prometer nada sino un momento de gracia antes de su desaparición inminente. Las luciérnagas atraviesan la noche de forma intermitente, frágil, apareciendo y desapareciendo como las imágenes de una película, como las imágenes de un poema, como las imágenes de un sueño. Concebir la desaparición total de las luciérnagas, como lo hace Pasolini, significa para Didi-Huberman una resignación al poder totalitario de la gran luz, de la luz cegadora, y a su proyección mesiánica, apocalíptica. Pero Didi-Huberman no se resigna y nos convence,

en este libro, de que es necesario seguir teniendo la capacidad de *ver* el brillo de los insectos en la noche más negra, de que es necesario ver lo que sigue estando allí: lo ínfimo que sigue allí *a pesar de todo*. Perder el *deseo* de ver las luciérnagas en la noche es un grave error según Didi-Huberman, equivale a: «ver solamente el *todo*. Significa entonces no ver el espacio —aunque fuese intersticial, intermitente, nómade, improbablemente ubicado— de las aperturas, de los posibles, de los destellos, de los *a pesar de todo*» (2009, p. 35, la traducción es mía).

A través de este resumen de *Survivance des lucioles*, ya se pueden vislumbrar algunas afinidades con la obra saeriana: la desconfianza hacia todo discurso que se presente como detentor de la verdad, la consiguiente resistencia a toda forma de totalitarismo (político o intelectual), la fe en la resistencia por el arte en la línea de Benjamin, lo poético como instante de gracia que irrumpe en lo cotidiano, invade su prosa y estira sus frases digresivas como si dieran un sentido instantáneo y una continuidad momentánea a lo que no los tiene.

Trataré de mostrar a continuación que las luciérnagas saerianas toman la forma y el brillo de los fragmentos. La pequeña luz de la luciérnaga que bailotea en la noche tiene muchísimo que ver con el esplendor intermitente y paradójico del fragmento. Concibo la obra de Saer no como una obra total sino como una obra abierta hecha de fragmentos que pone de manifiesto una tensión entre unidad y multiplicidad. Cada texto sería un fragmento, arrancado al «todo» pero que termina por constituir un «todo» fragmentario, de forma paradójica. El fragmento se define, según Pascal Quignard (2005) por una paradoja, la de oscilar entre una inconclusión esencial y un fuerte deseo autárquico. La fragmentación es un eje estructurante del conjunto de los elementos constitutivos de la narración y nada parece estar a salvo de su radiación. El espacio, el tiempo, los personajes, la visión del mundo son atravesados por la fragmentación, en cada texto (concebido como un fragmento) y de forma transversal (en el «todo» que la obra viene a constituir mediante la lectura); pero podríamos mencionar el descentramiento de la intriga<sup>1</sup> como paradigma de una fragmentación vinculada con la desacralización del mundo.

## Estrategias narrativas de fragmentación

Cada texto saeriano parece trazar una línea de fuga narrativa. La reducción de la intriga, la no resolución del enigma, la multiplicación y des-jerarquización de las intrigas son algunos procedimientos que llevan a un descentramiento narrativo. Se aplican y se combinan de forma distinta en cada texto de modo que el descentramiento de la intriga es más o menos considerable en función del texto y de la época de publicación, pero es un rasgo constante de la estética saeriana. Si bien es un factor de unificación del conjunto del corpus narrativo, es un factor de fragmentación a nivel de cada texto que se encuentra de esta manera abierto por la resolución de la intriga proyectada siempre fuera del texto, como el punto de fuga de un cuadro, es decir en la «mente lectora», llamada a desempeñar un papel activo en la elaboración de los sentidos del texto.

Como ejemplos de tal descentramiento podemos citar el caso paradigmático y radical de *Nadie nada nunca*, con la multiplicación de intrigas sin jerarquía aparente, la no resolución del enigma (¿quién es el asesino de caballos?) y la lentitud del tempo narrativo (con sus juegos perceptivos y las numerosas digresiones); *Cicatrices*, con la no resolución del enigma (¿por qué Luis Fiore asesinó a su mujer?) y las cuatro intrigas cuyo punto en común es apenas esbozado; *La ocasión* y el punto de fuga que es el bebé por nacer que resolvería el enigma de la identidad de su padre (¿Gina engañó a Bianco con Garay López?) pero cuyo nacimiento es diferido y proyectado fuera de la novela; *La pesquisa* y su por lo menos doble resolución (el asesino es Morvan o es Lautret) que consagra el poder de análisis y de interpretación de los oyentes-narradores que son alternativamente Pichón y Tomatis en una especie de homenaje a la tradición oral y también a *El astillero* de Onetti; *La grande* y la multiplicidad de historias y la abundancia de las digresiones; etc. Incluso una novela como *Las nubes*, aparentemente más clásica en su factura, juega con la tradición épica, la novela de aventuras y la novela de aprendizaje (cuyo valor común es el de la progresión) para desviarlas, primero con el relato-marco que abre la novela en el siglo XX y da lugar a un segundo relato, enmarcado; luego con la lentitud llena de digresiones con la que el narrador del relato enmarcado empieza el relato de su difícil



y, a veces, absurda travesía de la llanura con los cinco locos (a partir de la segunda mitad de la novela); por último el elemento más relevante para el joven doctor Weiss será su experiencia de un descentramiento esencial y existencial en el desierto. Todos los elementos parecen frenar la progresión de la intriga, sugiriendo de este modo la sensación de no avanzar por la pampa, con cinco locos que, junto con los demás locos de «Las tres acacias» no serán nunca curados y, abandonados en plena pampa, se dispersarán durante un episodio posterior.

Cada texto de Saer se puede concebir entonces como un fragmento en la medida en que su anécdota es reducida al mínimo, se encuentra astillada o, en el caso de ser múltiples, no presentan una jerarquización aparente entre sí. Esta deconstrucción de la anécdota, que Saer reclama como una forma de resistencia a lo épico —y cuyo comienzo se remonta, según él, al *Quijote* (Saer, 1999)—, traza líneas de fuga en cada texto que descentran la atención pedida al lector. Lo fascinante de los textos saerianos es que fragmentan líneas de intriga pero las reanudan en otro momento diegético o con perspectivas narrativas distintas de un texto a otro. El ejemplo más evidente sería *Las nubes*, que sigue diegéticamente *La pesquisa*, pero la multiplicidad de focalizaciones adoptadas en las dos novelas fragmenta la línea trazada entre los dos libros, a la manera de un rizoma (Deleuze y Guattari, 1980). O son los agujeros, los «vacíos» del texto, los que saltan a la vista: entre *El entenado* y *Glosa*, en las que se menciona la *Relación de abandonado*, pasan más de cuatro siglos; entre *La ocasión* y «A medio borrar», relato en el cual está condensada la historia de *La ocasión*, transcurre un siglo. En realidad ningún siglo transcurre en ningún momento, desde luego, pero los «vacíos» así formados, o mejor dicho los «blancos», recuerdan al lector que todo texto se escribe en una indeterminación esencial (la página en blanco) que es también una fuente de potencialidades (Ezquerro, 2002: 13-16). Y le recuerdan al lector que su «lugar» —palabra eminentemente saeriana si las hay— es el intersticio entre dos fragmentos: el lector es quien «rehace» la obra, quien «obra» en su sentido etimológico, es el lector quien «trabaja» en la unidad de un texto múltiple.

Rechazar el centro fuera de la estructura narrativa no es entonces un

acto sin relevancia, porque supone un esfuerzo superior pedido al lector, sin duda más acostumbrado a leer una historia con un principio y un final o que conteste la pregunta que plantea. Saer escribe a partir de una «teoría negativa»<sup>2</sup>, contra lo que él siente como una forma de «totalitarismo» de la novela tradicional (publicada en un contexto contemporáneo), cuyo avatar más detestable según él sería el *best seller* que utiliza una receta de escritura, no apela a la creatividad del lector, es parte del sistema capitalista y que Saer vincula a menudo con la dictadura. Ya podemos vislumbrar que la elección de una estética fragmentaria se relaciona con una postura ideológica que abarca tanto lo literario como lo extra-literario.

La unidad de la obra es un efecto creado por el proyecto en sí mismo, ya que la Zona se forma gracias a una memoria en acción, retrospectiva y prospectiva a la vez: cada texto puede remitir a otro texto, solicitando la memoria del lector que va creándose una memoria propia de lo que es la Zona, *su Zona*. Como Genette lo advierte en *Figures III* (1972: 272), la lectura tiende a borrar la multiplicidad del texto que un análisis detenido debe restituir. Al analizar los planteos narrativos y las focalizaciones adoptadas en todos los textos saerianos en su orden de publicación, descubrí que Saer siempre cambiaba de tipo de narrador o de narradores y de focalizaciones de un texto a otro, como para no caer en la tentación de lo mismo, lejos de la imagen trillada del «narrador saeriano» que, para mí, no existe. Lo que sí tienen en común estos narradores es una forma de ironía romántica que exhibe un fuerte componente subjetivo para diferenciarse definitivamente del narrador omnisciente, tan característico de la literatura decimonónica, como la de Balzac o de Zola. El punto de vista de Dios, la omnisciencia ingenua, está proscrito de la Zona. Las múltiples formas de instancias narrativas del corpus saeriano se combinan con ciclos, hilos narrativos, fragmentados de un texto a otro que ya no proponen una versión unívoca de la realidad sino fragmentos de visiones parciales, a semejanza del río saeriano cuyos reflejos centelleantes son una clara respuesta al famoso espejo del realismo de Stendhal. El mundo lleno, aparentemente homogéneo y lógico, del universo decimonónico, ha dejado lugar a un mundo más fragmentado, más

heterogéneo, más habitado por la incertidumbre. Utilizar narradores variados y focalizaciones múltiples es una manera de fragmentar la visión una de lo real y de descartar toda pretensión a la verdad. El proyecto saeriano es muy ambicioso y riguroso, a la vez que afirma sus limitaciones. La reducción de la intriga y el descentramiento que hemos destacado participan de este movimiento que afirma el carácter eminentemente deceptivo de la literatura a nivel de su significado.

### **Fragmentación, heterogeneidad e indeterminación recurrentes**

La Zona, a pesar de su inspiración más que evidente en el referente santafesino, se va creando de esta manera con una autonomía (respecto del referente) siempre creciente. Saer nunca nombró la «ciudad» de la Zona y parece que va formulando de esta manera un proyecto que dice más o menos: «en una pequeña ciudad de Argentina, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un tal Tomatis y otros amigos»<sup>3</sup>. Porque, al igual que Cervantes, y sobre todo Balzac, Saer utiliza como procedimiento (que luego será calificado como balzaciano) la recurrencia de personajes en un mismo lugar, inspirado en un referente preciso. La tentación de hablar de «comedia humana», de «saga» o de «galería de personajes» es entonces muy grande pero prefiero no caer en ella, si bien mi visión de la Zona, de Tomatis, Pichón, Soldi, etc. es sin duda una visión de conjunto, y no podría ser de otra forma. Lo que sucede es que, a mi modo de ver, algunos elementos nos impiden ver el conjunto como una unidad cerrada y total.

Primero, la construcción de los personajes es fragmentaria e impresionista: solamente conocemos de los personajes algunas características, algunos rasgos, que dibujan una estampa imprecisa a partir de manchas. Pensemos en la aparición de la Negra, Josefa y su amiga Amalia en *El limonero real*, aparición que es una imagen, una instantánea en el sentido casi fotográfico de las luciérnagas de Didi-Huberman: «Las manchas —azul, verde, colorada— refulgen. Parecen clavadas contra el horizonte de árboles, suspendidas sobre el camino amarillo, sin siquiera rozarlo, moviéndose sobre él con contorsiones ondulantes y leves, sin avanzar.» (2004a: 85)

Pero más allá de las apariciones de personajes, también podemos pensar en su construcción, esencialmente incompleta e inacabada: de Tomatis, supuestamente el álgter ego de Saer, sabemos muy poco aparte de su sentido del humor cínico y provocador, su inclinación hacia las mujeres y el alcohol, su valoración muy fuerte de la amistad y su condición de intelectual marginado. Tomatis forma parte de los personajes más recurrentes y simpáticos de la obra y es sin duda el personaje más emblemático de la Zona pero también es un personaje muy indeterminado. Aunque aparece en muchísimos textos, tenemos muy pocos elementos que lo describan físicamente. Si admitimos que el personaje no nombrado en «Algo se aproxima» (*En la zona*) es Tomatis, entonces conocemos algunos detalles: mucho pelo, cabeza grande, nariz grande, grandes ojos, labios espesos, cuello corto. Estas características, escasas, son confirmadas en *La vuelta completa* y a ellas se les suman otras dos: cabello oscuro, nariz ganchuda. Lo poco que se puede interpretar de estos elementos es el aspecto algo desmesurado del físico del personaje que no corresponde al tópic del intelectual (flaco, alto, con anteojos). Si pensamos que este personaje aparece en más de la mitad de los textos y que evoluciona, envejece, se transforma a lo largo de los 45 años de carrera del escritor Saer, puede sorprender la escasez de rasgos físicos que tenemos de él. Sin embargo, esta indeterminación del personaje permite una mayor proyección personal por parte del lector. La representación física de los personajes se da mediante toques, manchas, pinceladas, como un cuadro impresionista, lo que deja más espacio a la imaginación del lector.

Evidentemente Saer no es el primero ni el único en crear personajes poco determinados físicamente y esta estética la comparte con los escritores y teóricos del Nouveau Roman aunque él no va tan lejos en la indeterminación como Robbe-Grillet o Sarraute que ni otorgan un nombre a sus personajes. Saer suele dar un nombre, un apellido o un apodo a sus personajes pero sin sistematicidad: solamente conocemos el nombre de ciertos personajes, a menudo femeninos (Elisa, Delicia, Concepción), o su apodo o diminutivo (Miri, Pocha, el Matemático, el entonado, etc.). Otras veces conocemos su apodo y su apellido pero no su nombre, como es el caso del Gato o de Pichón,

personajes recurrentes de la Zona y nada anecdóticos. La identidad más inestable la tiene Bianco, protagonista de *La ocasión* cuyo narrador confiesa irónicamente que desconoce su identidad real, su nombre, su idioma, su procedencia. Cada caso es distinto pero vemos que la manera de nombrar a los personajes es siempre sugerente y revela el aspecto incompleto de los personajes. Los personajes saerianos no caen en el extremo de los personajes del Nouveau Roman pero sí comparten con ellos zonas de sombra, «vacíos» en su construcción, contrarrestados por un juego perceptivo que representa su estado mental (a la manera de la novela del flujo de conciencia). En todo caso se oponen a la construcción del personaje decimonónico cuya descripción era extensa y cuyos atributos entraban en resonancia con otros elementos como la descripción de su entorno doméstico y social por ejemplo.

Los personajes se caracterizan por algunos elementos que van repitiéndose y le dan al lector una impresión de familiaridad: la piel cobriza de Clara Rosemberg, los pequeños ojos húmedos de Alfonso, la corpulencia física de Pancho, los dedos en forma de lágrimas de Barco, etc. Son a la vez un factor de unidad (por la repetición) y de indeterminación (por la escasez de descripción). Notemos que el grado de indeterminación varía de un personaje a otro. Ese carácter inacabado es más obvio aún en el caso de Diana, la Venus de *La grande* a quien le falta una mano. La construcción de este personaje, físicamente inacabado, se puede interpretar como un guiño al lector: la Diana de Saer recuerda a *La belle noiseuse*, el personaje femenino pintado por el personaje pintor de Balzac, Frenhofer, en *Le chef d'œuvre inconnu (La obra maestra desconocida)*, ya que de ella sólo se alcanza a ver un pie pintado. La Diana de *La grande*, cuyo trabajo consiste precisamente en dibujar, sería así como un contrapunto al personaje de Balzac.

Y la caracterización de la función actancial de los personajes también puede llegar a ser inestable y depender de la interpretación del lector. Por ejemplo, en *Lo imborrable* podemos pensar que Alfonso es un personaje adyuvante, que ayuda a Tomatis a salir de su depresión y a sociabilizarse. Sin embargo, si interpretamos la última frase (Tomatis quiere consumir alcohol) como una recaída de Tomatis en el alcoholismo, la perspectiva se invierte y

Alfonso pasa de personaje adyuvante a personaje opositor. Pasa algo similar con Garay López en *La ocasión*: ¿es el adyuvante de Bianco o el amante de Gina, su mujer? Y en *Nadie nada nunca*, el Gato ¿es solamente ese personaje benévolo que ayuda al Ladeado a esconder su caballo en su casa del asesino de caballos? ¿o es también el asesino de caballos? De forma general, los personajes saerianos, debido a los «blancos» y a las zonas de sombra que revelan, tienden a construirse en contrapunto al personaje de la novela decimonónica. Su inestabilidad eventual favorece en el lector una actitud de cooperación activa, de interpretación, en estas obras abiertas. Y el fondo de indeterminación facilita sin duda la coherencia global que se desprende del conjunto.

Pasemos ahora a la dimensión transversal de los personajes. La recurrencia de los personajes en la Zona y su genealogía son más problemáticas que en una saga o en una «comedia humana». Su recurrencia es heterogénea y no lineal: su reaparición de un texto a otro es más parecida a la formación del rizoma que a la arborescencia. Se atribuye de forma sin duda errónea a Balzac la invención de la recurrencia de personajes en un mismo lugar inspirado en un referente real. La *Comedia humana* adopta una perspectiva orgánica al pretender representar la sociedad entera a través de una cantidad «monstruosa» de novelas. El fresco balzaciano, piramidal, tiene una clara ambición totalizadora. Sus fragmentos, homogéneos, se articulan de una forma relativamente lineal, como un mosaico. En el caso de Zola, la ambición totalizadora se centra en una familia, la de los Rougon-Macquart, y es regida por el eterno retorno y la herencia biológica. En los dos casos, se trata de representar una totalidad (la sociedad, la familia) a través de la totalidad del proyecto. La obra saeriana no tiene este propósito. Retoma esta tradición pero la desvía, en la línea de Faulkner y Onetti.

Todos los tipos de textos escritos por Saer juegan con la recurrencia de personajes, salvo los ensayos obviamente, pero incluso ciertos poemas en los que aparecen Tomatis, Higinio Gómez o Washington Noriega. Los personajes recurrentes son bastante numerosos, unos cuarenta, pero no son excesivamente numerosos. No se trata de la recurrencia parsimoniosa de un

Piglia (con Emilio Renzi) o de un Raymond Chandler (con Philippe Marlowe), tampoco de la desmesura monstruosa de Balzac (de los 2500 personajes de la *Comédie humaine*, 600 reaparecen). La impresión global es la de un universo múltiple y coherente que no agobia al lector con demasiadas informaciones, de modo que el lector reconoce fácilmente un personaje de un texto a otro. Sin embargo, la recurrencia no obedece un programa preestablecido sino que es heterogénea y varía en función de los textos: algunos textos utilizan mucho este procedimiento (como *La mayor*, *Glosa*, *La pesquisa*, *La grande*) mientras que otros lo utilizan poco (*Unidad de lugar*, *Las nubes*) o en absoluto (*Responso*). Evidentemente los textos cuya diégesis se ubica en un pasado remoto solamente pueden utilizarla de forma sesgada, con la mención de personajes luego mitificados (el fundador de la ciudad, el entenado de *Relación de abandonado*). Y los personajes se ven sometidos a un tratamiento de recurrencia diferenciado: Tomatis, Barco, Pichón o Leto aparecen mucho más a menudo que Miri, Pocha, Nula o Pancho. Este aspecto se ve acentuado por el tratamiento recibido por los personajes en cada texto: el papel asignado a los personajes en la diégesis (protagonista o personaje secundario) y su papel narrativo (narrador o no) en un relato o poema (más o menos largo) son factores que diferencian considerablemente la percepción que el lector tiene de ellos. Por ejemplo, el Gato y Elisa son personajes que suelen ir juntos, aparecen casi siempre en los mismos textos. Pero el Gato desempeña un papel más importante en *Nadie nada nunca*, novela de la que también es uno de los dos narradores, de modo que el lector entra en su universo mental mientras que de Elisa sólo tenemos un acercamiento exterior. El criterio de recurrencia de los personajes, a priori factor de unificación de la obra, debe ser matizado por consideraciones que atañen al papel actancial y narrativo de cada personaje. La recurrencia de los personajes le da una unidad innegable al conjunto pero también encierra cierta heterogeneidad. La obra saeriana no se generó a partir de una galería predefinida de personajes. Existen más bien ciclos, que no coinciden necesariamente con etapas de la obra de Saer, aunque la «nueva generación» (Soldi, Gabriela, Nula) no pudo haber aparecido al principio de la obra por motivos evidentes. Los personajes

reaparecen en función de la lógica interna de cada texto.

Podríamos mencionar dos casos distintos de recurrencia para ilustrar nuestra idea. Gutiérrez dibuja un puente entre el principio y el final de la producción. Efectivamente Saer retoma en *La grande*, su última novela, inacabada, publicada de forma póstuma, este personaje de «Tango del viudo», un cuento de su primer libro publicado, *En la zona*. Y entre estos dos textos, Gutiérrez nunca volvió a aparecer, ni siquiera fue mencionado en otros textos. Saer parece sacarlo del olvido y le da cierto espesor. Juega con la idea del tiempo, del vacío y de la indeterminación porque su personaje ha envejecido y ha pasado su vida fuera de la Zona, en Europa. La coherencia entre los dos textos es total pero deja entrever la indeterminación esencial del personaje entre estos dos extremos del corpus: de forma irónica, el narrador evita minuciosamente mencionar los países en los que ha vivido el personaje durante 30 años al tiempo que insiste en este hecho. Gutiérrez es un personaje que admite una buena dosis de indeterminación en su caracterización y de heterogeneidad en su recurrencia. El ejemplo opuesto de recurrencia sería el del Gato, Elisa y Leto cuya muerte, anunciada de forma anticipada en *Glosa*, sorprendió a no pocos lectores en el momento de su publicación. Sin embargo, esta decisión del autor de «matar» a sus «criaturas» no le impidió seguir escribiendo a partir de estos personajes, o mencionándolos (como es el caso del Gato y Elisa en *La pesquisa* y en *La grande*) o utilizándolos como personajes (el Gato en «Nochero» de *Lugar*). Vemos que estos dos ejemplos de recurrencia son muy distintos, Saer adapta el procedimiento en función de cada texto pero en ambos casos la recurrencia esconde a la vez que revela la parte de indeterminación de los personajes, sin que la coherencia se vea perjudicada, muy al contrario.

Los saltos temporales entre un texto y otro hacen que el lector descubra fragmentos de «biografía» de los personajes, su genealogía interna es entonces siempre parcial y no es necesariamente cronológica. Este procedimiento de recurrencia, disociado de una genealogía llena y de una cronología lineal, se vincula con la fragmentación de la novela contemporánea y el desmantelamiento de la epopeya ya que el desenlace, ligado a la suerte del



personaje, ya no es esencial como podía serlo en las novelas decimonónicas. Las novelas de Balzac o de Zola le dan mucha importancia al desenlace y a la anécdota. Sugieren que el destino de un personaje encuentra una forma de epopeya, aunque se trata de una epopeya al revés que ilustra la decadencia de una sociedad y de una familia. Pero el árbol genealógico de los Rougon-Macquart, concebido antes de la escritura, revela la dimensión programática de la escritura de Zola. Saer no utiliza una tripartición «hombres, mujeres, cosas» como Balzac, tampoco un árbol genealógico como Zola. La genealogía saeriana en cambio es bastante floja. Algunos apellidos circulan por la Zona sin que sepamos si existe un lazo familiar evidente como es el caso de Lopecito en *Glosa* con los López Garay y Garay López, de los Parra (en *Las nubes* y *En la zona*), de los Salas («Salas el músico» y el «otro Salas» que no son de la misma familia pero que se parecen irónicamente como si fueran hermanos tanto a nivel físico como a nivel moral en *El limonero real*, y en varios cuentos), etc. La recurrencia de apellidos en la Zona produce cierta verosimilitud pero también sugiere la distensión de los lazos familiares.

Tomemos el interesante caso del fundador de la ciudad, interesante porque es el de los orígenes de la Zona. Pichón Garay y su gemelo, el Gato, pretenden que son descendientes del célebre fundador. En *Nadie nada nunca*, el lector descubre que la familia Garay ya no es lo que fue, que perdió su prestigio desde la muerte del padre, que habría sido descendiente del fundador de la ciudad. En «A medio borrar», nos enteramos de que Pichón y el Gato son primos de Ernesto López Garay, el juez depresivo de *Cicatrices*, y el Gato dice que el hermano de su tatarabuela era Antonio Garay López, el personaje de *La ocasión* que pretende ser descendiente del fundador de la ciudad y que, quizás, sea el padre del bebé de Gina por nacer. Este ejemplo es particular en la medida en que es muy desarrollado en comparación con los demás personajes, de cuya familia sabemos muy poco. Pero en «A medio borrar» Héctor duda de la veracidad del linaje. Revela la parte fantaseada, casi mítica, basada en suposiciones poco seguras, de la construcción genealógica y su relación con el origen de la Zona, un origen mitificado e inaccesible.

Y es que la verdadera genealogía en Saer no es asunto de genes sino de afinidades electivas, como nos lo recuerda muy bien el entenado. Este personaje sin ascendencia ni descendencia, el ente-nado, «nacido antes», se descubre un padre afectivo en el Padre Quesada, un padre literario en Cervantes (Quesada es un nombre de don Quijote) y adopta hijos, a quienes encomienda que perpetúen su memoria a través de la imprenta<sup>4</sup>. El entenado es un personaje huérfano y sin hijos, privado de genealogía pero es reconocido paradójicamente como el personaje fundador de la Zona.

En este todo coherente, Saer introdujo de forma deliberada una grieta, una fractura, la de la genealogía incoherente de Ángel, creando dos Ángel o un Ángel doble. Ángel Leto está presente en *La vuelta completa*, «Amigos» y *Glosa*. En *Cicatrices* y «Fresco de mano» un personaje Ángel se le parece mucho pero se diferencia de Ángel Leto precisamente por su genealogía: difieren la identidad de su madre (Elvira, histérica y desvergonzada, y no la Isabel burguesa y formal), la muerte de su padre (de cáncer y no de suicidio), su edad (18 y no 23 cuando llega a la ciudad). Y sin embargo se parecen mucho los dos personajes. Saer juega con esta incoherencia en el sistema que utiliza la memoria del lector. Y no es anodino que este personaje precisamente se llame Ángel Leto: el Lete o Leteo es uno de los 5 ríos de Hades, el infierno, y más allá de la dualidad (ángel/infierno) que caracteriza al personaje, Ángel Leto parece haber bebido metafóricamente de las aguas del Leteo que, en la mitología griega, es el río del olvido que permite a las almas olvidar sus vidas pasadas para reencarnarse.

Dejemos los personajes para interesarnos en el espacio de la Zona, espacio en expansión y lugar común de los personajes. En «Algo se aproxima», último cuento del primer libro de Saer, titulado de forma ambigua *En la zona*, Barco dice lo siguiente: «Yo escribiría la historia de una ciudad. No de un país, ni de una provincia: de una región a lo sumo. Envidia a la gente que no tiene imaginación: no necesita dar un paseo por el sistema solar para llegar a la esquina de su casa.» (2003: 152) Es, desde luego, muy tentador ver en ello un proyecto de escritura: Barco tiene ínfulas de escritor, el título del cuento sugiere que algo importante va a ocurrir a la manera del hecho

estético de Borges y el título del libro parece coincidir con el proyecto. Y Saer no dejará de escribir sobre la Zona durante los 45 años de su carrera de escritor aunque también escribirá sobre otros lugares (*La pesquisa*, *Lugar*). Y sin embargo Saer no es Barco, personaje que quiere escribir pero que sólo consigue inventar historias incongruentes, digresivas e inverosímiles para llamar la atención de Tomatis. La pregunta que opone a los críticos es: la Zona ¿es la región de Santa Fe o es una representación imaginaria del espacio? ¿referente real o sistema cerrado? En el 2006, cuando empecé la tesis de doctorado, viajé a Santa Fe, Rincón Norte y Colastiné, ya pensaba que la literatura crea un referente autónomo pero me dio la curiosidad de conocer el lugar y comprobé que la Zona se inspira en el referente pero toma sus libertades y se construye con palabras: nada más alejado de las 21 cuadras de *Glosa* que las 21 cuadras que recorrí por ahí por San Martín. En realidad, la Zona de Saer es una invención de papel y tinta que se apoya en las vivencias y en la memoria del sujeto productor (a partir de 1968 Saer se fue a vivir a Francia) pero sobre todo se construye en la memoria del lector que va ampliándose y activándose con cada nueva lectura gracias al mecanismo de la recurrencia. La Zona es una memoria *in absentia*.

De hecho, y de forma muy sugerente, el mecanismo de recurrencia ya está en marcha en los primeros cuentos de *En la zona*: el primer relato cuenta una historia (un crimen que el narrador tarda en confesar), que vuelve a ser contada por su cómplice en el segundo cuento. Este mecanismo no es sistemático en todo el libro pero esta construcción vale en parte para el conjunto de la obra. Y en el segundo libro publicado, *Responso*, se menciona el primero, *En la zona*; se trata entonces de un caso de intertexto interno. Es interesante que sea la bien llamada Concepción, la mujer de Barrios, quien lo compre y lo mencione como si lo diera a luz en el momento en que el libro entra en circulación. Los dos primeros libros *En la zona* y *Responso* ya forman una especie de móvil que abarca las primicias de la obra por venir, tanto desde el punto de vista temático y espacial (la Zona) como del punto de vista de la elaboración de la escritura (intertexto interno y recurrencia). Los textos son creaciones autónomas que elaboran relaciones complejas entre

sí y con lo real. A pesar del uso manifiesto del referente real santafesino en el proceso de escritura, la Zona se va creando de esta manera con una autonomía (respecto del referente) siempre creciente. La Zona, al ser una creación autónoma que se inspira en un referente real, no deja de interrogar las relaciones entre la ficción y lo real.

Y de la misma manera que los personajes se construyen como con esbozos o pinceladas, la propia Zona está hecha de manchas, como si de una perspectivaimpresionista se tratase. La presencia del cuadro de Van Gogh «Campo de trigo con cuervos» en la habitación de Tomatis no es, evidentemente, casual. Al contrario del condado de Yoknapatawpha de Faulkner o de la Santa María de Onetti, la Zona no tiene cartografía sino unas simples indicaciones de la ciudad y de sus alrededores. La cartografía de la Zona que se va construyendo el lector es una red de puntos (el bar de la galería, la calle San Martín, la terraza de Tomatis, la estación, la avenida del puerto, Correos, el puente colgante, el río Paraná, etc.) que configuran una cartografía mental cuyo tejido es muy suelto. Al igual que los textos, que se configuran como una constelación —como la antología de los textos de la Zona que Tomatis titula en «Amigos» de *La mayor*, con el nombre de una constelación que recuerda el nombre del río, Paratellon—, la Zona tiene el aspecto de una nebulosa, con puntos fijos y líneas que se trazan de forma imprecisa sobre la indeterminación esencial del fondo.

Ahora bien, si nos asomamos al problema del origen de la Zona, nos encontramos con un agujero, un vacío. Muchos ven en *El entenado* la novela de los orígenes. Aquello, sin duda, tiene su pertinencia. Sin embargo, es necesario precisar que el personaje-narrador, que cuenta la memoria de su vivencia entre los indios que fueron exterminados por los españoles, va a morir sin descendencia directa (adopta hijos). Lo que va a dejar es un testimonio de un mundo anterior, desaparecido, que va a fundar un mito de origen. Tanto dentro de la Zona como entre los personajes, el relato de los orígenes que se conoce no es el relato de *El entenado* sino el de la *Relación de abandonado* que, en *Glosa*, Washington pide en una edición facsimilar a Marcos y que fue escrita por el padre Quesada a partir de lo poco que se

atrevió a contestarle el entenado. Lo que circula entonces dentro de la Zona no es el testimonio del entenado sino una especie de ficción escrita por un cura benévolo portador de una visión eurocentrista. El origen es inefable, sólo se puede tener versiones parciales, subjetivas y lejanas, como en la tradición oral. Es gracias a esta pérdida del origen que se puede seguir contando. «No hay, al principio, nada. Nada». (Saer, 2004b: 11)

Siguiendo este hilo, si nos atenemos a lo que le dice Barco a Pancho en *La vuelta completa* acerca de la fundación de la Zona, nos enteramos de que no hubo *una* sino *dos* fundaciones, es decir, estrictamente hablando, que la Zona no tiene un origen sino dos, dibujando una línea de fuga, un mundo esencialmente fragmentario ya en su origen, literalmente descentrado. Además se trata de una versión, inspirada en el referente histórico, pero claramente subjetiva. Dice Barco: «Donde habían estado antes [los gallegos], el río roía las playas, y los indios la conciencia. Además, en el sur iban a estar más cerca de la repartija. Me son simpáticos esos gángsters; por lo menos hacían vida al sol y al aire libre». (2001: 195-196) El origen de la Zona, a semejanza de lo que pasa con el fundador de la ciudad, funciona como un mito que los personajes se cuentan entre sí.

## Conclusión

Como vemos, la Zona no es tan plena y homogénea como puede parecer a primera vista. La atraviesan «vacíos», «blancos», zonas de sombra, una buena dosis de indeterminación y de heterogeneidad. Recrea una memoria impresionista que se expande a través de líneas de fuga, descentramientos perpetuos, a nivel de la cronología, del manejo del tiempo (dilatado, como en *Glosa*, o mucho más precipitado, como en *El entenado*), de la construcción de los personajes, de la Zona, de las intrigas, etc. Los textos configuran fragmentos que se oponen a diversos «todos»: el «todo» que constituye lo épico y los grandes relatos —y su poder de legitimación de un poder o de un saber, tal como los analizó Jean-François Lyotard en *La condition postmoderne*—, el «todo» que constituye la novela decimonónica y su narrador omnisciente, el «todo» que constituye la empresa totalizadora de

la *Comedia Humana* de Balzac, etc. Los fragmentos tratan de luchar contra esos «todos» y al mismo tiempo tienden a formar un «todo» (algo ilusorio) en la memoria del lector. Pero Saer escribe también en reacción a otros «todos», otras totalidades: el proyecto de «novela total» latinoamericana de García Márquez y Vargas Llosa, el totalitarismo y la dictadura (pensemos en *Lo imborrable*, en *La pesquisa*), el capitalismo y las «autoridades» (Saer escribe ensayos críticos para «no darles el gusto», 1999: 12), etc. Los textos de Saer pueden ser considerados como formas de una resistencia frágil e intermitente a la gran luz cegadora, como luciérnagas en el sentido que les da Didi-Huberman.

Y lo que nos depara esta pequeña luz fragmentaria es un placer del instante que es, como tal, un placer y un destello propiamente poéticos. La paradoja de la prosa de Saer es que consigue ofrecer al lector imágenes fragmentarias, instantáneas casi fotográficas, en frases particularmente digresivas, largas, pausadas, rítmicas que juegan con las posibilidades de dislocaciones sintácticas, «fracturando» el lenguaje. Y otra vez se puede constatar la afinidad del texto saeriano con el pensamiento de Didi-Huberman, para quien «la poesía [...] es el arte de fracturar el lenguaje, de romper las apariencias, de desensamblar la unidad del tiempo» (2009: 59). Hay entonces una especie de adecuación entre el fraseo poético, fragmentado, de la prosa saeriana y su poética de la fragmentación, que oscila entre una inconclusión fundamental y la utopía de un mundo cerrado sobre sí mismo. Pero la obra saeriana es una obra abierta, que no para de moverse, como las piezas de un móvil. El instante, que coincide con el presente de lectura y de la memoria (la memoria del pasado es un acto en presente) llega a veces a surgir de forma poética. Pienso por ejemplo cuando los narradores describen los reflejos de la luz en el río: luz cabrilleante, centelleante, intermitente, que destella en el río transformándolo en una especie de serpiente multifacética, que envía sus reflejos fragmentarios a los personajes, como si éstos se movieran en un mundo caótico y fragmentario por esos reflejos de luz, luz que tiene más de luciérnaga que de gran luz. Si es cierto que la obra de Saer configura, *ahora*, un «todo», este «todo» evita el escollo del poder totalitario (de lo Uno, de la omnisciencia), porque quien

tiene que reconstruir ese «todo» es el *lector*, ubicado en el intersticio entre dos fragmentos, lugar desde donde potencialmente se puede *ver* el destello de las luciérnagas, las que nos sobreviven.

## Notas

1. Al analizar el desmantelamiento de la epopeya y sus presupuestos en la obra de escritores como Cervantes, Sterne, Flaubert, Kafka o Joyce, en «Líneas del *Quijote*» (*La narración-objeto*, 1999) Saer también describe sus preferencias y habla de modo indirecto de su propio proyecto.
2. Escribe Saer, en «La selva espesa de lo real»: «Al comienzo, el narrador no posee más que una teoría negativa [...] Antes de escribir uno sabe lo que no se debe hacer». (2004c: 262)
3. En *Trabajos*, el propio Saer comenta el íncipit del *Quijote*, dándole varias interpretaciones y concluye a favor de la autonomía de la ficción: «el no querer acordarse sugiere que poco importa cuál es ese lugar, puesto que la ficción debe preservar siempre su autonomía respecto de su referente, creando un mundo propio que no se limita a ser la copia del que supuestamente existe fuera del texto» (2006: 81).
4. Al asumir la doble función actancial y narrativa, el entenado es un caso de auto-engendramiento, similar al que Milagros Ezquerro estudia en *Pedro Páramo* con Juan Preciado, hijo sin padre: «Este fantasma de auto-engendramiento supone que la primera persona sola, genera una instancia doble. Hay que señalar que se trata de la inversión del nacimiento, donde un ser único nace de un ser doble» (2006: 103). En el caso del entenado, «el que nació antes», la imprenta juega un papel simbólico importante en este auto-engendramiento en el que el personaje-narrador es hijo de su obra (mediante el papel de sus propios hijos adoptivos que heredan de él la imprenta), ya que el lector tiene entre sus manos un libro cuya lectura actualiza dicho proceso.

## Bibliografía

- BAYARD, P. (2009). *Le plagiat par anticipation*. París: Les Éditions de Minuit.
- BERMÚDEZ MARTÍNEZ, M. (2001). *La incertidumbre de lo real: bases de la narrativa de Juan José Saer*. Oviedo: Servicio de Publicaciones y Departamento de Filología Española de la Universidad de Oviedo.
- CORBATTA, J. (2005). *Juan José Saer. Arte poética y práctica literaria*. Buenos Aires: Corregidor.

- DELEUZE, G., GUATTARI, F. (1980). «1. Introduction : rhizome». (pp. 9-37). *Mille plateaux*. París: Les Éditions de minuit.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2009). *Survivance des lucioles*. Paris: Les Éditions de minuit.
- EZQUERRO, M. (2002). *Fragments sur le texte*. París: L'Harmattan.
- (2006). *Lecturas rulfianas*. México: Universidad de Guadalajara.
- (2010). Fragments de miroirs brisés. Le fragment comme paradigme de l'esthétique post-moderne. En BESSE M.G. (Coord.). *Les grands récits à l'épreuve des mondes ibériques et ibéro-américains*. París: INDIGO & Côté-femmes.
- GENETTE, G. (1972). *Figures III*, París: Seuil.
- ISER, W. (1976). *L'acte de lecture. Théorie de l'effet esthétique*. Bruselas, Pierre Mardaga.
- LARRAÑAGA-MACHALSKI, S. (1994). *Littérature, réel et imaginaire dans l'œuvre de Juan José Saer*. París: Tesis de doctorado, Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3 (microfichas).
- LYOTARD, J-F. (1979). *La condition postmoderne*. París: Les Éditions de Minuit.
- PREMAT, J. (2002). *La dicha de Saturno. Escritura y melancolía en la obra de Juan José Saer*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- QUIGNARD, P. (2005). *Une gêne technique à l'égard des fragments*. París: Éditions Galilée.
- SAER, J.J. (1999). *La narración-objeto*. Buenos Aires: Seix Barral.
- (2001). *La vuelta completa*. Buenos Aires: Seix Barral [Rosario, Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, 1966].
- (2003). *En la zona*. Buenos Aires: Seix Barral, 2003 [Santa Fe, Castellví, 1960].
- . (2004a). *El limonero real*. Buenos Aires: Seix Barral. [Barcelona, Planeta, 1974].
- (2004b). *Nadie nada nunca*. Buenos Aires: Seix Barral. [México, Siglo XXI Editores, 1980].
- (2004c). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral. [Buenos Aires: Ariel, 1997].
- (2006). *Trabajos*. Buenos Aires: Seix Barral. [2005].



### **Datos de la autora**

Pénélope Laurent | Francia

Doctora en Literatura Hispanoamericana (Université de Paris Sorbonne-Paris IV). Profesora universitaria de literatura hispanoamericana en la Université de Paris Sorbonne-Paris IV, CRIMIC, Francia.

Correo electrónico: [penelope.laurent@paris-sorbonne.fr](mailto:penelope.laurent@paris-sorbonne.fr)

### **Acerca del artículo**

Este artículo recupera la conferencia dictada en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (Paraná, Argentina), el 05/08/2015, en el marco de la Beca del Erasmus Mundus Master «Crossways in Cultural Narratives», Doctorado en Ciencias Sociales de la UNER y Secretaría de Investigación y Posgrado de la FCEdu-UNER.

Fecha de recepción: 16/05/2016

Fecha de aceptación: 18/4/2017



# Enrique Gómez Carrillo, lector de relatos de viaje de escritores europeos

Laura Giaccio | UNLP-CONICET  
lauragiaccio@gmail.com

## Resumen

Este trabajo se propone reconstruir algunos aspectos del viaje de Enrique Gómez Carrillo a Argentina en el año 1914, del que da cuenta en su libro *El encanto de Buenos Aires*, publicado ese mismo año. Especialmente, examina su figura como lector de relatos de viaje escritos por europeos que llegaron a Buenos Aires en torno al Centenario de la Revolución de Mayo (1910). De este modo, el artículo tiene como objetivo estudiar los diálogos que el autor guatemalteco entabló en su crónica con viajeros provenientes de Europa, específicamente de Francia y España, como Jules Huret, Georges Clemenceau, Pierre Baudin y Santiago Rusiñol.

**Palabras clave:** relato de viaje, Enrique Gómez Carrillo, lector

## Enrique Gómez Carrillo, reader of travel stories of European writers

### **Abstract**

This work intends to reconstruct some aspects of the trip of Enrique Gómez Carrillo to Argentina in the year 1914, represented in his book *El encanto de Buenos Aires*, published that same year. Especially, it examines his figure as a reader of travel stories written by Europeans who arrived in Buenos Aires around the Centenario de la Revolución de Mayo (1910). In this way, the article aims to study the dialogues that the Guatemalan author began in his chronicle with travelers from Europe, specifically France and Spain, such as Jules Huret, Georges Clemenceau, Pierre Baudin and Santiago Rusiñol.

**Keywords:** travel story, Enrique Gómez Carrillo, reader

## Enrique Gómez Carrillo, lector de relatos de viaje de escritores europeos

«El mejor viaje sería el que proporciona fragmentos de novedad absoluta en terrenos arados durante décadas».

Beatriz Sarlo, *Viajes*.

### 1. Introducción

En 1914 Enrique Gómez Carrillo viajó por primera vez a Argentina. De su estancia en la ciudad capital resultaron las crónicas tituladas *El encanto de Buenos Aires*, algunas publicadas en 1914 en *La Nación*, y posteriormente, en formato libro ese mismo año en Madrid. En este texto expone su experiencia de viaje y representa Buenos Aires desde diferentes aspectos. Las descripciones que Gómez Carrillo realiza de la ciudad devienen de su experiencia como turista, pero a su vez, también están mediadas por las lecturas que llevó a cabo de relatos de viaje escritos por europeos que visitaron Argentina en torno al Centenario de la Revolución de Mayo (1910). Este trabajo se propone reconstruir algunos aspectos del viaje de Gómez Carrillo y analizar su figura como lector y escritor de libros de viaje. Se centrará, en particular, en los diálogos que el autor guatemalteco entabló en sus crónicas con los escritores europeos de relatos de viaje.

En torno al Centenario de la Revolución de Mayo, entre 1909 y 1914, llegaron a Argentina una gran cantidad de escritores de renombre desde Europa, especialmente, de Francia y España como Georges Clemenceau, Anatole France, Ramón del Valle-Inclán, Vicente Blasco Ibáñez, Felipe Trigo, Rubén Darío, entre otros. Esta afluencia se produjo durante el período de modernización literaria en Latinoamérica, momento que se puede definir como la «época de máximo prestigio y divulgación del viaje, que coincidió paradójicamente, con el comienzo de su declinación» (Colombi, 2004: 13). Este fenómeno de entresiglos se origina en el cosmopolitismo y se liga a la creciente intercomunicación de escritores de ambos lados del Atlántico, en especial entre Argentina, España y Francia —estos dos últimos, ejes

intelectuales en el 1900 (Ugarte, 1947)— debido al esfuerzo sistemático de «religación» (Zanetti, 1994), de tender redes intelectuales a través de vínculos en revistas culturales y periódicos, en espacios de sociabilidad, por medio de la correspondencia, el mutuo envío y conocimiento de obras, y mediante los viajes que posibilitaban los contactos directos entre intelectuales de diferentes nacionalidades en las capitales culturales. Para esta «generación de viajeros» (Ugarte, 1947) existió un espacio de unión: una geografía integrada por tres polos religadores: Buenos Aires, Madrid/Barcelona y París. Si en aquel momento París era «la capital del universo literario» (Casanova, 2001), Buenos Aires sería «la París de Sudamérica» no sólo por su modernidad material, sino por su rol como «centro irradiador del modernismo» (Zanetti, 1994).

Desde la década de 1880, en Argentina habían comenzado algunos fenómenos que durante la primera década del siglo XX estuvieron en proceso de consolidación: la expansión y modernización de la prensa periódica, la ampliación del público lector, la profesionalización del escritor, la emergencia de un mercado editorial, la afirmación del «teatro nacional», la aparición de reivindicaciones corporativas, la fundación de instituciones culturales. El «primer campo literario» (Gramuglio, 1992) se caracterizó por ser una comunidad literaria que tenía por particularidad las relaciones de camaradería entre sus miembros puesto que éstos se relacionaban entre sí asiduamente en diferentes espacios de sociabilidad como los cafés, cervecerías y restaurantes, las librerías, las redacciones de diarios y, en casos especiales, en homenajes y banquetes, presentaciones de libros, estrenos de obras teatrales y conferencias.

Es significativo el momento en que los escritores extranjeros mencionados previamente visitaron Buenos Aires ya que, desde principios de siglo, la ciudad se había ido modernizando y embelleciendo, dejando atrás su aspecto de «Gran Aldea». Muchas de las modificaciones que sufrió Buenos Aires se debieron a los preparativos del primer centenario de Argentina. 1910 fue la fecha convenida por las clases dirigentes para festejar la Nación y mostrar sus progresos al mundo (Devoto, 2010). Durante los años en torno

a este acontecimiento se vivió un ambiente impregnado por el «espíritu del Centenario» (Romero, 1997), y no sólo se llevó a cabo una reconstrucción simbólica de relatos, imágenes y mitos relativos a la identidad nacional, sino que se erigió a Buenos Aires como un escenario con el fin de realizar la ostentosa celebración.

En este marco de divulgación del viaje, de cosmopolitismo y modernización, de intercomunicación entre escritores que habitaban en Latinoamérica y Europa, y de consolidación del campo cultural argentino es que se analizará el viaje y la producción relativa al mismo en Enrique Gómez Carrillo.

## **2. El viaje de Gómez Carrillo y *El encanto de Buenos Aires***

En 1914, en las postrimerías del Centenario, Enrique Gómez Carrillo abandonó su hogar en la «meca literaria», París, para realizar un viaje de placer con destino a Argentina, «para descansar, para pasearme, para vivir tranquilamente, durante un mes, como rentista» (Gómez Carrillo, 1914: 6). Después de días de navegación, llegaría a la ciudad de Buenos Aires el 21 de mayo, donde una delegación especial, encabezada por el escritor Enrique García Velloso, lo estaría esperando para recibirlo. En una fotografía encontrada en el Archivo General de la Nación Argentina (AGN) ha quedado registrado este acto donde se observa al viajero rodeado por sus anfitriones (ver imagen 1 del Anexo). Ese mismo día *La Nación* publicó un texto de bienvenida al escritor en donde se destacan sus facetas como cronista y viajero (S/F, 1914a).

Con respecto a sus actividades de sociabilidad, durante el mes que estuvo hospedado en la ciudad, recibió dos importantes banquetes: uno por iniciativa de la revista *Nosotros* y otro de despedida, por parte de *La Nación*. El diario dio cuenta de estas reuniones en dos extensas crónicas en donde se incluyeron los pormenores de los eventos. El banquete de *Nosotros* se llevó a cabo en el Hotel París el 6 de junio. La mesa estuvo presidida por Rafael Obligado. Ofrecieron demostraciones, en primer lugar, Juan Pablo Echagüe con un discurso que *La Nación* publicó completo. Posteriormente lo hicieron Eduardo Talero con un poema, Carlos Schaeffer Gallo con un soneto, Hugo de Achával con un brindis titulado «Los dísticos leoninos», Edmundo

Bianchi con unas estrofas de Manuel Arrieta y Guillermo Sullivan con una breve participación. A pedido de los concurrentes, Rafael Obligado pronunció un brindis que fue seguido por una intervención de Gómez Carrillo, que apareció en el diario de los Mitre (S/F, 1914b). Unos días después, el 15 de junio, *La Nación* le realizó la despedida al viajero. El evento también reunió a personalidades del campo literario argentino. Tanto Jorge Mitre como Joaquín de Vedia, este último en nombre de los redactores y empleados del diario, dedicaron discursos a Gómez Carrillo y, por último, se leyó un artículo de Max Nordau sobre el convidado, que fue escrito exclusivamente para *La Nación*. A saber, fue este mismo diario el que publicó una crónica del banquete que incluía una fotografía (ver imagen 2 del Anexo), las intervenciones que mencionamos anteriormente y la lista completa de concurrentes, que fueron alrededor de ochenta (S/F, 1914c).

Asimismo, el viajero recorrió algunas redacciones de diarios y revistas, actividad de rutina que realizaban los escritores viajeros que llegaban al país. En otra fotografía relevada en el AGN quedó conservado un momento de la visita a las oficinas de *El Correo de Galicia*, en donde también se agasajó a Gómez Carrillo con un lunch (ver imagen 3 del Anexo).

Gómez Carrillo no solo se encontró con sus pares escritores sino también con políticos, ya que tuvo la ocasión de ser invitado por el intendente de Buenos Aires Joaquín de Anchorena para realizar una excusión por la ciudad. Finalmente, su estadía en Argentina concluyó el 16 de junio de 1914 cuando Gómez Carrillo partió hacia París. A pesar de que ella solo duró apenas un mes y de que tenía como propósito el descanso, se transformaría en un momento propicio para que el viajero escribiera unas crónicas sobre su experiencia de viaje.

*El encanto de Buenos Aires* comienza con una dedicatoria a Enrique García Velloso, en la cual se describe una escena en la redacción de *La Nación*. Los dos amigos, García Velloso y Gómez Carrillo conversaban sobre su visita a un teatro porteño, cuando Jorge Mitre, director del diario, le pidió a este último que escribiera unas crónicas sobre sus andanzas por Buenos Aires. Ante la petición, el viajero exclama: «¡Hay ya tantos libros sobre la



Argentina!... ¡Y son tan serios, tan documentados, los tales libros! –¡Qué voy a decir yo que no esté ya dicho!» (Gómez Carrillo, 1914: 6). A pesar de esta circunstancia que hace dudar al escritor, Gómez Carrillo decidió emprender el trabajo de escritura, ya que como afirma a continuación, él podía ofrecer una mirada distinta sobre la ciudad:

«Sí había algo para decir, o por lo menos, aun había que decir ciertas cosas de un modo que los Huret, los Clemenceau, los Baudin y demás publicistas graves no habían empleado en sus libros. Y pensé también que ese 'algo', un algo en apariencia frívolo, en el fondo trascendental, tal vez yo podía escribirlo mejor que mis predecesores, no por tener más talento que ellos, no, sino porque mi alma siente la gracia de ciertas ciudades con una intensidad que los grandes ministros y los grandes periodistas desdeñan». (Gómez Carrillo, 1914: 7).

En el fragmento, Gómez Carrillo se diferencia de sus predecesores franceses que viajaron a Argentina en torno al Centenario. Él se presenta como un escritor que, en sus textos, vuelca sus impresiones, sus sentimientos, en suma: lo que provocaban en su subjetividad el paisaje y la vida de las ciudades que visitaba. En *Treinta años de mi vida*, Gómez Carrillo transcribe una conversación sobre su crónica de viaje porteña que tuvo con otro escritor que viajó a Argentina desde Europa en el Centenario, Ramón del Valle-Inclán:

«Me acuerdo que cuando al regreso de mi primer viaje a la Argentina, le hablé a Valle-Inclán del libro que acababa de escribir, y que iba a publicar con el título de *El encanto de Buenos Aires*, el gran don Ramón, sonriendo diabólicamente, me preguntó:

—Pero ¿qué va usted a decir de aquel pueblo?

—Lo que sentí— le contesté.

Si él hubiera insistido y me hubiera pedido una síntesis de mi obra, no habría logrado complacerle, porque en general mis cuadros son el espejo inmediato de lo que experimento al contacto de la realidad y muy a menudo pasan de mi retina al papel sin dejarme recuerdo neto» (Gómez Carrillo, 1918: 197).

Esta postura era característica de la crónica modernista que, como afirma Rotker «se distancia de la 'externidad' de las descripciones, defendiendo el yo del sujeto literario y el derecho a la subjetividad» (2005: 128). En el espacio del periódico de aquel momento, se podía diferenciar al *repórter* que perseguía la mimesis, del cronista modernista que buscaba el subjetivismo de la mirada. El propio Gómez Carrillo en el fragmento anteriormente citado pone en evidencia esta división al caracterizar a Jules Huret<sup>1</sup>, Pierre Baudin<sup>2</sup> y Georges Clemenceau<sup>3</sup> como publicistas, ministros y periodistas, en contraposición a su figura de escritor.

Gómez Carrillo fue el gran viajero modernista, el que visitó no sólo Europa, sino también destinos exóticos como Japón, Marruecos, Medio Oriente, Egipto, China, y fue el más prolífico escritor de crónicas de viaje en castellano de su época. Asimismo, teorizó sobre el relato de viaje y sobre los viajeros y turistas<sup>4</sup>. Podemos caracterizarlo, teniendo en cuenta la tipología de viajeros de Todorov, como un «viajero impresionista», un sujeto de la experiencia que busca la percepción de sonidos, aromas, sabores e imágenes y, que realiza observaciones subjetivas sobre las costumbres de la población y del paisaje. Este viajero se lleva, en el caso del escritor, esbozos escritos sobre las impresiones que los espacios y los seres producen en él. Pierre Loti fue el escritor que sistematizó esta actitud a fines del siglo XIX, que fue retomada Gómez Carrillo al que llamaron «el Loti castellano» (Darío 1929: 85)<sup>5</sup>. Además de dejarse llevar por sus impresiones y sensaciones, como afirma Colombi (1996) y como se puede ver en sus crónicas de viaje, Gómez Carrillo se documentaba leyendo textos sobre el país que visitaría. Sus variadas lecturas pueden ser rastreadas en sus textos ya que él mismo se encargaba de citarlas. De esta forma, encontramos al Gómez Carrillo escritor, viajero, y a su vez, lector. Esta tríada es la que aparece en sus crónicas de viaje.

Retomemos la dedicatoria de *El encanto de Buenos Aires* en donde Gómez Carrillo da cuenta de la cantidad de libros que hay sobre Argentina. Allí en su exclamación, aparece el tópico del «viajero tardío», que es aquel que llega a un sitio en un momento en que ya ha sido todo dicho: es decir, en el que hay una saturación de las representaciones de ese espacio. Más allá de que

Gómez Carrillo se sintiera un «viajero tardío», decidió escribir sobre Buenos Aires. Ahora bien, esos textos de viajeros que llegaron al país antes que él (Jules Huret, Pierre Baudin, Georges Clemenceau y Santiago Rusiñol) serán nombrados y citados por el escritor guatemalteco con distintos propósitos.

Si Gómez Carrillo fue un prolífico escritor de crónicas de viaje, también fue el escritor latinoamericano que pudo ingresar y ser aceptado por los círculos literarios franceses más importantes de principios de siglo XX. Por sus habilidades dentro del campo literario pudo acercarse a los grandes escritores, colaborar en revistas prestigiosas como el *Mercure de France* como responsable de la sección «Letras españolas», trabajar de editor en la prestigiosa editorial Garnier y asistir a los *dîners* de *La Plume*, así como a otros espacios de sociabilidad del Barrio Latino<sup>6</sup>. Esa destreza también le brindó la oportunidad de traducir y prologar los libros de Huret sobre su viaje sudamericano: *La Argentina. De Buenos Aires al Gran Chaco* y *La Argentina. Del Plata a la Cordillera de los Andes*, publicados en 1911. Estos textos pueden considerarse como dos de las mejores expresiones de la literatura de viaje de principios del siglo XX sobre Argentina.

En el prólogo a *La Argentina. De Buenos Aires al Gran Chaco*, Gómez Carrillo da cuenta de la mirada de Huret y su trabajo: «Su pupila es despiadada [...] Nadie en efecto ve tan claro como él. Al mismo tiempo, nadie es menos impersonal en la transcripción de sus visiones. Entre mil croquis de ciudades, el suyo se reconoce en el acto, por la lealtad del conjunto» (Gómez Carrillo, 1911a: 11). Y después afirma: «Sus obras son archivos extraordinarios de documentos [...] Porque este viajero es un inquisidor universal. Todo lo estudia, todo lo analiza, todo lo sondea» (Gómez Carrillo, 1911a: 15-16). Como dijimos anteriormente, las crónicas de viaje de Gómez Carrillo son la combinación de sus sensaciones y sus lecturas sobre el espacio visitado. Por tanto, se diferencia de Huret en dos aspectos: por un lado, éste es un escritor viajero que tiene como objetivo transcribir la realidad tal como la ve, como si fuera una cámara fotográfica, y Gómez Carrillo, en cambio, expone las sensaciones que los sitios le producen a su subjetividad; por otro lado, Huret recorre Buenos Aires tratando de cubrir todos sus elementos, en

contraposición al escritor guatemalteco que, como no tenía como objetivo recolectar material sobre el cual escribir, muestra la ciudad que llegó a ver durante su paseo. Es decir, que en sus crónicas no se observa un esfuerzo por describir una Buenos Aires en su totalidad.

A pesar de esta diferencia, Gómez Carrillo se asemeja al documentado Huret específicamente en su trabajo como lector y ésta es una de las razones por las que toma el texto del escritor francés como una voz autorizada. Podemos pensar que, si Loti era su escritor faro, en *El encanto de Buenos Aires*, ese lugar lo ocupará Huret. Asimismo, el hecho de que el nombre de Jules Huret sea el más reiterado en su crónica de viaje porteña no es algo inocente, sino que podría pensarse como una estrategia de Gómez Carrillo para promocionar su traducción al español de los dos libros del viajero francés.

En la crónica «Florida la bien nombrada» de *El encanto de Buenos Aires*, en el apartado «Esto es Turquía», Gómez Carrillo hace referencia a una confitería en la que los hombres y las mujeres están separados por sexo. Sobre ello dice:

Yo me siento triste, triste, triste [...] Y las líneas de Huret sobre este asunto, que tan fantásticas me parecían hace algún tiempo, acuden ahora a mi memoria como una pintura tristemente fiel. «Los hombres y las mujeres –dice el viajero francés– se ven, es verdad; pero separadamente. Los hombres se reúnen en el club o en sus tertulias para hablar de los sucesos políticos o de sus estancias, y las mujeres, por su parte, organizan bailes, tés, *bridges* y *garden-parties*, de las que son excluidos los hombres...» (Gómez Carrillo, 1914: 60).

En este caso, Gómez Carrillo utiliza el texto de Huret para convalidar lo que él observó en su visita a Buenos Aires. Lo interesante es que cita directamente un fragmento completo del texto del viajero francés, que fue traducido por él mismo. De esta forma, podríamos decir que Gómez Carrillo cita a Huret a través de su propia voz. Además, a pesar de que afirmase que rememoraba las palabras de Huret, en el texto se evidencia que, en el momento de escritura de la crónica, Gómez Carrillo tenía a su lado los libros del autor francés como si fueran una guía o un manual de los que directamente copiaba fragmentos.

Otros viajeros franceses que aparecen mencionados en reiteradas oportunidades por Gómez Carrillo son Georges Clemenceau y Pierre Baudin. De este último, solo encontramos una breve cita:

Negar la cultura admirable de un pueblo que tiene esta Prensa, y estas Universidades, y esta *élite*, y que es la patria de Zonza Briano, de Larreta, de Lugones, de Parravicini, de Irurtia, de Murature, de Jorge Mitre, de José Ingenieros, de Cantilo, de muchos otros que con igual desinterés y con igual ardor cultivan la belleza o las ideas, es cometer una injusticia. El mismo Pierre Baudin dice: «Así, a la cabeza del país, se descubre una sociedad muy avanzada, muy culta, de elevado gusto» (Gómez Carrillo, 1914: 250).

Menos citados que Huret, los nombres de Clemenceau y Baudin también aparecen como voces autorizadas, pero no para validar las observaciones de Gómez Carrillo, sino que pareciera que fuera solo para dar cuenta de su «library navigation» (De Certeau, 2000). En otras palabras: las menciones conveniente y minuciosamente seleccionadas cumplen el papel de enseñar sus lecturas de relatos de viaje a Argentina, que le aportaban una imagen de escritor lector refinado y conocedor de las últimas novedades editoriales parisinas sobre la materia.

Si para Gómez Carrillo los escritores viajeros franceses eran una autoridad intelectual y voces fieles a la realidad argentina del Centenario, no lo fue así el texto del viajero español, Santiago Rusiñol<sup>7</sup>, al que el escritor guatemalteco confronta: «porque mal que pese a mi amigo Santiago Rusiñol, cuyo libro sobre la Argentina es un ramillete formado con todas las flores de la injusticia, la característica de esta ciudad es el buen gusto» (Gómez Carrillo, 1914: 29). Al final de su crónica de viaje, directamente rechaza las observaciones de Rusiñol: «¿Triste esta gente, tristes estos hombres, tristes estas mujeres?... No. ¿Por qué han de serlo? Las causas que mi querido y admirado Rusiñol indica son absurdas» (Gómez Carrillo, 1914: 266).

Gómez Carrillo conocía diferentes aspectos de Buenos Aires debido a su empeño por documentarse. En el siguiente fragmento, a través de la repetición del verbo saber, el escritor guatemalteco deja en claro sus conocimientos y lecturas de relatos de viaje a Argentina de autores franceses:

«Las noches del Colón, las noches de los grandes estrenos, de las grandes funciones de gala, de los grandes debuts...

Como todo el mundo, yo había, naturalmente oído hablar de todo eso. *Sabía* por los Huret, por los Baudin, por los Clemenceau, que comparadas con ellas las noches de la Ópera parisiense resultan menos luminosas y menos estrelladas. *Sabía* que sus millares de espectadores representan, en los días de lleno, la masa considerable de níveas pecheras y de brazos marmóreos que se ve en el mundo. *Sabía* que en el inmenso hemiciclo de la sala se superponen, desde la platea hasta la cazuela, una serie de corbeilles de flores femeninas más bellas que un ensueño de poeta árabe. *Sabía*, en fin, su prestigio, su riqueza y su esplendor». (Gómez Carrillo, 1914: 71-72) (Resaltado mío)

Ahora bien, por otro lado, Gómez Carrillo también había obtenido un conocimiento sobre Argentina gracias a sus lecturas de, por un lado, variados autores argentinos como Alberto Gerchunoff, César Duayen (Emma de la Barra), José Cantilo, Domingo F. Sarmiento, Alberto Ghirardo, Roberto Payró, Julián Martel, Manuel Gálvez, José Hernández y por otro lado, de las publicaciones periódicas como el diario *La Razón* y la revista *Nosotros*, que aparecen nombrados en *El encanto de Buenos Aires* cuando Gómez Carrillo pone por escrito su mirada sobre la ciudad. Es decir que, nuevamente, le interesa dar cuenta de sus múltiples lecturas —no ya solo de libros de viajes— y de su conocimiento sobre la literatura y cultura argentina.

### 3. Conclusiones

Buenos Aires fue representada por una gran cantidad de viajeros europeos desde fines del siglo XVIII hasta 1910. A pesar de esto, Gómez Carrillo eligió relacionar *El encanto de Buenos Aires* con otros textos de escritores contemporáneos europeos, especialmente con los de sus colegas franceses. Esta decisión podría deberse a la autofiguración de Gómez Carrillo como un escritor cuya pertenencia se encontraba en París, como centro de la vida literaria.

Enrique Gómez Carrillo llegó a Argentina desde París en 1914 como un «viajero tardío». Más allá de ser un escritor latinoamericano no encontramos

en su texto indicios o marcas de que su viaje al continente americano fuera un «retorno» a sus orígenes, sino que, más bien, él se sitúa como un escritor europeo que viaja al «Nuevo mundo», del centro a la periferia. Esa posición se observa a través de los autores que cita, todos europeos, y en especial, franceses.

Si Huret y Clemenceau habían escrito sobre Argentina, él también lo haría a su mismo nivel, pero desde un ángulo diferente. Como escritor modernista brindaría un tipo de texto de carácter impresionista y subjetivo. En *El encanto de Buenos Aires*, Gómez Carrillo se presenta como escritor, viajero y lector. Su estadía cubrió aspectos relevantes para un escritor viajero: el primero, conocer y recorrer nuevas tierras, y el segundo, vincularse con personalidades de la cultura y la política. Pero, sobre todo, su viaje se completaría con la petición del director de *La Nación* de unas crónicas sobre su estadía en Buenos Aires y su posterior escritura.

Volviendo a la cita de Beatriz Sarlo: «el mejor viaje sería el que proporciona fragmentos de novedad absoluta en terrenos arados durante décadas» (2014: 26), podemos pensar que, si Enrique Gómez Carrillo ya conocía Buenos Aires por sus múltiples lecturas, su viaje le brindaría novedades que no esperaría. Esas novedades serían el resultado de su experiencia como viajero, sus sensaciones ante la vida cotidiana y cultural, los habitantes, el paisaje urbano, el cosmopolitismo y las costumbres de Buenos Aires, que posteriormente volcaría en sus crónicas porteñas.

#### 4. Anexo fotográfico



Imagen 1: Recepción de Gómez Carrillo en el puerto de Buenos Aires. Junio 1914.  
Foto: *Archivo General de la Nación*. Departamento de Documentos Fotográficos.  
Caja 2474, inventario 127222.



Imagen 2: El banquete de *La Nación* en honor a Gómez Carrillo.  
Foto: *La Nación*, 16 de junio de 1914.





Imagen 3: Enrique Gómez Carrillo en la redacción de *El Correo de Galicia*. A su derecha se encuentra, su colega, Enrique García Velloso. Junio 1914. Foto: Archivo General de la Nación. Departamento de Documentos Fotográficos. Caja 2474, inventario 127223.

## Notas

1. Jules Huret (1863-1915), nacido en Francia, se destacó en su labor como periodista. Es especialmente famoso por su «enquête» sobre la evolución literaria, donde entrevistó sobre el tema a Zola, Maupassant, Renan, Huysmans, Anatole France, Verlaine, Goncourt, entre otros. Asimismo, fue un gran viajero que recorrió Estados Unidos, Canadá y Alemania, y fue célebre por sus libros de viaje sobre estos países. No solo visitó los países del norte, sino que viajó hasta Argentina en 1909 para realizar unas crónicas sobre el país que aparecieron en *Le Figaro* y que en Buenos Aires se disputarían *La Prensa* y *La Nación*. Luego, en 1911 se editaron en París en formato libro en francés y en español. Recorrió un amplio territorio argentino, desde La Quiaca hasta el Nahuel Huapi.

2. Pierre Baudin (1863-1917) fue un político francés. Viajó a Argentina como embajador extraordinario en 1910, donde cumplió también el papel de Comisario General de la Exposición Internacional del Centenario, representando a Francia. De su labor en el país, escribió un reporte sobre la Exposición que se publicó en 1911. Sobre Baudin véase Mosain.

3. Georges Clemenceau (1841-1929) fue un periodista y escritor francés, famoso por publicar en *L'Aurore* el texto «J' accuse...!» de Emile Zola. De gran relevancia fue su carrera como político, ya que llegó a ser Primer Ministro de Francia entre los años 1906 y 1909. Visitó Argentina especialmente para dar una serie de conferencias en 1910 en el Teatro Odeón. Su viaje, que se extendió por el interior del país, fue registrado en crónicas ilustradas con fotografías, que se publicaron en la revista *L'Illustration* y al año siguiente, se reunieron en un libro editado en Argentina. Por otra parte, en su visita se produjo un hecho de suma importancia para el ámbito de la cultura nacional: como consecuencia de un conflicto entre Clemenceau y una compañía teatral que estaba representando sin autorización en Buenos Aires su comedia *El velo de la felicidad*, el Congreso de la Nación sancionó la llamada «Ley Clemenceau», la primera en legislar sobre los derechos de autor en Argentina.

4. Sobre este tema véase los trabajos de Hajjaj y Colombi, quienes han realizado análisis de algunas crónicas de viaje de Gómez Carrillo y de su figura como escritor viajero.

5. Uno de los primeros textos en el cual Gómez Carrillo teorizó sobre el tema de los viajes debe haber sido el que se publicó en 1909 en *La Nación*, dentro de sus crónicas tituladas *La vida parisiense*. Éste llevaba como subtítulo «La moda de viajar-Todos viajan-Todos publican libros de viaje-La evolución del género-La psicología-El amor de los paisajes-Partir es morir un poco-La voluptuosidad del viaje-La retórica del viaje». Posteriormente, publicaría varios textos sobre el mismo tema –seguramente reescrituras del de 1909–, entre los que, tal vez, el más conocido sea «Psicología del viajero» (1910). En ellos proponía lo que llevaría a cabo en sus crónicas de viaje: dejarse guiar y darles el papel principal a las sensaciones. Es por esta razón que se lo relacionaba con la escritura de Pierre Loti.

6. Sobre la figura de Gómez Carrillo en Francia y España, su rol como director de *El Nuevo Mercurio* de 1907 y como nodo de la red modernista, véase los trabajos recientes de Jiménez Aguirre, Merbilhaá, Siskind y Ehrlicher.

7. Santiago Rusiñol (1861-1931) fue un escritor y pintor catalán. Viajó a Argentina en 1910 como director artístico de la compañía teatral de Enrique Borrás. Como la mayoría de los «viajeros del Centenario» escribió unas crónicas de viaje que se publicaron en la prensa española y también en formato libro en 1911 con el título *De Barcelona al Plata*.

## Bibliografía

S/F (1914a). «Enrique Gómez Carrillo. Su llegada». *La Nación*, 21 de mayo.

S/F (1914b). «Gómez Carrillo. El banquete de anoche». *La Nación*, 7 de junio.

S/F (1914c). «Enrique Gómez Carrillo. La despedida de *La Nación*». *La Nación*, 16 de junio.

CASANOVA, P. (2001). *La República mundial de las Letras*. Barcelona: Anagrama.

COLOMBI, B. (1996). «La crónica y el viaje: Enrique Gómez Carrillo», en: *Revista Celehis* 5: 183-192.

———(2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo.

———(2010). «El viaje, de la práctica al género». (pp. 287-308). En: MARINONE, M. y TINEO, G. (Eds.). *Viaje y relato en Latinoamérica*. Buenos Aires: Katatay.

DARÍO, R. (1929). *Cabezas. Pensadores y artistas. Políticos. Novelas y novelistas*. Madrid: Imprenta de Galo Sáez.

DEVOTO, F. (2010) *El país del primer Centenario. Cuando todo parecía posible*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

DE CERTEAU, M. (2000). *Heterologies. Discourse on the Other*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

EHRLICHER, H. (2015). «Enrique Gómez Carrillo en la red cosmopolita del modernismo», en: *Iberoamericana* 60: 41-60.

GÓMEZ CARRILLO, E. «La vida parisiense» (1909), en *La Nación*, 14 de febrero.

———(1910). «La psicología del viajero». En: *Pequeñas cuestiones palpitantes*. Madrid: Sucesores de Hernando.

———(1911). «Prólogo». (pp. 7-17). En: Huret, J. *La Argentina. De Buenos Aires al Gran Chaco*. París: Louis Michaud.

———(1914). *El encanto de Buenos Aires*. Madrid: Perlado, Páez y Compañía.

———(1918). *Treinta años de mi vida. Libro 1°. El despertar del alma*. Buenos Aires: Casa Vaccaro.

GRAMUGLIO, M. T. (1992). «La construcción de la imagen». (pp 35-65). En: Tizón. H. y ots. *La escritura argentina*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral- Ediciones de la Cortada.

HAJJAJ, K. (2002). *Oriente en la crónica de viajes: el modernismo de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: < <http://eprints.ucm.es/3380/1/T20105.pdf> > [10 de marzo de 2017].

HURET, J. (1911a). *La Argentina. De Buenos Aires al Gran Chaco*. Trad. Enrique Gómez Carrillo. París: Louis Michaud.

———(1911b). *La Argentina. Del Plata a la Cordillera de los Andes*. Trad. Enrique Gómez Carrillo. París: Louis Michaud.

JIMÉNEZ AGUIRRE, G. (2010). «Estela intercontinental de El Nuevo Mercurio (1907)»

(pp.). En: CRESPO, R. (Coord.). *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*. México D. F.: UNAM-Ediciones Eón.

MERBILHAÁ, M. (2014). «El Nuevo Mercurio (1907) en el eje España/Francia/América», en: *Anales de literatura española* 24: 287-308.

MOSAIN, M. (2010). *Pierre Baudin (1863-1917). Un radical-socialiste à la Belle Epoque*. Université d'Orléans. Disponible en: < <https://halshs.archives-ouvertes.fr/tel-00461257/document> > [15 de marzo de 2017].

ROMERO, J. L. (1997). *Las ideas en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Edición en la Biblioteca Actual.

ROTKER, S. (2005). *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica.

RUSIÑOL, S. (1999). *De Barcelona al Plata. Un viaje a la Argentina de 1910*. Barcelona: Ediciones B.

SARLO, B. (2014). *Viajes*. Buenos Aires: Seix Barral.

SISKIND, M. (2014). *Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America*. Evanston: Northwestern University Press.

TODOROV, T. (1991). «Retratos de viajeros». En: *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.

UGARTE, M. (1947). *Escritores iberoamericanos de 1900*. México: Vértice.

ZANETTI, S. (1994). «Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)». (pp. 489-534). En: PIZARRO, A. (Org.). *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura*. São Paulo: Unicamp.

### **Datos de la autora**

Laura Giaccio | Argentina

Profesora en Letras. Estudiante del Doctorado en Letras (UNLP). Becaria en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (Universidad Nacional de La Plata- CONICET), Argentina.

Correo electrónico: lauragiaccio@gmail.com

### **Acerca del artículo**

Este artículo recupera algunos avances de la tesis de la autora para el Doctorado en Letras (UNLP).

Fecha de recepción: 29/04/2017

Fecha de aceptación: 11/08/2017



# ***Ethos* y concepto: una genealogía de la verdad en Friedrich Nietzsche**

Fernando Juan Fava | UNER-CIFPE  
ferjfava@hotmail.com

## **Resumen**

El siguiente artículo aborda el problema de la verdad en Nietzsche desde un enfoque histórico-genealógico de los *Nachgelassene Fragmente*, comprendidos entre 1869 y 1873. Retomando la crítica a la metafísica desde los elementos vertidos en *Über Wahrheit un Lüge im aussermoralischen Sinne*, el presente trabajo explicita las dimensiones estética-éticas implícitas en la génesis de los conceptos. Para Nietzsche en el origen del lenguaje no sólo se encuentran expresas capacidades artísticas-interpretativas y condicionamientos de órdenes fisiológicos, sino también, imperativos y prácticas sociales. El problema de la verdad no reside en el juicio lógico-proposicional, como lo planteara la tradición, sino que se enmarca en lo verosímil y la veracidad que determina el «impulso de verdad», el *ethos*. De este modo, desplazando lo más genuino del comportamiento metafísico, al ámbito de la configuración estética arraigada en la praxis, la perspectiva nietzscheana resulta significativa para pensar las problemáticas sociales y humanas actuales.

**Palabras clave:** verdad, Nietzsche, *ethos*

## *Ethos* and concept: a genealogy of the truth in Friedrich Nietzsche

### **Abstract**

The following article is about the problem of truth in Nietzsche from a historical-genealogical approach of the *Nachgelassene Fragmente*, between 1869 and 1873. From the elements of the critique of metaphysics that Nietzsche develops in *Über Wahrheit und Lüge im aussermoralischen Sinne*, the objective of the present work is to make explicit the aesthetic-ethical dimensions implicit in the genesis of concepts. For Nietzsche at the origin of language not only exist artistic-interpretative capacities and conditionings of physiological orders, but also, social imperatives and practices. The problem of truth is not in the logical-propositional judgment, as the tradition suggests, but is framed in the verisimilitude and veracity that the «impulse of truth», *ethos* determines. Thus, shifting the most genuine thing of metaphysical behavior, to the field of aesthetic configuration rooted in the praxis, the nietzschean perspective is significant to think about the current social and human problems.

**Keywords:** truth, Nietzsche, *ethos*



## *Ethos* y concepto: una genealogía de la verdad en Friedrich Nietzsche

### Presentación

Nietzsche entretiene durante todo el período denominado por la crítica como «período de Basilea» (1869-1873) un discurso referente a la verdad de doble carácter. Uno de fuerte impronta *negativa* destinado a la demolición del discurso contemplativo-representativista marcado por la tradición filosófica en relación a la verdad. Y otro, que podríamos denominar en contrapartida, de carácter *positivo* (Maresca, et al. 1997) en tanto aborda el problema de la verdad, no desde las definiciones cultivadas en el terreno de la gnoseología, sino desde las sugerencias o alusiones que posibilitan las dimensiones estético-prácticas del mismo<sup>1</sup>.

Mediante el juego de las confluencias permanente de lo estético y lo ético, Nietzsche va eliminando paulatinamente los caracteres fundantes de la filosofía representativista o tradicional, la cual privilegiaba el carácter racional-teórico (especulativo-abstracto) sobre el práctico-político; y la actitud ascética (contemplativa-receptiva), sobre la estética, intencional y creativa.

La verdad en cuanto *negativa*, nos advierte sobre los límites de la razón, del carácter parcial, falaz, inadecuado, antropomórfico e intencional de todo conocimiento y en cuanto *positiva* nos señala la necesidad de transfiguración que demanda el fondo horrible y espantoso de la existencia. Desde esta perspectiva la verdad no pide ser conocida sino una transfiguración estética que posibilite la existencia de un *ethos*. Ante esta nueva perspectiva de la verdad estético-práctica, el análisis, posibilidad y abordaje de la misma abandona el territorio marcado por la tradición y se desplaza al terreno del arte como la verdadera actividad suprema y propiamente metafísica de la vida. Desde aquí la verdad no pide ser definida-conocida, formulada y comunicada sino que —siempre aludida a través de metáforas poéticas— exige sometimiento y redención. Es el modelo del sabio trágico que no dejándose encorsetar por el registro gnoseológico de la verdad mantenido por el cientificismo, busca

transformar la existencia en digna de ser vivida a sabiendas que el fondo inquietante y abismal de la existencia no admite su total traducción a la apariencia. De este modo, desplazando lo más genuino del comportamiento metafísico al ámbito de la configuración estética arraigada en una praxis determinada y real, Nietzsche consolida su perspectiva de «ver la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la de la vida». (eKGBW/GT-2)<sup>2</sup>

Así, tal como lo entiende Nietzsche, esta metafísica de artista no se pretende científica, su misión es estimular lo más vital de la existencia mediante una crítica feroz a la esclerosis de los conceptos que ubicados en sentido opuesto y cada vez más distantes de la verdad auténtica, se presentan como fundamento de un orden social, moral y político decadente. Desplaza el terreno de la metafísica hacia la ética. La verdad no se realiza en el orden de los conceptos sino en el estético-práctico.

### **El carácter subjetivo-artístico del conocimiento/verdad**

Nietzsche comienza su diagnóstico de la verdad, desde el esclarecimiento y puesta en escena de lo que llamará el sentimiento o «impulso hacia la verdad» (*der Trieb zur Wahrheit*), hacia el *pathos* desde el cual se ejerce. El intelecto como artífice de la representación es caracterizado en las primeras páginas de *Über Wahrheit und Lüge* (Nietzsche, F: 2009) como un instrumento que «los seres inteligentes» necesitan para sobrevivir; como un producto tardío de la evolución que hace posible la vida del animal más débil y desvalido dentro de la naturaleza. (eKGBW/WL-1)

Nietzsche retrotrae la génesis del conocimiento (lenguaje) al origen de los instintos más primitivos de supervivencia del hombre. Desechado el carácter representacional del conocimiento, el valor del mismo no puede derivar de ninguna relación con una instancia exterior a la esfera de la que se origina. Por lo que la atención de Nietzsche se dirige a preguntarse por la veracidad (*Wahrhaftigkeit*), por los aspectos que hacen posible la postulación y creencia en la verdad (*Wahrheit*). De este modo, todo conocimiento nace de la voluntad, del instinto de conservación de la especie, y condicionado por entero por nuestra «organización psicofísica».

Enmarcándose en una crítica de corte escéptico Nietzsche valora la faz pragmática–operativa del conocimiento a su vez que niega tanto la posibilidad de acceso a cualquier realidad trasfenoménica, como la justificación racional del mismo. No hay ninguna posibilidad de acceso al *en sí* de las cosas y toda expresión conceptual o ideal del mismo —al estar ubicado en el término opuesto al de la experiencia, a lo más genuino de la existencia— merece nuestra mayor desconfianza<sup>3</sup>.

Su crítica al conocimiento desde la perspectiva estética del lenguaje le permite invalidar cualquier pretensión científica–racional de entronizar el «concepto» como expresión adecuada y universal de la existencia. El concepto, como petrificación o destilación última de la pluralidad de la experiencia individual o colectiva, aparece como el residuo de una metáfora, como la mera continuidad residual de un denominador común, de un aspecto que se considera vinculante y que se postula como esencial. Si observamos cómo surgen o postulan los conceptos desde un proceso que condensa la multiplicidad individual y vital de la experiencia en un esquema unívoco, general y abstracto de los conceptos<sup>4</sup>, encontramos que su único valor, es de índole social en su utilidad para la comunicación y entendimiento intersubjetivo. Lo que busca el lenguaje–concepto no es la expresión acabada de una realidad transmundana, sino el entendimiento en cuestiones o consecuencias prácticas.

El contraste entre *verdad* (concepto de orden epistemológico) y *mentira* (de orden moral) se determina mediante la interacción del código lingüístico que establece lo verdadero y el pacto social que lo hace *veraz* contraponiéndolo a la *mentira*, es decir a las designaciones o tergiversaciones impropias que afectan la vida social y por lo tanto a la pervivencia de la especie. La designación «rico» por «pobre» es impropia no tanto porque no refleje la realidad tal cual es, sino porque no respeta el valor estipulado por el pacto social<sup>5</sup>. (Quesada, 1988) (Conill Sancho, 2007)

De este modo la caracterización, análisis, y desenmascaramiento del concepto como producto artístico, de impronta antropomórfica y fines prácticos, todo esto condensado y sintetizado desde la idea de verdad como

un residuo metafórico de un conjunto variado, concreto e intuitivo de la experiencia, es lo que le permitirá a Nietzsche impugnar la pretensión de validez «teórica»-universal del conocimiento. Con el término *metáfora* Nietzsche al hacer mención a la imposibilidad de acceso y captura de lo *en sí*, nos advierte a su vez, del carácter traslativo que remite todo concepto al presentarse como un desplazamiento o traducción de «algo» que presentado en el orden de la percepción, es llevado a otro de orden diferente.

«La "cosa en sí" (que sería precisamente la verdad pura y sin consecuencias) resulta totalmente inaccesible, aunque tampoco lo desea quien crea un idioma, pues éste se limita a designar las relaciones que guardan las cosas con los hombres y a expresarlas mediante las metáforas más audaces: traspone una excitación nerviosa a una imagen (primer metáfora), y convierte a su vez esa imagen en sonido (segunda metáfora); y en cada caso salta de una esfera a otra diferente» (eKGWB/WL-1)

El viejo problema del escepticismo antiguo: en caso de que algo fuera conocido esto sería incomunicable, es traído y reformulado por Nietzsche desde la problemática del lenguaje. Si bien durante toda la etapa de *Die Geburt der Tragödie*, Nietzsche parece de una manera vaga y poco precisa proclive a aceptar, al menos, una mayor aproximación del *gesto* o el *sonido* al fondo vital de la existencia, y desde nuestro punto de vista, no perseguía esta otra cuestión que subrayar la pobreza del *concepto*, en *Über Wahrheit und Lüge* logra traducir dichas intuiciones a un lenguaje cada vez más personal, y es ahora vuelto a tratar sintéticamente para señalar su carácter inadecuado y arbitrario.

«Por otra parte, hablar de "percepción correcta" me parece un absurdo lleno de contracciones, pues entre dos esferas absolutamente distintas, como son las del objeto y el sujeto, no hay ningún vínculo de causalidad, ninguna exactitud, ninguna expresión posible, sino, a los sumo, una conducta estética, es decir una trascripción alusiva, una traducción balbuceante a un lenguaje completamente extraño, para lo que se requeriría, en todo caso, de una esfera intermedia y una fuerza mediadora que dispusieran de libertad para poetizar e inventar» (eKGWB/WL-1)

Lo que Nietzsche intenta una y otra vez es desacralizar, desenmascarar, el concepto como «lugar» de la verdad. La tradición filosófica de cuño representativista (preponderantemente aristotélica-tomista) había hecho del juicio, en tanto combinación de conceptos, el arca de la verdad. Ahora el concepto es entendido como fruto de un comportamiento estético, de origen artístico, es decir no necesario-causal-científico, como el residuo de una metáfora, de una traslación de sentido, una transcripción alusiva, de una esfera a otra diferente. El conocimiento, de este modo, es interpretación, es un *como si*, un ver algo *como tal*, un comparar de lo desconocido con lo conocido, una apropiación de lo diferente desde algún carácter común de lo conocido.<sup>6</sup>

Parcelando y recortando la pluralidad bajo un denominador común, el intelecto alza el frío *columbarium* de los conceptos direccionándose hacia cada vez más hacia el terreno de lo abstracto, general y seguro. El estridente torbellino de la existencia es sofocado por el hálito frío del concepto; el uso correcto del *concepto* según su clasificación estipulada es ahora el criterio de verdad. La verdad hace referencia al «ámbito de la razón» a las creaciones, funciones y combinaciones del entendimiento. Tomando las designaciones por las cosas mismas (gracias al olvido de la imposibilidad de acceso y de los innumerables aspectos particulares de las cosas) la verdad queda enmarcada en el *uso o aplicación* correcta de dichas designaciones<sup>7</sup>. Así el científico olvida el «carácter metafórico de las intuiciones originarias, y las toma por las cosas mismas». El hombre, de este modo, olvida su condición de sujeto artísticamente creador y creyendo percibir correctamente se admira, obnubila y enorgullece en sus propias construcciones; el hombre teórico desde su red conceptual cree haber calmado el agitado mar de la existencia y en su propia obra o creatura encuentra un ser merecedor de su mayor respeto. Olvidando o ignorando que la indescifrable X de la naturaleza sigue inexpugnable.

Un abordaje al conocimiento desde la perspectiva del hombre intuitivo-artista libera al intelecto de la servidumbre que el lenguaje convencional o la ciencia conceptualizadora había sometido. Aquí,

«El intelecto, maestro en el arte de fingir, se siente libre y descargado de

su habitual esclavitud cuando puede engañar, *sin hacer daño alguno* (...) En comparación con su anterior esclavitud, todo lo que hace ahora implica fingimiento, como lo que hacía antes entrañaba deformación». (eKGWB/WL-2)

Desde esta perspectiva la potencia, el impulso metaforizador que anima al intelecto, se libera de su indigencia, del *corset* de los conceptos (de la identidad pretendida de lenguaje-realidad, de las aspiraciones y autoreferencialidad de la ciencia) y abreva o religa a las intuiciones, las cuales nos remite a la instancia extra-moral que funda el impulso a la verdad. Ahora el sujeto desea dominar la existencia, desde los medios que le proporciona el arte que en su «inmediatez del engaño» somete de un modo diverso la vida.

El hombre racional abandonando la actividad artística-creativa del lenguaje, se limita a utilizar los conceptos ya dados, a trabajar con el residuo de una metáfora, de una vivencia vital y originaria. No es consciente del carácter artístico de su conocimiento, se limita a extender y perfeccionar el control y dominio sobre las cosas que no es otra cosa que un perfeccionamiento o una prolongación más depurada de su animalidad. El concepto como residuo de metáfora denota la pérdida de su energía vital y de su aspecto social.

De este modo, su abordaje a la problemática del conocimiento desde el punto de vista del lenguaje, nos señala la imposibilidad de acceso a una instancia *en sí*; el origen inadecuado, quebrantado o discontinuo del *concepto*; la incapacidad de trasgredir la esfera del sujeto sólo salvada por la capacidad de mediación estético-plástica del intelecto (impulso nervioso-imagen-palabra-concepto); el carácter antropomórfico y superficial que subraya no sólo esta incapacidad de acceso o captación de la verdad sino también de su posibilidad de comunicación o transmisión. No hay posibilidad de una verdad, y si la hubiere no sería comunicable. Una doble negación de la teoría representativista de la verdad que abre paso a otros elementos a tener en cuenta como el sentimiento o impulso de la verdad del que se cree portador el hombre al olvidar este origen antropomórfico y superficial, y al imponerse mediante el pacto social la obligación de ser veraz, de utilizar las designaciones correctas para cada cosa. La verdad revela su aspecto estético: la mediación plástica del intelecto y su carácter práctico-social. En el

concepto no sólo se encuentra larvado capacidades artísticas interpretativas, condicionamientos de órdenes fisiológicos, sino también imperativos sociales. (De Santiago Guervós, 2004)

### **El carácter social-lingüístico del conocimiento/verdad**

Tradicionalmente el pensamiento filosófico ha ubicado la *verdad* en el terreno de la gnoseología, en el ámbito de la teoría del conocimiento, o de un modo, quizás más crítico, en la epistemología. Entendiendo al conocimiento como la actividad desinteresada y contemplativa que ejerce el hombre teórico en su afán por alcanzar la representación más acabada de la realidad, la historia de la filosofía, ha relegado la *verdad* al ámbito del juicio, al acto de enunciación que realiza el sujeto en relación al objeto. A la capacidad o posibilidad representativa entablada entre *intellectus et rei*.

Pero esta perspectiva mantenida por la tradición despierta la sospecha de Nietzsche quien a través de su crítica al lenguaje como elemento posibilitante del conocimiento y constitutivo de la cultura (*ethos*), evidenciará de qué manera dicha perspectiva no es más que el ocultamiento de otro tipo de relación que se muestra como primordial y fundante: la humana. Así, para Nietzsche el concepto de *verdad* expresará un tipo o modo de *relación humana* determinada: la *verdad* no se establece a partir de un interés o vinculación gnoseológica con la realidad expresada en el juicio, sino en la relación humana constituida a partir de un *ethos*. La idea de verdad sigue indicando una relación, pero ahora la relación primordial es la humana y el lugar de la verdad el de lo ético-social.<sup>8</sup>

Desde una clara herencia kantiana-schopenhauereana, Nietzsche delimitará el intelecto a lo que en Kant sería el ámbito de lo fenoménico<sup>9</sup> desde una descripción marcadamente naturalista del mismo, donde su misión reside en la perpetuación de la especie y toda aplicación y ambición a ser aplicado más allá de lo humano como fruto del *impulso del conocimiento*, no está justificada.

Este *pathos* o *impulso*, ligado al conocimiento no sólo abre y configura el escenario de su principal texto dedicado al problema del conocimiento

(Nietzsche, F. 1980) sino que atraviesa la totalidad del póstumo desde diferentes escorzos. Caracterizado durante toda la primera sección como *impulso de verdad* es profundizado a partir de la segunda desde la caracterización o idea de *impulso metafórico*. Los *impulsos de verdad y metafórico*, son dos figuras del mismo *impulso de conocimiento* que le permiten a Nietzsche ir estableciendo a la genealogía de la verisimilitud. El primero agrupa y expresa de manera original sus percepciones referentes al problema del conocimiento llevadas a cabo a partir de la lectura de autores postkantiano tan disímiles como Schopenhauer, Lange o Hartman y el segundo le posibilita aproximarse a un lenguaje más propio sintetizando dichas lecturas y percepciones desde sus recientes lecturas de Gerber. El *pathos de Verdad y metáfora*, no son impulsos diferenciados o disímiles, sino el desdoblamiento o despliegue del mismo *impulso de conocimiento* que configura el entramado de verdad.

De un modo similar a Kant, Nietzsche también observa que el intelecto tiende a sobrepasar el ámbito fenoménico. Pero a diferencia de éste, Nietzsche no escudriñará las posibilidades de la razón desde ella misma, sino que la indagará desde la emergencia de lo que él mismo denomina: *impulso o sentimiento de verdad*. Una especie de «crítica de la razón impura» realizada desde el ámbito vital (cultural-instintivo) que la posibilita, y desde la óptica del arte que presupone entender este impulso como *impulso metafórico*.<sup>10</sup>

Así, el joven Nietzsche comienza su demoledora crítica a la concepción de la tradición desde la caracterización de la perspectiva que él mismo tipifica como: *hombre teórico*<sup>11</sup> desde donde

«se determina lo que a partir de entonces ha de considerarse “verdadero”, es decir se inventa una forma universalmente válida y obligada de designar las cosas, y el código lingüístico suministra asimismo las primeras leyes de la verdad, pues en este terreno aparece por vez primera la oposición entre verdad y mentira» (eKGWB/WL-1)

De este modo la verdad-mentira (y debido a la capacidad de olvido) se desvincula paulatinamente de su valor representacional y se direcciona



hacia el código o convención. Si bien el lenguaje sigue expresando la relación que entabla el hombre con los entes, ahora se comienza a remarcar su carácter intersubjetivo, su capacidad de vínculo con otros hombres. Verdad y mentira más que valores epistemológicos, son valores sociales, corresponden al uso correcto de las designaciones conceptuales establecidas por el pacto social. El sustrato de esta búsqueda de la verdad que se pretende pura y desinteresada en realidad responde al interés del individuo en evitar las consecuencias (morales-sociales) dañina que podrían resultar de las mismas. La verdad y la mentira se fundan en la obligación moral establecida por la convivencia social.

A contracorriente de la tradición no cree que el conocimiento sea el ámbito de la verdad, ni que su tarea sea la suprema ocupación del hombre. El conocimiento no es algo natural sino un artificio, un invento, un relato fabuloso que mantiene engañado a su poseedor en la creencia de que por medio del mismo puede alcanzar lo verdadero *en sí*, real y de validez universal, prescindiendo del hombre. (eKGWB/WL-1)

El conocimiento se le revela como un invento que responde a la necesidad de *adaptación* y *sentido*. El intelecto no sólo se presenta como el instrumento más eficaz para la pervivencia o adaptación al medio de una especie desposeída de otra capacidad significativa, sino también como el *invento* o el recurso más sutil y mejor logrado de una especie para dar sentido o encubrir con un manto ilusorio (*Whan*) el problema de la existencia.

El intelecto como excepción lamentable, vaga, fugitiva, inútil y arbitraria está a merced del arte del disimulo convenciendo a sus poseedores de que mediante el conocimiento podrá acceder (e incluso corregir<sup>12</sup>) a la instancia absoluta de la verdad *en sí*, cuando su fin no es otro que crear, mediante un refinado andamiaje conceptual, la instalación de un cierto orden ético-social. El concepto más que tender un puente hacia el abismo del ser, lo que hacer es establecer, erigir y consolidar un determinado orden social-político, de castas<sup>13</sup>.

El conocimiento de la verdad parece estar fuera de la relación con las cosas y empieza a mostrarse como el ocultamiento de una relación humana<sup>14</sup>. La ambición, y supuestos logros del conocimiento teórico, la ficción del

conocimiento, parecen, en última instancia, enmascarar lo terrible de la relación entre los hombres<sup>15</sup>.

Para Nietzsche el hombre es indiferente al conocimiento puro y sin consecuencia. Su principal interés, su impulso primero, no es de orden gnoseológico, sino de afirmación de la existencia desde lo ético-social.

El hombre mediante la red de los conceptos crea (intuitiva y artísticamente) el medio para sobrevivir gregariamente a las inclemencias de la existencia. De este modo para no sucumbir ante el medio o ante los otros hombres, debe crear un *tratado de paz* con el cual atenuar el estado de lucha de todos contra todos que implica la supervivencia.

Surge así una designación de la cosa uniformemente válida y de carácter obligatorio. Aceptado de este modo bajo un ropaje de adecuación gnoseológica un orden político-social determinado.

Se estipula así, a partir del concepto, las determinaciones necesarias para la existencia y el orden necesario para la convivencia. El concepto (lenguaje) es lo que permite determinar, clasificar, ordenar e instituir o erigir lo que se estima conveniente

El concepto (*Begriff*) no solo determina o parcela el mundo de los entes sino que en ello jerarquiza, establece y distribuye un orden social dado. La creencia en la posibilidad de conocer la verdad de las cosas y el andamiaje conceptual que de él surge concede seguridad, protección, y equilibrio frente a las hostilidades que el hombre encuentra y ejerce. El orden de los conceptos, el invento del conocimiento, la posibilidad de hallazgo de la verdad y el carácter de obligación que dicho tratado de paz comporta, se revelan como un mecanismo necesario para su seguridad, es el recurso de «los seres más infelices, más delicados y más efímeros». (eKGWB/WL-1)

Desvelando el manto gnoseológico que encubre la verdad que nos revela esta idea de verdad como «producto» del pacto social ¿Qué significa entonces entender la verdad como construcción social-política? Desde esta nueva perspectiva la «verdad» más que referir a la verdad última de la existencia y sus posibilidades de acceso, hará referencia a su impronta inventiva, que como convención, como «tratado de paz» nacido de la voluntad

(no ya de los juicios del intelecto) prescribe y define qué son las cosas y el lugar que debe ocupar cada uno. Estableciendo una designación válida para las cosas, un orden social, establece un modo determinado de relacionarse del hombre con las cosas, el medio, y con otros individuos. La verdad se muestra como un invento «regulador» de las relaciones humanas que ha olvidado que lo es. El gran arte de disimulo del intelecto y su capacidad engañadora, incentiva la capacidad de olvido del sentido metafórico, ilusorio, encubridor del concepto, de lo que se establece como verdad, posibilitando la creencia de que se posee una verdad (una relación necesaria, aséptica y desinteresada con la cosa) que perpetuada o conservada en la memoria se asume y trasmite como el orden mismo de las cosas. Como la manera única y necesaria de relación entre los hombre y con las cosas.<sup>16</sup>

La verdad es entonces aquí un conjunto de «mentiras» o inadecuaciones que validadas por la convención (orden social político) se tornan canónicas, de uso inveterado y obligatorio.

La vinculación social que permite la pervivencia del hombre se construye a partir de «mentiras» que se toman por verdades. En el fondo a los hombres no les interesa la «verdad» de las cosas (un conocimiento puro y ascético de los hechos) sino la preservación del vínculo social entre ellos. Para tal fin se hace indispensable la distinción entre el «veraz y el mentiroso». De este modo las sociedades toman por veraz a aquel que utiliza las metáforas usuales que la misma ha establecido y que por lo tanto tenderá a su conservación, generando por ende confianza y honorabilidad. Así, contrariamente a este, el falaz, el mentiroso abusa de las conversiones firmes acudiendo a sustituciones voluntarias o a inversiones de nombres, presenta lo irreal como real, actuando de un modo interesado, poniendo el interés propio por sobre la especie, provocando el descrédito y la expulsión, exclusión.

«El sentimiento de saberse obligado a calificar una cosa de "roja", otra de "fría" y una tercera de "muda", provoca la aparición de un movimiento moral relacionado con la verdad: partiendo del contraste del mentiroso a que nadie cree y a quien todos excluyen, el hombre se demuestra a sí mismo los elementos de honradez, confianza y utilidad de que dispone la verdad.

En este momento somete su acción como ser "racional" al poder de las abstracciones» (eKGWB/WL-1)

Se «miente», inconscientemente, se toman las ilusiones por verdades a fin de permitir la vigencia de un sometimiento específico del caos indeterminado de la existencia, para permitir la vigencia de un orden social-político determinado, preciso. Todo ordenamiento político-moral-social (quizás también podríamos decir científico) y su establecimiento jerárquico, son en realidad «mentiras» (inadecuaciones, ilusiones, antropomorfismos, intencionalidades) que olvidando su origen y surgimiento (gracias a la capacidad de olvido) posibilitan la vida si mayores inclemencias y con espíritu optimista.

Nietzsche se aproxima así decididamente a establecer la emergencia a partir de la cual debe ser abordado el problema de la verdad. Desocultando los vectores morales-sociales que establecen su «valor», se niega, de reiteradas maneras a todo intento de definición (esencial) de la misma, ámbito propio de la gnoseología clásica.

Negada la posibilidad del mundo tal como la tradición lo presentara: estable, permanente y mediado por la razón del *hombre teórico* capaz de formular, así, criterios objetivos que funden la comunidad; Nietzsche presenta la génesis del conocimiento desde la capacidad artística del sujeto. En tanto medio de conservación del individuo, este arte de fingir inherente al intelecto sirve al instinto gregario y tiene en la verdad su obra maestra en la medida en que ésta no es otra cosa que el resultado del pacto que funda la sociedad, la contraseña de la complicidad de quienes han abandonado el estado natural sin verdad.

Lo que llamamos verdad, conocimiento, son instantes atrapados en las redes del lenguaje. El fruto de una capacidad artística del sujeto que activa e interesadamente afirma la vida (la praxis) parcelando arbitraria, superficial y antropomórficamente un continuo vital inaprensible.

## Notas

1. Durante este período de juventud, Nietzsche confronta sus reflexiones en torno al lenguaje con pensadores postkantianos. De manera muy diversa sus lecturas de Schopenhauer, Hartmann, Lange y Gerber, en relación al arte, lo inconsciente, lo intuitivo e instintivo, se irán cristalizando poco a poco en un lenguaje propio a partir de la verdad como metáfora, reafirmando el carácter *positivo* de su propia perspectiva. Para una mayor profundización de estas cuestiones ver: (Fava, 2017). (Sánchez,1994).

2. Las obras de Nietzsche, y los fragmentos póstumos se citan según la edición Friedrich Nietzsche, *Werke, Kritische Gesamtausgabe*, herausgegeben von G. Colli und M. Montinari, Berlín, de Gruyter, 1967 y ss. (edición digital corregida disponible en: <http://www.nietzschesource.org/>), con las siglas y referencias usadas en sus aparatos críticos. Así, cuando se cita una obra, a cada sigla sigue en cada caso un número que indica el capítulo o el aforismo correspondiente o bien, en los casos de los fragmentos póstumos, la sigla es sucedida por el año y la numeración del fragmento. Asimismo hemos consultado (Nietzsche, F. 1980) y las traducciones (Nietzsche, F. 2007) y (Nietzsche F. 1996).

3. «El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, puesto que éste es el medio merced al cual sobreviven los individuos débiles y poco robustos, como aquellos a quienes les ha sido negado servirse, en la lucha por la existencia, de cuernos, o de la afilada dentadura del animal de rapiña. En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir; aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude, la murmuración, la farsa, el vivir del brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo encubierto, la escenificación ante los demás y ante uno mismo, en una palabra, el revoloteo incesante alrededor de la llama de la vanidad es hasta tal punto regla y ley, que apenas hay nada tan inconcebible como el hecho de que haya podido sufrir entre los hombres una inclinación sincera y pura hacia la verdad. [...] Ella ha tirado la llave, y ¡ay de la funesta curiosidad que pudiera mirar hacia fuera a través de una hendidura del cuarto de la conciencia y vislumbrase entonces que el hombre descansa sobre la crueldad, la codicia, la insaciabilidad, el asesinato, en la indiferencia de su ignorancia y, por así decirlo, pendiente en sus sueños del lomo de un tigre! ¿De dónde proviene en el mundo entero, en esta constelación, el impulso hacia la verdad?» (eKGWB/WL-1)

«La misma relación de un impulso nervioso con la imagen producida no es, en sí, necesaria, pero cuando la misma imagen se ha producido millones de veces y se ha transmitido hereditariamente a través de muchas generaciones de hombres, apareciendo finalmente en toda la humanidad como consecuencia cada vez del mismo motivo, acaba por llegar a tener para el hombre el mismo significado que si fuese la única imagen necesaria[...] Pero el endurecimiento y la petrificación de una metáfora no garantizan para nada en absoluto la necesidad y la legitimación exclusiva de una metáfora. [...] una profunda desconfianza hacia todo idealismo de este tipo, cada vez que se ha convencido con la claridad necesaria de la consecuencia». (eKGWB/WL-1)

4. «Todo concepto se forma por equiparación de casos no iguales. Del mismo modo que es cierto que una hoja no es igual a otra, también es cierto que el concepto hoja se ha formado al abandonar de manera arbitraria esas diferencias individuales, al olvidar las notas distintivas, con lo cual se suscita entonces la representación, como si en la naturaleza hubiese algo separado de las hojas que fuese la "hoja", una especie de arquetipo primigenio a partir del cual todas las hojas habrían

sido tejidas, diseñadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos tan torpes, que ningún ejemplar resultase se correcto y fidedigno como copia fiel del arquetipo». (eKGWB/WL-1)

5. En este sentido refiriéndose al tratado de paz que toda vida gregaria supone, Nietzsche expresa: «Este tratado de paz conlleva algo que promete ser el primer paso para la consecución de ese misterioso impulso hacia la verdad. En este mismo momento se fija lo que a partir de entonces ha de ser "verdad", es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad, pues aquí se origina por primera vez el contraste entre verdad y mentira. El mentiroso utiliza las designaciones válidas, las palabras, para hacer aparecer lo irreal como real, dice, por ejemplo, "soy rico" cuando la designación correcta para su estado sería justamente "pobre". Abusa de las convenciones consolidadas haciendo cambios discrecionales, cuando no invirtiendo los nombres. Si hace esto de manera interesada y que además ocasiona perjuicios, la sociedad no confiará ya más en él y, por este motivo, lo expulsará de su seno. Por eso los hombres no huyen tanto de ser engañados como de ser perjudicados mediante el engaño; en este estadio tampoco detestan en rigor el embuste, sino las consecuencias perniciosas, hostiles, de ciertas clases de embustes. El hombre nada más que desea la verdad en un sentido análogamente limitado: ansía las consecuencias agradables de la verdad, aquellas que mantienen la vida, es indiferente al conocimiento puro y sin consecuencias e incluso hostil frente a las verdades susceptibles de efectos perjudiciales o destructivos». (eKGWB/WL-1)

6. Para una mayor profundización a esta problemática, (Maresca, et, al., 1997: 109-124)

7. «...el gran edificio de los conceptos ofrece la severa regularidad de un columbario romano y dota a la lógica del rigor y de la frialdad propios de la matemática. Quien se halla envuelto por esa atmósfera fría apenas creará ya que el concepto, óseo y cúbico como un dado –e igualmente versátil- no es sino el *residuo de una metáfora* (...) En este juego de dados de los conceptos, se considera "verdadero" el uso de cada dado según su designación, el recuento exacto de sus puntos, la formación correcta de las *clasificaciones* y el hecho de no alterar nunca el orden de las divisiones ni la sucesión jerárquica de las posiciones» (eKGWB/WL-1)

8. Para una mayor profundización en relación a esta temática que ocupa el siguiente apartado referido a la dimensión práctica-social, (Esteban Enguita, 2004), (Esteban Enguita., Quesada 2000), (Conill Sancho,2007) (Maresca, et., al.,1997)

9. Cuando Nietzsche problematiza desde la idea de «percepción correcta» la vinculación entre la esfera del sujeto y el objeto, evita utilizar el concepto de fenómeno a fin de ser claro en su propuesta y diferenciarse de la propuesta kantiana que a pesar de su crítica a la posibilidad y límites de conocimiento, no se despedía de la posibilidad de un transmundo, mantenía el esquema duplicador de mundo sostenido por la tradición. Como ya lo hemos señalado en otra oportunidad, Nietzsche parece una y otra vez, enfrentarse al problema de «mencionar con palabras viejas, cosas nuevas», en este sentido dice: «La palabra "fenómeno" encierra muchas seducciones, por lo que, en lo posible, procuro evitarla, puesto que no es cierto que la esencia de las cosas se manifieste en el mundo empírico» (eKGWB/WL-1)

10. Este impulso metafórico o pathos metaforizador (*Trieb zur Metapherbildung*) que posee el hombre es un elemento que incorpora muy tempranamente Nietzsche y más precisamente,

desde la lectura de G. Gerber, (*Die Sprache als Kunst*) para señalar el plano no conceptualista o pre-racional del conocimiento; para remitir a un tipo de experiencia inaccesible para el hombre contemplativo. Este impulso nos habla de lo inaccesible e incommunicable de la experiencia de la cosa en sí, del carácter escéptico del mismo; de la imposibilidad de despejar la X primordial de la existencia.

11. A partir de la comprensión o caracterización del intelecto como *pathos metafórico* Nietzsche comienza a caracterizar los dos tipos de hombres, de culturas o de perspectivas posibles para afrontar la existencia: la del *hombre racional-teórico* (*vernünftige Mensch*) que encuentra una identidad entre lenguaje y mundo; una posibilidad de guía, orden y orientación en la existencia desde el *concepto* en tanto pacto social (que en última instancia permitirá la petrificación y progreso de la fortaleza figurativa del concepto que propone la ciencia a modo de ley natural), y el *hombre intuitivo-artístico* (*intuitive Mensch*) desde donde se revela el entramado conceptual como intuiciones inconexas e irregulares, donde el intelecto se libera del *concepto* y expresa las fuerzas ocultas de la naturaleza en el arte de fingir del enmascaramiento. De este modo, la perspectiva del hombre teórico refleja dos aspectos de la verdad mantenido por este: la adecuada (lógica-necesaria) relación entre lenguaje-realidad y el impulso moral hacia la misma en su afán por evitar las consecuencias prácticas de la mentira.

12. Para Nietzsche esta actitud de creencia optimista en las posibilidades del conocimiento está fundada en una especie de artículo de fe metafísico conformado en la idea de «causa», a partir de la cual el hombre ha pretendido «apropiarse» de las cosas e incluso rectificarla «siguiendo el hilo de la causalidad». (eKGWB/GT-9). Es optimista desde el fondo de su ser: cree en la causa y el efecto, niega todo lo que no pueda analizar de manera conceptual. (eKGWB/GT-18)

13. «Es cierto que sólo la atomización del conocimiento mediante la separación de las ciencias hace que el conocimiento y la cultura puedan permanecer extrañas una respecto a la otra. En el *filósofo* el conocimiento vuelve a ponerse en contacto con la cultura, él abarca el saber y suscita la pregunta por el valor del conocimiento. Éste es un problema cultural: conocimiento y vida». (eKGWB/NF-1872,19[172])

14. Lo que encontramos detrás del conocimiento o acto de conocer es en realidad un transpolar estético de base fisiológica, un compuesto de imagen y sonido, herencia, legado, olvido, reproducción y herencia.

15. La descomposición genealógica de los elementos que intervienen en el proceso de conocimiento muestra una perspectiva del todo diferente a la tipificada por Nietzsche mediante la figura del *hombre teórico*, del *asceta*. El conocimiento no sólo denota su incapacidad de acceso a lo más profundo de la realidad, su pobreza simbólica al unificar bajo un solo aspecto la realidad multifacética, aspectos esto que la capacidad de olvido había cristalizado en el concepto como una especie de artículo de fe, de creencia metafísica tendiendo un manto ilusorio sobre la existencia. Un acto antropomórfico, arbitrario y falaz que tras un breve ejercicio de repetición se cree vinculante y se impone como obligatorio, generando de este modo en el sujeto la obligación de ser veraz. La verdad ubicada del lado del conocimiento como «producto» del contemplar desinteresado del hombre teórico no hace más que ocultar el mar embravecido que agita la vida, la perplejidad de la existencia, la constatación de la lucha como estado primigenio de la relación entre el medio y con los otros hombres.

16. Así, el acervo de conceptos-verdades conservados en la memoria (y por lo tanto desvinculado por el olvido del orden vital-personal, que les dio origen, olvidando su carácter antropomórfico, inadecuado, no necesario) y tomados por el orden de conocimiento como una relación necesaria y desinteresada, logra frenar, detener, mediante este «tratado de paz» las convulsiones de la existencia, celebra haber encontrado un medio para frenar el estado de lucha permanente. Nace aquí el «impulso moral a la verdad», la obligación de mentir en un sentido vinculante, según las conversiones establecidas.

## Bibliografía

CONILL SANCHO, J. (2007) *El poder de la mentira.. Nietzsche y la política de la transvaloración*. Madrid: Tecnos.

DE SANTIAGO GUERVÓS, Luis (2004) *Arte y Poder. Aproximación a la estética de F. Nietzsche*. Madrid: Trotta.

ESTEBAN ENGUITA, J. (2004) *Fragmentos póstumos sobre política*. Madrid: Trotta.

ESTEBAN ENGUITA, J. y QUESADA, J.(coords.) (2000) *Política, historia y verdad en la obra de F. Nietzsche*. España: Universidad de Burgos.

FAVA, Fernando (2017) «Orígenes de la crítica nietzscheana del conocimiento a partir del lenguaje», en: *Revista Mexicana de Filosofía Open Insight*. Vol. VIII, Nº13:161-188.

MARESCA, Silvio, et al. (1997) *Friedrich Nietzsche: verdad y tragedia*. Madrid: Alianza.

NIETZSCHE, Fredrich (1980) *Über Wahrheit un Lüge im aussermoralischen Sinne. Sämtliche Werke in 15 Bänden. Kritische Studienausgabe, (KSA)* Hrsg. Von G. Colli und M. Montinari, München/Berlin/New York, Walter de Gruyter.

NIETZSCHE, Fredrich (1996) *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral* en F. Nietzsche-Hans Vahinger, *Sobre verdad y mentira*. Trad. Luis ML. Valdés. Madrid: Tecnos.

——— (2007) *Fragmentos Póstumos I (1869-1882)*. Tr. y notas L. E. De Santiago Guervós. Madrid: Tecnos.

———(2009) *Digitale Kritische Gesamtausgabe Werke un Briefe*, ed. Por Paolo D'lorio, Paris: Nietzsche Source, [http://www.nietzschesource.org/e\\_KGWB](http://www.nietzschesource.org/e_KGWB). [4 de mayo de 2017]

QUESADA, J. (1988) *Un pensamiento intempestivo: Ontología, estética y política en F. Nietzsche*. Barcelona: Anthropos.

SANCHEZ, Sergio (1994) *El problema del conocimiento en la filosofía del joven Nietzsche: los póstumos del período 1867-1873*. Córdoba: Umbral.



### **Datos del autor**

Fernando Fava | Argentino

Doctor en Filosofía. Director del Centro de Investigaciones en Filosofía Política y Epistemología. Prof. Adj. Ordinario de «Historia de los Sistemas Filosóficos», Facultad de Ciencias de la Educación, UNER.

Correo electrónico: ferjfava@hotmail.com

### **Acerca del artículo**

Este artículo se inscribe en los trabajos realizados en el marco del proyecto de investigación (PID) «Tres enfoques acerca de la primacía de la praxis en el pensamiento contemporáneo», radicado en el Centro de Investigaciones de Filosofía Política y Epistemología (CIFPE) de la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNER

Fecha de recepción: 26/06/2017

Fecha de aceptación: 10/09/2017



## Normas editoriales

### **Admisión de artículos**

Todos los artículos recibidos durante la convocatoria serán sometidos a arbitraje anónimo por pares de reconocido prestigio, según el procedimiento de doble ciego. Los resultados de los dictámenes son inapelables. Los procesos de referato estarán determinados por el número de artículos en lista de espera y las posibilidades de los evaluadores. La Dirección Editorial de la revista informará a los autores sobre los resultados de la evaluación. Asimismo, la publicación, a través de los medios que arbitre a sus efectos, se reserva el derecho de hacer la corrección de estilo y los cambios editoriales que considere necesarios para mejorar el trabajo y de resolver todo caso no previsto.

### **Derecho de Autor**

Se requerirá a los autores de los artículos admitidos que le extiendan su autorización de publicación en soporte impreso y electrónico.

### **Normas de presentación de originales**

La presentación del artículo deberá efectuarse por correo electrónico, en archivo adjunto, en formato Word, a la dirección de e-mail de la revista: del prudentesaber@yahoo.com.ar Además se adjuntará una nota de presentación, debidamente firmada, dirigida a la Dirección de La Revista donde se indicará el título y autoría del artículo presentado, y deberá expresarse que el mismo es material original e inédito y que no se ha presentado simultáneamente para publicación en otro medio. En la nota se incluirán el nombre y el apellido del autor y datos de identificación: Título académico, cargo, instituciones a las que pertenece, teléfono, dirección de correo electrónico. Además, se deberá especificar el contexto de producción del trabajo.

Los artículos recibidos deberán ser inéditos, abordar temáticas relacionadas con las Humanidades y las Ciencias Sociales y comunicar resultados parciales o finales de las actividades de investigación en los que se enmarcan. En el caso de que se tome como base trabajos producidos para Seminarios de Maestría

o Doctorado, o ponencias aceptadas y expuestas en congresos u otros eventos científico-académicos reconocidos, deberán presentarse para su evaluación reescritos siguiendo la estructura de un artículo científico, explicitando sus condiciones de producción originales (Seminario o Congreso, etc.).

*No se enviará a evaluar ningún artículo sin que previamente se ajuste en un todo a las presentes normas editoriales.*

### **Pautas formales generales<sup>1</sup>**

- Los trabajos deberán poseer una estructura simple y directa; guardar lógica interna en su formulación y lograr el desarrollo de un tema completo en la extensión prevista.

- La presentación será en idioma español, en archivo digital realizado en procesador Word o compatible. En hoja aparte debe constar: título, resumen (de aprox. 300 palabras) y 3 palabras clave (toda esta información también deberá ir en Inglés), autor/a/es/as, pertenencia institucional y país, datos sobre el origen del artículo y un e-mail de contacto.

Los artículos tendrán una extensión de entre 6.000 y 7.000 palabras (sin incluir bibliografía, ni material gráfico).

- Evitar las palabras escritas en mayúsculas (a excepción de las siglas). Los títulos y subtítulos deben escribirse en mayúscula / minúscula. Sin subrayado.

- Las siglas deben desarrollarse la primera vez que aparezcan en el texto; por ejemplo, la primera vez deberá escribirse: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), y posteriormente: CONICET.

- No dividir palabras. Los únicos guiones que se usan son para separar palabras compuestas.

- No usar las notas automáticas. Ubicarlas al final del texto.

Las notas se utilizarán para ampliar lo desarrollado en el cuerpo principal, un concepto, agregar un comentario, dar información sobre lo referido,

---

1. Esta guía se basa en las pautas para la presentación de originales de la Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

establecer relaciones, sumar observaciones, etc., siempre que se quiera hacerlo sin interrumpir la continuidad del discurso. No se utilizarán para indicar referencias bibliográficas.

- Los envíos a bibliografía se hacen mediante el *sistema autor-fecha*, sólo con el apellido del autor seguido del año de ubicación y el número de página/s, todo entre paréntesis. Ejemplo: (Terrero, 1999: 98-99).

En el caso de dos autores (Rodríguez y Sánchez: 2004); si son más de dos autores se anotará (Sánchez et al., 2003).

- Cuando el autor aparezca mencionado en la oración, el año de publicación se indicará entre paréntesis:

«Como lo indica Rodríguez (2004), ...»

- La autoría de las citas textuales (encomilladas y en letra normal) se indicará de igual modo, pero agregando el número de página de donde se ha extraído: ...«la serie de relaciones realmente existentes en un momento dado» (Baranger, 1997: 4).

## **Citas textuales<sup>2</sup>**

- Las citas textuales deben escribirse entre comillas, citando siempre la fuente de manera que pueda ser consultada. Este es un requisito fundamental del derecho de cita y la omisión de una cita es un hecho grave. El derecho de cita establece que no deberán citarse más de mil palabras de la obra de un autor si no se cuenta con el consentimiento expreso de éste. Del mismo modo, la inclusión de tablas, gráficos, imágenes y fotografías de terceros o derivados de las obras de terceros están protegidas por el derecho de autor, de modo que su inclusión dependerá de la autorización expresa del mismo.

- Todas las obras citadas deben constar en las «Referencias bibliográficas».

- Si la extensión de la cita textual es de tres líneas o menos, se incluye dentro del mismo párrafo, pero si se excede esta extensión deben colocarse en un

---

2. Las citas textuales y las referencias bibliográficas corresponden a la normativa de la Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

bloque separado con una interlínea antes y después del mismo.

- Cuando hay continuidad entre el texto y la cita deben evitarse los dos puntos aunque es recomendable su utilización si la cita es extensa.

### **Referencias bibliográficas**

1. El apellido va en mayúsculas, seguido de los nombres en minúscula. Si se trata de varios autores, solamente el primero se escribe en este orden invertido (a los efectos de permitir el orden alfabético por apellido) y los restantes van por nombre primero y apellido después.

2. A continuación va el año de la publicación entre paréntesis. Este debe corresponder, por una cuestión de documentación histórica, al año de la edición original. Si la fuente utilizada es una edición posterior se consigna la original, se aclara el número de edición usado (a continuación del título) y se agrega al final de la referencia el año de la edición citada.

3. Si de un mismo autor se lista más de una obra se ordenarán por año, y si se citan más dentro del mismo año, se identifican con el agregado de una letra por orden alfabético, por ejemplo: 1984a, 1984b, etc.

4. Luego se escribe el título de la obra y los datos de edición. Si se trata de un libro, el título va en itálicas (si se incluye el subtítulo éste va en normal). Si se usa una edición traducida se colocan en primer lugar todos los datos de la edición original, luego va el nombre del traductor y todos los datos de la edición traducida.

5. Sólo la primera palabra del título se inicia con mayúscula, salvo nombres propios.

6. Al final citar el lugar de la publicación y la editorial. Si la edición utilizada no es la original, luego de la editorial va el año correspondiente a la edición citada. El año a tomar en cuenta es el de la última reedición revisada o aumentada. Meras reimpressiones se ignoran. Si el texto no tiene fecha de publicación podrá usarse: s.f.

7. Cuando se cita más de un libro de un mismo autor, no se repite el nombre. Se coloca un guión largo antes del año de edición.

Ejemplos:

MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Ángel (1984a). *Del caos al lenguaje*. Buenos Aires: Tres Tiempos.

————— (1984b). *El mensaje publicitario*. Buenos Aires: Hachette.

MILONE, Diego *et al* (2006). *Introducción a las señales y los sistemas discretos*. Paraná: EDUNER. ISBN: 978-950-698-173-0.

BILLINGHAM, Jo (2002). *Editing and revising text*. Inglaterra: Oxford University Press. Traducción española por Pérgola, Laura: *Edición y corrección de textos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007. ISBN: 978-950-557-688-3.

RETA, Magdalena; Graciela Rossi y Stella Maris Toler (2008). *La evaluación de las políticas alimentarias*. Consideraciones metodológicas a partir del caso de la ciudad de Concordia. Paraná: EDUNER. ISBN: 978-950-698-204-1

8. Si se trata de un artículo aparecido en una revista o un periódico, el título del artículo va en caracteres normales. Luego va el nombre de la revista o periódico en *itálica*, volumen, número y números de páginas.

Ejemplo:

HELER, Mario (2010). Claroscuros de la responsabilidad social organizacional, una mirada desde la filosofía. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 40, 47-73. Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos. ISSN: 0327-5566.

9. Si se trata de un artículo publicado en una antología, el título del artículo va en caracteres normales, luego de un punto se escribe «En:» y se consigna la referencia bibliográfica de la obra que incluye el artículo señalando al final las páginas que ocupa el artículo.

Ejemplo:

CORFIELD, María Isabel (2008). Algunas claves para leer este tiempo (1915-1930). En: Castells, María del Carmen y María Amelia Migueles (coord.as). *Didáctica y pedagogía*. Trayectorias y movimientos. Un análisis de la configuración del campo en Entre Ríos y Santa Fe (1915-

1930), Paraná: EDUNER, 21-47. ISBN: 978-950-698-209-6.

10. Si lo que se cita no es una parte de la antología sino todo el libro, entonces se pone como autor al compilador o editor, aclarándolo. Así, para el caso anterior:

Ejemplo:

CASTELLS, María del Carmen y María Amelia Migueles (coord.as) (2008). *Didáctica y pedagogía. Trayectorias y movimientos. Un análisis de la configuración del campo en Entre Ríos y Santa Fe (1915-1930)*, Paraná: EDUNER. ISBN: 978-950-698-209-6.

11. Si se trata de una ponencia publicada en las actas de un Congreso, el modelo es similar, pero se incluye el lugar y la fecha en que se realizó el congreso.

Nótese en el ejemplo que el año que figura luego del autor es el de la realización del Congreso, ya que el año de publicación puede ser posterior. Esto es coherente con la idea de tomar siempre la fecha más antigua documentada de aparición de un texto o un concepto.

Ejemplo:

MALDONADO, Tomás (1974). Does the icon have a cognitive value?. En: Chatman, S.; U. Eco y J. Klinkenberg (eds.). (1974) *A semiotic landscape, Proceedings of the First Congress of the International Association for Semiotics Studies*. La Haya: Mouton, 1979, 774-776.

12. Cuando se trata de documentos oficiales o de autor institucional:

Ejemplo:

ARGENTINA, Senado y Cámara de Diputados de la Nación (4 de octubre de 2000). *Ley de Protección de los Datos Personales*. Buenos Aires: Boletín Oficial, 2 de noviembre de 2000.